

JUAN CARLOS GORLIER
KEITH GUZIK

La política de género en América Latina
Debates, teorías, metodologías y estudios de caso



Ediciones
Al Margen

Colección Universitaria

-La Plata-

2008

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO	15
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO 1	
Grupos de mujeres en América Latina contemporánea	21
I. TRASFONDO SOCIOHISTÓRICO	24
El período nacional popular	24
El período de descomposición	25
El período autoritario	25
El período neo-liberal	26
II. TEORÍAS SOBRE MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA	30
Teoría de la modernización y movimientos obreros	30
Teoría de la dependencia y movimientos de liberación nacional	31
Teorías sobre los regímenes autoritarios y movimientos de democratización	33
Nuevos enfoques teóricos e investigación de casos	35
III. MOVIMIENTOS DE MUJERES EN LA AMÉRICA LATINA CONTEMPORÁNEA	37
a) Tres corrientes	37
<i>Grupos feministas</i>	39
<i>Grupos de derechos humanos</i>	40
<i>Grupos de vecinas</i>	42
b) Tendencias emergentes	43
<i>Crecientes intercambios entre grupos</i>	43
<i>Multiplicación y diversificación</i>	45
<i>Redes transnacionales</i>	46
<i>Profesionalización y "onjeización"</i>	47
<i>Absorción de demandas</i>	49
c) Debates en torno a la política del género	50
<i>¿Intereses estratégicos o intereses prácticos?</i>	50
<i>¿Confrontación o negociación?</i>	52
<i>¿Potencial político o potencial cultural?</i>	54
<i>¿Inserción global o activismo local?</i>	57
BIBLIOGRAFÍA	59

© **Ediciones Al Margen**
Calle 16 N° 587
C.P. 1900 – La Plata, Bs. As.,
Argentina
E-mail: info@edicionesalmargen.com

Primera edición, abril de 2002
I.S.B.N. N° 987-9248-83-X

Diseño de tapa e interior: Juan Manuel Astorga

Printed in Argentina – Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723

Todos los derechos reservados. No puede reproducirse ninguna parte de este libro por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado, o cualquier almacenaje de información o sistema de recuperación sin permiso del editor.

CAPÍTULO 2

Enfoques teóricos	67	4. Claves para una exposición afín al constructivismo social	101
I. LA PERSPECTIVA SOCIAL CONSTRUCTIVISTA	70	b) Identidad, subordinación y opresión	102
a) Antecedentes	70	1. Identidad y discurso	102
b) Los problemas sociales como construcciones	72	2. La conciencia de la opresión	103
c) El giro postmoderno	74	3. Orientaciones para la investigación empírica	105
1. La crítica a las metanarrativas	75	c) La construcción de la identidad colectiva	106
2. El lenguaje	75	1. Identidad colectiva	106
3. Las operaciones del poder	76	2. Identidad y estrategia	107
d) El constructivismo social a partir del giro posmoderno	77	3. Orientaciones para la investigación empírica	108
1. Reflexividad, anti-esencialismo, historicismo	78	d) Redes latentes y acciones visibles	108
2. Conocimiento experto y conocimientos vernáculos	79	1. Fase latente, fase visible	108
3. La política constructivista	81	2. Laboratorio social	109
4. El uso de la perspectiva constructivista para la investigación de grupos	82	3. Orientaciones para la investigación empírica	110
II. EL ENFOQUE DE MOVILIZACIÓN DE RECURSOS	82	IV. EL ENFOQUE IDEOLÓGICO COGNITIVO (FRAME ANALYSIS)	111
a) Introducción	82	a) Introducción	111
1. Concepción de los movimientos	83	1. La noción de frame	111
2. Supuestos básicos	83	2. Frames y el estudio de movimientos sociales	112
3. Una lectura en clave constructivista	84	3. Nuestra presentación de este enfoque	112
b) Oportunidades para la acción	85	b) Funciones y componentes	113
1. Estructura de oportunidades políticas ("political opportunity structure")	85	1. Funciones	113
2. La construcción de oportunidades	85	2. Componentes	114
3. Orientaciones para la investigación empírica	86	3. Iconos políticos	114
c) Formación del grupo, reclutamiento y organizadores externos	86	c) Construcción de frames	115
1. La organización de la protesta	86	1. Resonancia; frames maestros	115
2. Micro-movilizaciones	87	2. Commensurabilidad	116
3. Orientaciones para la investigación empírica	88	3. Balance	116
d) Las formas de organización interna	89	4. Apertura	117
1. La organización de la protesta social	89	5. Oportunidades y límites para la construcción de frames	117
2. Las dinámicas internas	90	d) Arenas públicas	118
3. Orientaciones para la investigación empírica	91	1. La arena mediática	118
e) Organizaciones de apoyo	92	2. La arena pública	120
1. Red de organizaciones	92	3. La arena política	120
2. Una lectura en clave estratégica	93	4. La arena gubernamental	121
3. Orientaciones para la investigación empírica	94	e) Tácticas de diseminación	122
f) Formas de acción	95	1. Tácticas en la arena pública	123
1. Solidaridad, conflicto, ruptura	96	2. Tácticas en la arena mediática	123
2. Orientaciones para la investigación empírica	97	3. Tácticas en la arena política	124
III. EL ENFOQUE IDENTITARIO	97	4. Tácticas en la arena gubernamental	124
a) Introducción	97	f) Algunas orientaciones metodológicas	125
1. Reposicionamiento frente a la tradición marxista	97	1. La base empírica de los frames de protesta	125
2. Grandes mutaciones	99	2. La reconstrucción de frames	126
3. Nuevos movimientos sociales	100	3. Cruces de referencias y variaciones temporales	126
		4. Repertorios de preguntas y cuestiones	127

V. EL ENFOQUE NARRATIVO	128
a) Introducción	128
1. <i>Consenso básico</i>	129
2. <i>Psicología, historiografía, sociología</i>	129
3. <i>El giro narrativo en la investigación social</i>	130
4. <i>Nuestra presentación del enfoque</i>	131
b) Estructuración narrativa	131
1. <i>Un final cargado de valor</i>	132
2. <i>Una trama</i>	133
3. <i>Escenario de los acontecimientos, escenario de la conciencia</i>	134
4. <i>Direccionalidad</i>	134
5. <i>El narrador</i>	135
c) Identidad narrativa	135
1. <i>La construcción de la identidad personal</i>	136
2. <i>Formación narrativa e interacción</i>	137
3. <i>La articulación entre narrativas personales y narrativas colectivas</i>	138
d) Práctica narrativa	139
e) Transformaciones narrativas: de "víctimas" a "activistas"	140
1. <i>Dimensiones de transformación</i>	140
2. <i>Externalización</i>	142
f) Los grupos como comunidades narrativas	143
g) Algunas orientaciones para la investigación empírica	145
1. <i>Tensión entre el cómo y el qué</i>	145
2. <i>La unidad empírica del texto y la diversidad de interpretaciones</i>	146
3. <i>Narrativa personal, crónica, estilos interactivos</i>	146
4. <i>Popularización de narrativas expertas; de-privatización</i>	147
5. <i>Narrativas personales saturadas de problemas</i>	147
6. <i>Transformación narrativa y reconstrucción de "otra historia"</i>	147
7. <i>¿Uso de las narrativas personales como materias primas?</i>	148
BIBLIOGRAFÍA	149
CAPÍTULO 3	
Técnicas cualitativas para la investigación de grupos	161
I. CONSTRUCTIVISMO SOCIAL E INVESTIGACIÓN CUALITATIVA	165
a) Antecedentes	165
b) Reflexividad	168
c) Confidencialidad y otras cuestiones ético políticas	168
d) Investigación colaborativa	170
e) Estudios de caso de grupos sociales	171
II. EL USO DE DOCUMENTOS	173
a) Introducción	173
b) La ubicación de documentos	174
c) La evaluación de documentos	175

d) Reflexividad	176
III. OBSERVACIÓN PARTICIPANTE	177
a) Introducción	177
b) Acceso	178
c) El observador participante	179
d) Notas de campo	181
IV. ENTREVISTAS	184
a) Introducción	184
b) La entrevista de historia de vida	187
c) La entrevista semi-estructurada	190
d) La entrevista de cierre	192
e) Registro y transcripción	193
IV. GRUPOS FOCALIZADOS	194
a) Introducción	194
b) Planificación y reclutamiento	196
c) Implementación y coordinación	199
d) Análisis preliminar y transcripción	200
BIBLIOGRAFÍA	202
CAPÍTULO 4	
Investigación de casos	207
I. LAS MADRES DE PLAZA DE MAYO (BUENOS AIRES, ARGENTINA)	212
a) Cronología	212
b) Tendencias y debates	215
1. <i>Las demandas de las Madres y la cuestión de los intereses de género</i>	216
2. <i>Énfasis en la confrontación</i>	217
3. <i>Impacto de una nueva manera de "hacer política"</i>	219
4. <i>Acción local y presencia internacional</i>	220
c) Temas de investigación	221
1. <i>Red transnacional de derechos humanos</i>	221
2. <i>Declaraciones públicas</i>	224
3. <i>Transformaciones personales</i>	227
d) Técnicas cualitativas	229
1. <i>El uso de documentos</i>	230
2. <i>Observación participante</i>	231
3. <i>Entrevistas</i>	233
4. <i>Grupos focalizados</i>	234
BIBLIOGRAFÍA SELECTA	236
II. EL GRUPO DE SALUD DE JARDIM NORDESTE (SAO PAULO)	239
a) Cronología	239
b) Tendencias y debates	241
1. <i>Intereses de género en la periferia de Sao Paulo</i>	241

2. Estrategias de negociación, estrategias de confrontación	242
3. Las consecuencias del activismo	244
c) Temas de investigación	245
1. Empoderamiento	245
2. Profesionalización	250
3. Religión y compromiso personal	253
d) Técnicas cualitativas	255
1. Entrevistas	257
2. Observación participante	259
BIBLIOGRAFÍA	261
III. EL COLECTIVO FEM (CIUDAD DE MÉXICO)	263
a) Cronología	263
b) Tendencias y debates	266
1. Década del setenta: nueva ola feminista; año internacional de la mujer; coaliciones	266
2. Década del ochenta: encuentros nacionales; "feminismo popular"; desplazamiento del escenario público	268
3. Década del noventa: vínculos con agencias gubernamentales; candidaturas electorales; poca visibilidad pública, mucha actividad subterránea	270
c) Técnicas cualitativas	272
1. Aniversario 20 años	274
2. Reacciones a las respuestas populares al terremoto (1985)	275
3. Reacciones a la sublevación indígena en Chiapas (1994)	275
4. Reacciones al triunfo del Partido de Acción Nacional - PAN (2000)	276
5. Las fundadoras	276
6. Las dinámicas interpersonales	277
7. Relatos de "conversión"	278
8. Lugar de encuentro y refugio	278
9. Posición en el contexto del feminismo mexicano y del movimiento global	279
d) Temas de Investigación	279
1. Relatos que hacen historias	280
e) Tomas de posición en arenas públicas	284
BIBLIOGRAFÍA	289
APÉNDICE	
Internet, activismo social e investigación cualitativa	293
I. INTERNET: RED DE REDES	296
a) Breve historia	296
b) Algunas aplicaciones básicas	299
1) Bulletin boards	299
2) Websites	300
3) Correo electrónico	300
4) Grupos de discusión y chatrooms	300

5) Buscadores	301
II. CIBER-ACTIVISMO	302
a) Grupos virtuales	303
b) Ciber-activismo	305
III. INVESTIGACIÓN CUALITATIVA "ONLINE"	308
a) Introducción	308
b) Observación participante	311
c) Entrevistas	312
d) Grupos focalizados	314
1) Introducción	314
2) Ventajas, desventajas	315
3) Planificación y reclutamiento	316
4) Implementación y coordinación	317
5) Análisis preliminar y transcripción	318
IV. LAS MADRES DE PLAZA DE MAYO Y LAS REDES ELECTRÓNICAS DE DERECHOS HUMANOS	318
V. RECURSOS ON-LINE	325
a) Estudios latinoamericanos	325
b) Teoría y metodología	327
c) Grupos de mujeres en Latinoamérica	329

SKIDMORE, Thomas y SMITH, Peter (1992). **Modern Latin America**. New York: Oxford University Press.

SLATER, David (Ed.) (1985). **New social movements and the state in Latin America**. Amsterdam: CEDLA.

SOARES, Vera et al. (1995). Brazilian feminism and women's movements: a two-way street en Amrita Basu, (ed.), **The challenge of local feminisms: women's movements in global perspective**. Boulder, CO: Westview Press.

STAUDT, Kathleen (1998). Women in politics: Mexico in global perspective", en Victoria Rodríguez, (ed.), **Women's participation in Mexican political life**. Boulder, CO: Westview Press.

STEPAN, Alfred (Ed.) (1989). **Democratizing Brazil. Problems of transition and consolidation**. NY: Oxford University Press.

STEPHEN, Lynn (1997). **Women and social movements in Latin America: power from below**. Austin: University of Texas Press.

STERNBACH, Nancy et al., (1992). Feminisms in Latin America: from Bogotá to San Bernardo, **Signs: Journal of Women in Culture and Society**, 17(2):392-434.

STERNBACH, Nancy et al. (1994). Feminismo en América Latina: de Bogotá a San Bernardo, en Magdalena León, (ed.), **Mujeres y participación política: avances y desafíos en América Latina**. Bogota: Tercer Mundo Editores.

THOMAS, Dorothy (1993). In search of solutions: women's police stations in Brazil, en **Women and violence**.

TOURAINÉ, Alain (1989). **América latina: política y sociedad**. Madrid: Espasa.

VARGAS, Virginia (1994). El movimiento feminista latinoamericano: entre la esperanza y el desencanto", en Magdalena León, (ed.), **Mujeres y participación política: avances y desafíos en América Latina**. Bogota: Tercer Mundo Editores.

WICKHAM CROWLEY, Timothy (1991). **Exploring revolution: essays on Latin American insurgency and revolutionary theory**. Armonk, NY: M.E. Sharpe.

ZABALETA, Marta (1997). Ideology and populism in Latin America: a gendered overview, en Will Fowler, (ed.), **Ideologies and Ideologies in Latin America**. Westport, CT: Greenwood Press.

ZERMEÑO, Sergio (1987). La democracia como identidad restringida, en Fernando Calderón y Mario Dos Santos (comps.), **Latinoamérica: lo político y lo social en la crisis**. Buenos Aires: CLACSO.

ZERMEÑO, Sergio (1990). El regreso del líder, **David y Goliath**, 56: 54-62.

CAPÍTULO 2

Enfoques teóricos

Desde sus orígenes en el siglo pasado, las ciencias sociales se han transformado al ritmo de los cambios sociales, tratando de dar cuenta de los mismos, de adelantarse a ellos y, en muchos casos, de imprimirles nuevas direcciones. En efecto, dichas ciencias no están simplemente “en la sociedad” sino que, con mayor o menor éxito, siempre han participado de la construcción, la disolución, o la manipulación, de distintos ordenamientos sociales. Consideramos que el área de las teorías sobre movimientos sociales lejos de ser una excepción, confirma esta tendencia generalizada de la disciplina.

Los nuevos enfoques teóricos que vamos a analizar en este capítulo están poderosamente influidos por la serie de transformaciones en las formas de organización y acción de los movimientos y grupos de protesta de las últimas décadas, desde su aparición con la ola de movilizaciones estudiantiles de fines de los '60, principalmente en Europa, pero también en los Estados Unidos y América Latina.

Al mismo tiempo, los enfoques que hemos elegido son considerablemente permeables a las innovaciones conceptuales y a la difusión de nuevos vocabularios provenientes de otras ciencias humanas, especialmente la lingüística y la psicología. Esta permeabilidad está ella misma emparentada con el rápido desdibujamiento de las fronteras que hasta hace poco tiempo dividían tajantemente distintos sectores dentro del campo de las disciplinas sociales y humanas.

Es cierto que muchas innovaciones son pasajeras y sólo algunas perduran y tienen mayor influencia. Los cuatro enfoques que hemos seleccionado, si bien relativamente nuevos, demuestran considerable solidez y siguen mostrando significativa productividad, luego de más de 10 años de existencia. Parte de esa productividad obedece al hecho de que combinan la sofisticación teórica con la formulación de líneas de investigación social, o más específicamente *micro-social*, empíricamente viables para el estudio de grupos pertenecientes a movimientos más amplios.

Como veremos, estos abordajes tienen considerables diferencias e incluso, en muchos casos, posturas y visiones conflictivas. Con todo, estamos persuadidos de que si se enfatizan los elementos constructivistas que tienen en común, es posible presentarlos como formando parte de un conjunto coherente.

El capítulo tiene cinco secciones. En la primera, vamos a presentar algunas cuestiones conceptuales relativas al constructivismo social, una perspectiva de análisis y un estilo de investigación empírica que está adquiriendo creciente importancia en el campo de las ciencias sociales, siendo utilizada por diversos teóricos, epistemólogos y metodólogos trabajando en dicho campo. Como veremos, en las cuatro secciones restantes ensayamos estrategias de exposición que iluminan y realzan los elementos constructivistas de los enfoques teóricos bajo consideración. La sección 2 está dedicada al enfoque de movilización de recursos, que se centra en los procesos de organización y mantenimiento de las distintas formas de acción colectiva. En la sección 3 presentamos el enfoque identitario, que aborda los movimientos sociales como procesos de construcción de identidades colectivas. La sección 4 está dedicada al enfoque ideológico cognitivo ("*frame analysis*" en inglés) que dirige la atención a las dimensiones públicas del activismo social. Por último, en la sección 5 exponemos el enfoque narrativo que facilita las herramientas necesarias para el estudio de las transformaciones personales que experimentan los activistas.

I. LA PERSPECTIVA SOCIAL CONSTRUCTIVISTA

a) Antecedentes

Los antecedentes del constructivismo social se remontan a dos corrientes sociológicas estadounidenses, *el interaccionismo simbólico* (Mead, 1934, Goffman, 1959; Blumer, 1969) y *la fenomenología interpretativa* (Berger y Luckman, 1967). Ambas corrientes representan sendas reacciones al estructural funcionalismo (Talcott Parsons) y ambas coinciden en afirmar que dicha teoría no presta suficiente atención a la función del sentido en la construcción de lo social.

El interaccionismo simbólico argumenta que los sentidos emergen a partir del intercambio entre sujetos. Además esta corriente asume una postura pragmática, según la cual el sentido atribuido a una situación no es el resultado de una contemplación desinteresada, sino de la necesidad de actuar a partir de dicha situación.

Dado que los procesos de construcción de sentido son de naturaleza intersubjetiva, el lenguaje ocupa en ellos un lugar central. En efecto, según los interaccionistas, el lenguaje es el medio simbólico expresivo por excelencia. Los interaccionistas tratan las expresiones verbales no como meros sonidos sino como "gestos" que hacen visibles y anuncian intenciones invisibles y subjetivas. No es casual entonces que el lenguaje aparezca como el medio fundamental para coordinar interacciones entre sujetos.

A partir de estas premisas, la corriente que nos ocupa propone que lo que llamamos "sociedad" no tiene, como pretende el estructural funcionalismo, leyes de funcionamiento propias ni posee una estructura invisible, sino que está constantemente producida a través de intercambios visibles entre sujetos individuales. Como consecuencia de esto para el interaccionismo la investigación social debe orientarse al estudio empírico de los procesos a través de los cuales los sujetos construyen definiciones de sí mismos y de sus situaciones.

La fenomenología interpretativa comparte con el interaccionismo simbólico el rechazo de la visión estructural funcionalista que presenta la sociedad y sus instituciones como si tuvieran vida e imperativos propios, independientes de los sujetos actuantes. Esta corriente también endosa el enfoque interaccionista de los sujetos como dadores de sentido y originantes de la acción, pero ensaya una reconstrucción de la acción en términos fenomenológicos y sin la influencia que el pragmatismo tiene sobre el interaccionismo simbólico.

Asimismo, mientras la corriente interaccionista es social y relacional, la corriente fenomenológica enfatiza la construcción individual del mundo, si bien es cierto que algunos de sus representantes trataron de tender puentes entre lo individual y lo social a partir del análisis de los elementos cognitivos y personales que entran en juego en la construcción social de la realidad (Berger y Luckman, 1967).

La corriente fenomenológica se propone como tarea el análisis del proceso subjetivo de construcción del mundo como una organización dotada de un sentido coherente. Para esto es necesario que el investigador ensaye una "suspensión" del sentido común, ya que para éste el mundo se impone como algo independiente de la subjetividad humana. En cambio, para el fenomenólogo el mundo social no existe como una realidad natural objetiva.

También en esta segunda corriente el lenguaje ocupa un lugar central, dado que lo social resulta externalizado y convertido en una realidad autónoma principalmente a través del lenguaje. Nombrar es convertir lo nombrado en algo dotado de una existencia independiente (la "familia", la "iglesia", el "estado", etc.). Cuando las externalizaciones son compartidas por grupos humanos a lo largo del tiempo, la apariencia de autonomía se acrecienta y esto hace que muchas construcciones sociales se conviertan en instituciones. Este abordaje fenomenológico permite analizar cómo las instituciones están organizadas alrededor de cuerpos de creencias y conocimientos que las legitiman e integran a un mundo social convertido en un universo de sentido.

Como venimos viendo, estas dos corrientes constructivistas rechazan el análisis social en términos de estructuras, sistemas y mecanismos con una existencia independiente y con imperativos propios. Por el contrario, argumentan que el orden social, las instituciones y las colectividades no existen fuera de los procesos

individuales e intersubjetivos a través de los cuales se construye y mantiene el mundo social en general y los distintos sectores dentro del mismo. A partir de estas bases teóricas, distintos autores dentro de estas corrientes se han aplicado a la investigación cualitativa a través de la observación de escenarios “naturales” (en el sentido de no ser contextos creados o manipulados artificialmente por los investigadores) e interacciones entre sujetos vernáculos.

b) Los problemas sociales como construcciones

Hacia mediados de los '70, comienzan a aparecer nuevas contribuciones provenientes de una segunda generación de autores constructivistas que si bien tienen cierta relación de parentesco con las corrientes constructivistas del período previo, se destacan por introducir innovaciones significativas. Como veremos a continuación, esta generación comienza a definir los perfiles de un estilo de investigación y análisis que en gran medida todavía persiste en los enfoques que vamos a considerar en las secciones siguientes. Esto se explica si atendemos a dos desplazamientos que, introducidos por esta nueva generación, permiten formular toda una serie de temas estrechamente relacionados con el activismo social de grupos y movimientos de protesta: 1) El foco de análisis se desplaza de la construcción social de situaciones normales y consensuadas a la construcción de situaciones sociales problemáticas y conflictivas. 2) Se pasa del estudio de la interacción entre actores individuales al estudio de la interacción entre actores colectivos en la arena pública.

Este reposicionamiento implica también una toma de distancia con respecto a las premisas individualistas e incluso “mentalistas” de muchos representantes de la primera generación, que tendían a pensar que las claves del mantenimiento del orden social institucional residían en las mentes de los sujetos individuales.

El enfoque constructivista de los problemas sociales (Spector y Kitsuse, 1977 y 2001; Schneider and Kitsuse, 1989) reaviva la confrontación con el estructural funcionalismo, en un área que hasta ese momento había permanecido dominada por la visión según la cual los “problemas sociales” están provocados por condiciones objetivas que existen independientemente de las interpretaciones acerca de lo que pasa por “problema social”.

En contraste con esa visión, los representantes de esta corriente analizan los “problemas sociales” como construcciones inseparables de los procesos a través de los cuales distintos grupos de protesta formulan sus reclamos y llaman la atención pública acerca de la existencia de dichos “problemas”. Al centrar la atención no en supuestas condiciones objetivas sino en las experiencias intersubjetivas y las actividades de protesta, la perspectiva constructivista abre un vasto campo para la investigación empírica cualitativa de los “problemas

sociales”, estudiando cómo distintos grupos dan sentido y definen ciertas situaciones consideradas problemáticas.

Según los autores que estamos reseñando, una definición sociológica de los problemas sociales debe necesariamente documentar los procesos a través de los cuales la sociedad, o ciertos grupos activos dentro de ella, llegan a reconocer algo como constituyendo un “problema” (Spector y Kitsuse, 1977: 1). En esa misma obra, estos autores sugieren que los procesos de construcción de los problemas sociales suelen mostrar una evolución marcada por cuatro estadios: primero, surgen intentos colectivos por remediar una condición percibida como ofensiva e indeseable; luego, aparecen agencias gubernamentales u otro tipo de instituciones establecidas que ofrecen una “solución”; en el tercer estadio, el grupo que hizo públicos los reclamos, rechaza la solución considerándola inadecuada; por último, en el cuarto estadio, el mismo grupo declara que “no se puede trabajar dentro del sistema” e intenta crear formas de respuesta institucional alternativas (:148-156).

A partir de estas ideas asociadas a la concepción de los problemas como construcciones sociales, esta segunda generación de autores orientó la investigación al estudio empírico de diversos casos (“maltrato de menores”, “maternidad adolescente”, “adicción al cigarrillo”, “violencia familiar”, etc., Best, 1987 y 1989). Para ello han centrado principalmente la atención en las declaraciones, las retóricas y las imágenes públicas utilizadas para la construcción de distintos problemas sociales.

Llegados hasta aquí podemos adelantar tres observaciones. Primero, la perspectiva constructivista en cuestión tiende a centrarse en los problemas visibles y las retóricas públicas conscientemente manipuladas, en aquello que la sociedad, los medios de comunicación, o los líderes de las organizaciones más activas construyen como “problemas”. Sin dejar de ser importante, esta perspectiva pierde de vista la posibilidad de indagar si estas construcciones tienen un proceso de gestación previo, “invisible” (una suerte de prehistoria), antes de su entrada en el ámbito de lo socialmente visible.

Segundo, vale la pena enfatizar que a diferencia del constructivismo de la primera generación, esta nueva corriente opera en un campo donde el carácter construido de ciertos sectores de la realidad social tiende a hacerse más transparente: es en situaciones problemáticas, cuando las definiciones establecidas entran en crisis, o cuando se plantean conflictos entre distintas definiciones, o más aún, en situaciones de aparición de nuevas definiciones, donde resulta más factible estudiar los procesos de construcción de las mismas.

Por último, a partir de estas nuevas formulaciones comienza a ponerse en tela de juicio la función de los científicos sociales como “expertos”. En efecto, estos

autores constructivistas de la segunda generación argumentan que los sociólogos que se presentan como portadores de un conocimiento experto acerca de la naturaleza, las causas y las posibles evoluciones de un problema social dado, son en realidad participantes en la construcción social del problema; aunque se presenten como analistas objetivos del problema, son de hecho parte constitutiva del mismo (Schneider, 1985: 212). Pero una vez que se pone en cuestión el estatuto y la función del saber de los científicos dedicados a estudio de los problemas sociales, es lógico extender ese cuestionamiento a los académicos e investigadores enrolados en la perspectiva constructivista. Un poco más adelante retomaremos este tema.

c) El giro posmoderno

Como ya dijimos, hacia mediados de los '70 aparece una nueva generación de autores constructivistas que se aplica al estudio de los problemas sociales como construcciones. Esto supuso un cuestionamiento profundo del análisis de dichos problemas desde la perspectiva de las "condiciones objetivas". Unos pocos años después esta vertiente está relativamente consolidada pero ya a comienzos de los '90 se empieza a vislumbrar una nueva reorientación. Dicha reorientación está marcada por la aparición de contribuciones que, siempre dentro del contexto académico norteamericano, empiezan a incorporar perspectivas elaboradas por distintos autores franceses "postmodernos" (principalmente Jean-Francois Lyotard, Jacques Derrida y Michel Foucault).

El postmodernismo es una corriente que carece de una unidad intrínseca y que tiene fronteras difusas que abarcan no sólo las ciencias sociales y humanas, sino también las artes y la arquitectura; además parte de la dificultad para clasificarlo reside en que participa de un cambio sociocultural todavía en gestación. Dentro del amplio espectro de temas postmodernos vamos a seleccionar sólo los tres que más han gravitado en el "giro postmoderno" ensayado por un grupo de autores con contribuciones recientes a la perspectiva constructivista que nos ocupa (Seidman, 1991 y 1994; véase también Seidman y Alexander, 2001; Miller y Holstein, 1993; Holstein y Gubrium, 2000 y 2001; Gergen, 1999; Hacking, 1991 y 1999).

La corriente postmoderna en los estudios sociales puede abordarse como una forma de constructivismo dado que afirma que el "orden social" está construido discursivamente. Presentándola en estos términos, dicha corriente parece emparentada con la visión interaccionista de la "sociedad", no como un sistema de estructuras materiales, sino como una construcción simbólica. Del mismo modo que las primeras generaciones constructivistas dedicaron considerables energías al cuestionamiento de los supuestos y el estilo de investigación y análisis asociado con el estructural funcionalismo, las corrientes postmodernistas y

postestructuralistas en ciencias sociales cuestionan los supuestos estructuralistas del marxismo. En efecto, estas corrientes rechazan tanto la existencia de estructuras subyacentes a los fenómenos sociales, como la posibilidad de elaborar una teoría capaz de descubrir esas estructuras y producir cambios sociales a partir de una alteración de las mismas.

Con todo, a pesar de que hay elementos constructivistas en la corriente postmodernista dentro de las ciencias sociales, esta corriente introduce intuiciones y temas completamente ajenos a las primeras dos generaciones de constructivistas norteamericanos: especialmente, la visión del discurso científico como una construcción narrativa (Lyotard, 1984), el cuestionamiento del lenguaje como un medio transparente (Derrida, 1976; 1978) y el análisis de las construcciones sociales como prácticas disciplinarias que producen "sujetos" a través de la articulación de formas de saber con formas de control (Foucault, 1980).

1. La crítica a las metanarrativas

El postmodernismo se caracteriza por una incredulidad generalizada hacia las "metanarrativas" (Lyotard, 1984). Esta incredulidad hace entrar en crisis al discurso filosófico y acarrea la bancarrota de su función legitimadora del conocimiento y la política. Pero la crisis de la filosofía arrastra consigo a todo discurso que pretenda existir más allá de la historicidad y la contingencia. Por lo tanto, no sólo el proyecto de una ciencia universal sino también el proyecto de una ciencia de las leyes de la historia o de los principios de la sociedad se ven amenazados.

Este cuestionamiento puede llevar a una postura pesimista que rechace de plano la posibilidad e incluso la deseabilidad de la investigación social. Sin embargo, también puede fortalecer las perspectivas afines al constructivismo social, abriendo el espacio para la comprensión de dicha investigación como una construcción en la contingencia histórica y no más allá de ella. Esta variante más productiva es la que está presente en la perspectiva del constructivismo social contemporáneo.

2. El lenguaje

El segundo tema postmoderno que se apropian los constructivistas se refiere al cuestionamiento del lenguaje como medio transparente para representar la realidad objetiva o las intenciones subjetivas de los actores. Ya hemos mencionado que el interaccionismo argumenta que la realidad social no existe como una "cosa" sino como una construcción intersubjetiva donde el lenguaje es el medio fundamental de coordinación de acciones y comunicación de sentidos.

La perspectiva postmoderna coincide en la centralidad del lenguaje pero no acepta que el lenguaje sea un medio neutro a través del cual la mente pueda

representar el mundo. Asimismo, niega que el lenguaje (hablado o escrito) pueda analizarse como la representación de lo que el sujeto piensa, siente, o pretende decir. Según la perspectiva postmoderna, el lenguaje opera más allá de las intenciones de los sujetos parlantes.

En sus formulaciones más extremas, el lenguaje aparece como una fuente prácticamente inagotable de ficciones (Derrida, 1978), no sólo la ficción "filosófica" (que crea a su vez las ficciones de "la verdad" y "la lógica"), sino también la ficción de que hay actores, autores, audiencias y lectores, mas allá de los efectos del lenguaje.

De nuevo aquí, la apropiación constructivista incorpora alguna de estas intuiciones al mismo tiempo que administra antídotos contra ciertas formulaciones que anularían la posibilidad misma de una investigación social. Con todo, la problematización del lenguaje como medio de representación transparente a partir de la crítica postmoderna tiene componentes que pueden fortalecer el proyecto que nos ocupa.

El análisis de la construcción de problemas sociales tendió a concentrarse en el estudio de los procedimientos retóricos de líderes de grupos y movimientos que tenían considerable destreza retórica y probada experiencia en presentaciones públicas. En estos casos, hay que aceptar que los sujetos tienen considerable dominio sobre el lenguaje que utilizan. Sin embargo, ni siquiera aquí conviene asumir que los sujetos que participan activamente de las protestas sociales tienen un control completo sobre lo que piensan, sobre lo que quieren decir, sobre lo que dicen y sobre los contextos donde hacen sus declaraciones.

Un investigador atento puede generalmente captar incoherencias y desplazamientos que no siempre son voluntarios. Aquí puede ser de utilidad la intuición postmoderna sobre la pluralidad de intenciones y de autores en un "texto". Por ejemplo, no es infrecuente que en una misma declaración pública un sujeto tenga distintas identidades, expresándose ora como "dirigente", ora como "mujer", ora como "madre".

3. Las operaciones del poder

El último tema que vamos a presentar es acaso el que marca de modo más decisivo el perfil de crítica social que el giro postmoderno introduce en la perspectiva constructivista que nos ocupa. Esto se explica porque desde esta nueva contribución, el análisis del carácter construido de las realidades sociales, lejos de ser un ejercicio intelectual neutro, apunta a hacer visibles las operaciones del poder, que el propio poder trata de oscurecer.

Como ya sugerimos, para el constructivismo de la primera generación las instituciones no tienen una vida propia sino que existen en y a través de los

intercambios entre sujetos. Esto se conecta a la crítica de la tendencia en el estructural funcionalismo a erigir ciertas nociones científicas abstractas ("estructura", "necesidades funcionales") en realidades efectivas y actuantes.

Con todo, se ha objetado que los supuestos individualistas de los autores de esa generación los llevan a conferir demasiada libertad a los sujetos y a perder de vista la gravitación que la situación ejerce sobre sus intercambios. Más precisamente, se objeta que en la mayoría de las instituciones (de la familia al partido político) las formas establecidas de autoridad y las diferencias de poder entre sus miembros fijan las formas posibles de la interacción.

La contribución postmoderna que nos ocupa introduce nuevos elementos de análisis al proponer que las instituciones sociales tienen un poder disciplinario que opera, no a espaldas de los sujetos, sino en y a través de ellos (Foucault, 1980). Esa perspectiva es importante porque dirige la atención al modo en que ciertas formas de dominación y subordinación aparecen actualizadas en interacciones aparentemente "libres", dado que no son objeto de censura, represión o violencia manifiestas.

Pero también aquí la apropiación constructivista evita la formulación más extrema de esta perspectiva que presenta a los sujetos, a sus deseos y a sus cuerpos como productos de poderes disciplinarios omnipresentes. Una vez que se descarta esta visión de los poderes disciplinarios, la investigación social puede concentrarse en otros aspectos aportados por esta perspectiva.

Por ejemplo, la idea foucaultiana según la cual las instituciones "crean" sus propios sujetos está apoyada en el análisis de instituciones disciplinarias que combinan la producción de conocimientos con la organización de prácticas de control social "no-violento" (psiquiatría - asilo - criminología - prisión, etc.). Con todo, dicha idea puede extrapolarse a otros contextos, poniendo su fuerte contenido constructivista al servicio del análisis de los modos en que distintos grupos y movimientos construyen nuevas formas de organización, nuevos conocimientos y nuevos sujetos colectivos.

d) El constructivismo social a partir del giro postmoderno

"Tomando a préstamo recientes desarrollos en la historia de la ciencia, la sociología del conocimiento, la etnometodología, el estudio retórico de la ciencia, la antropología simbólica, la teoría feminista y la teoría literaria post-estructuralista, el constructivismo social no es una teoría fundacional del conocimiento sino un diálogo anti-fundacional."

Gergen, 1995: 20

Como sugiere Kenneth Gergen, uno de los nombres más destacados dentro de la tercera generación de autores constructivistas, más que un paradigma teórico auto-suficiente, el constructivismo social es un estilo de análisis e investigación social relativamente abierto. En tal sentido no hay un repertorio de principios

fundamentales al que todos los autores de la tercera generación adhieren. Con todo, hay un estilo constructivista fácilmente reconocible dado que la mayoría de los autores comparten algunas posiciones (Burr, 1995: 2). Esa suerte de consenso se refleja, no tanto en los contenidos de sus obras que son muy diversos, sino en las formas de escritura, en los métodos de investigación y en las modalidades de análisis. Veamos algunos de esos rasgos.

1. Reflexividad, anti-esencialismo, historicismo

Como ya sugeríamos, a partir del giro postmoderno la perspectiva constructivista orientada a la investigación cualitativa se hace mucho más reflexiva. A partir de ahora, no sólo se trata de analizar las construcciones de los grupos bajo estudio sino también de tematizar el carácter construido de la investigación social. Exploremos un poco más algunas consecuencias de esta reflexividad.

Desde el punto de vista de la metodología de la investigación dicha reflexividad se conecta con la exigencia de tematizar *la actividad del observador en la modelación de lo observado*. Esto se expresa en la tendencia cada vez más generalizada entre los investigadores constructivistas a reflexionar explícitamente sobre su rol en los procesos a través de los cuales emergen los “descubrimientos”. En efecto, cada vez hay más estudiosos que están preparados para reconocer y extraer las consecuencias que derivan del hecho de que su propia formación personal y profesional gravita de manera significativa sobre sus observaciones y sus análisis.

Asimismo, en un nivel más práctico, la exigencia de reflexividad se expresa en la presencia cada vez más frecuente dentro de los equipos de investigación de miembros que asumen sistemáticamente la función de observadores, no de los contenidos (el qué), sino del proceso de investigación (el cómo).

En todos estos casos, la reflexividad en cuestión está conectada a la conciencia creciente de la propia tarea científica como *una construcción contingente y local*.

Uno de los rasgos más sobresalientes del estilo de investigación que nos ocupa es el “anti-esencialismo” (Sayer, 1997). Este rasgo es especialmente prominente en escritos feministas de corte constructivista; en ellos es frecuente hallar críticas a los intentos de presentar los “atributos femeninos” como si fueran el reflejo o la consecuencia de ciertas características orgánicas y anatómicas fijas. Esta crítica teórica al “reduccionismo biológico” suele complementarse con perspectivas de investigación dirigidas a describir y conceptualizar esos atributos no como “cosas naturales”, sino como artefactos sociales que se cristalizan en identidades personales y colectivas, moldeadas, refabricadas y activadas a través de prácticas sociales interactivas (Cerulo, 1997).

Asimismo, contra lo que podría pensarse a partir de una lectura superficial, conviene precisar que el estilo de investigación constructivista no se caracteriza por

asumir posturas “relativistas” o “idealistas”, sino más bien por adoptar una suerte de historicismo local (Hacking, 1990). Como veremos en el siguiente ejemplo, esta postura historicista se aplica no sólo al tema de estudio, sino al estudio mismo, a partir de la consigna constructivista según la cual los relatos (entre los que hay que incluir los estudios académicos) sobre acontecimientos son parte de esos acontecimientos.

En 1991, Ian Hacking publicó un estudio sobre “el hacer y modelar del abuso infantil” que rápidamente se ha convertido en un ejemplo paradigmático del estilo de investigación que caracteriza a la tercera generación de autores constructivistas.

Siguiendo una modalidad de escritura que podríamos caracterizar como una suerte de micro-narrativa histórica, el autor presenta una diversidad de “pequeños acontecimientos”, registrados principalmente en revistas y diarios de circulación masiva en los Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña. A través de los mismos, Hacking busca mostrar que en estas localidades y regiones las creencias sociales acerca del daño que los adultos pueden hacer a los niños ha variado considerablemente durante las últimas décadas.

Sin embargo, la posición del autor no tiene nada en común con una postura que diría que el “abuso infantil” no es una realidad, sino el resultado de una suerte de imaginaria social o ilusión colectiva. Por el contrario, Hacking conecta la aparición de este nuevo problema, con un amplio espectro de nuevas realidades y prácticas sociales: nuevos métodos de evaluación de niños posibles víctimas de abuso, nuevas agencias, nuevas leyes, nueva información para los padres, nueva educación infantil y sobre todo nuevos conocimientos, que han producido transformaciones reales en el mundo (1991: 258).

Además, ya lo sugeríamos un poco más arriba, como el tipo de realidad del “abuso infantil” está inextricablemente ligada a los relatos, descripciones, análisis y valoraciones que en un momento histórico dado los grupos sociales hacen sobre el mismo, la contribución académica de Hacking pasa a formar parte del proceso de construcción social del problema; y, posiblemente, influya sobre los cambios en las definiciones y valoraciones referidas a dicho problema: “hay gente que hace a los niños las mismas maldades que se hacían hace un siglo... pero ahora están cambiando las definiciones de lo que pasa por abuso y se revisan los valores y códigos morales referidos al mismo (Hacking, 1991: 253; ver también Mackenzie, 1998).

2. Conocimiento experto y conocimientos vernáculos

Otro de los rasgos característicos del constructivismo contemporáneo es la problematización de las distinciones y las jerarquías heredadas acerca del conocimiento experto y su posición de superioridad con respecto a los

conocimientos vernáculos. En efecto, una vez que se reconoce que tanto el conocimiento de los sujetos bajo estudio como el conocimiento de los científicos sociales son construcciones, marcadas por la contingencia de una situación histórico social y por la posición que los sujetos ocupan en ella, cabe preguntarse si hay alguna diferencia entre un tipo de construcción y otra.

En las ciencias sociales existe una tendencia muy arraigada a desvalorizar los conocimientos vernáculos atribuyendo más objetividad y valor a los conocimientos expertos. Por el contrario, la perspectiva constructivista que nos ocupa rechaza esta tendencia y no acepta que haya una diferencia esencial entre ambos tipos de conocimientos. En efecto, desde esta perspectiva se desconfía de las posturas teóricas que pretenden tener un acceso absolutamente privilegiado a la realidad social. Es precisamente esa desconfianza la que explica la preferencia constructivista por la investigación empírica, la metodología cualitativa micro-social y participativa, y la exploración de distintas formas de abordaje y de análisis.

Hay autores constructivistas que han dedicado considerables energías a “deconstruir” y desenmascarar los estilos de escritura experta, mostrando los efectos de distinción, distancia, inaccesibilidad y jerarquía que dichos estilos tienden a promover. Uno de los mecanismos más frecuentes es la despersonalización del investigador, lograda a través del uso de la voz pasiva y la eliminación sistemática de la primera persona del singular (“se implementó un experimento”, “los sujetos fueron expuestos a un estímulo”, “se verificó de acuerdo a los procedimientos establecidos”, etc.). Convirtiendo al investigador en *un sujeto ausente*, este estilo refuerza su autoridad y afianza la habitual diferencia de poder entre investigadores y participantes (Burr, 1995: 165).

Aunque distintos autores suelen adoptar posturas distintas con respecto a la cuestión de las relaciones entre conocimientos expertos y conocimientos vernáculos, se percibe una tendencia generalizada a aproximar los primeros a los segundos, especialmente a través de metodologías participativas y utilización de conceptos que faciliten su apropiación de parte de los participantes.

Con todo, parece haber un reconocimiento generalizado de que mientras los conocimientos de los grupos vernáculos son de tipo práctico y están orientados principalmente a la acción social inmediata, los conocimientos de los investigadores constructivistas tienen una orientación teórica más marcada por las exigencias de la reflexión que por las de la acción directa. Si bien no son radicales (dado que hay reflexión en dichos grupos y orientaciones a la acción en los mencionados investigadores) estas diferencias se expresan en la tendencia del investigador constructivista a abordar fenómenos tales como los “problemas sociales” y las “identidades colectivas” como construcciones intersubjetivas. Por el contrario, no es

frecuente que los actores vernáculos interpreten sus problemas y su propia realidad grupal de esta manera.

3. La política constructivista

Uno de los rasgos más destacados del estilo de investigación y análisis constructivista es el referido al destronamiento del conocimiento experto (Velody y Williams, 1998: 7), mostrando cómo las categorías de este tipo de conocimiento son utilizadas para afianzar relaciones de poder.

Presumiblemente, esta crítica desenmascaradora puede tener un considerable impacto a través del cuestionamiento de las teorías de la causación utilizadas en arenas públicas y campos profesionales para formular diagnósticos y ofrecer “soluciones” a problemas sociales tales como los que hemos venido mencionando. Dicha crítica puede a su vez ser utilizada por distintos movimientos; de hecho, las experiencias del movimiento feminista constituyen un buen ejemplo de la importancia que puede tener la crítica constructivista para un movimiento social y viceversa. Asimismo, es razonable pensar que en un futuro cercano esta perspectiva comenzará a influir los procesos de formación y entrenamiento, y la apropiación de técnicas de nuevas generaciones de trabajadores sociales, organizadores comunitarios, educadores y activistas (Velody y Williams, 1998: 9), sin necesidad de recurrir a la postulación de paradigmas teóricos abstractos y sistemas de saber impenetrables para los sujetos vernáculos.

Como mencionábamos más arriba, el estilo constructivista también tiene un sello distintivo en las metodologías y técnicas de investigación utilizadas. Desde la perspectiva constructivista, el proceso de investigación es concebido como una co-producción a través de la cual, no sólo se gestan nuevos conocimientos, sino que se transforman tanto los investigadores como los participantes. Las transformaciones pueden ser más o menos recíprocas pero es previsible que existan por dos razones. Por un lado, generalmente los investigadores no sólo son observadores sino también, de una u otra manera, participantes que resultan influidos por el trabajo de campo. Por el otro, es habitual que sus propias motivaciones, intereses y objetivos influyan sobre los participantes y los datos que éstos aportan.

Aceptando que este tipo de dinámica es habitual, la perspectiva constructivista prefiere formas de investigación de carácter participativo, donde se tematizan explícitamente los intercambios entre investigadores y grupos vernáculos.

También hay otro aspecto que merece ser atendido. El constructivismo social estimula la exploración de distintos abordajes y rechaza las pretensiones de

privilegiar una interpretación, excluyendo otras. Esta estrategia apunta a hacer menos difícil la activación de alternativas excluidas por los poderes dominantes y hacer más audibles las voces de grupos política, económica y culturalmente marginados (Sarbin y Kitsuse, 1994).

4. *El uso de la perspectiva constructivista para la investigación de grupos*

En las siguientes secciones de este capítulo vamos a presentar cuatro enfoques teóricos orientados al estudio de grupos de protesta, movimientos sociales y otras formas de acción colectiva. En cada sección presentamos un repertorio de conceptos básicos, que definen al enfoque bajo consideración y que consideramos especialmente viables para la elaboración de estudios empíricos ("investigación de casos"). A pesar de que cuando es pertinente hacemos algunas referencias a los supuestos teóricos y epistemológicos de los distintos enfoques, la estrategia de exposición que utilizamos apunta a seleccionar las ideas más compatibles con el estilo de investigación constructivista, excluyendo o reduciendo al mínimo la referencia a aquellas que consideramos menos afines a dicho estilo.

II. EL ENFOQUE DE MOVILIZACIÓN DE RECURSOS

a) Introducción

Durante la década del sesenta, un grupo de autores norteamericanos trabajando en el campo de la teoría sobre movimientos sociales comenzaron a delinear un nuevo abordaje teórico para facilitar el análisis de las formas de acción colectiva que estaban comenzando a emerger durante esos años. Este nuevo enfoque, conocido con el nombre de "movilización de recursos" ("*resource mobilization*"), se fue gestando en oposición la "teoría de las tensiones" ("*strain theory*"), que consideraba a los movimientos sociales como resultados de fallas en los sistemas de integración social que empujaban a los individuos a participar en actividades espontáneas e irracionales, tales como saqueos y violencia de masas.

Pero en contraste con estas imágenes de la acción colectiva, los movimientos anti-bélico, antinuclear y feminista que alcanzaron notoriedad a partir de los '60 mostraban miembros con sólida formación académica, formas de organización muy eficientes y demandas considerablemente sofisticadas. No es casual entonces que a partir de la aparición de estos nuevos sujetos colectivos, los análisis en base a la teoría de las tensiones comenzaron a mostrarse inadecuados (Cohen, 1985; Jenkins, 1983).

Los autores trabajando dentro del enfoque de movilización de recursos tomaron como punto de partida el análisis de la acción colectiva propuesto por Mancur

Olson (1965). Usando el modelo de la acción económica individual orientada a la optimización de beneficios dentro de condiciones de mercado, Olson proponía que los movimientos sociales están formados por individuos que actúan de manera racional, buscando satisfacer intereses materiales. A partir de aquí, los autores que nos ocuparán en esta sección se orientan en distintas direcciones. Por ejemplo, algunos se centran en la posible influencia de procesos políticos, tales como las elecciones y los cambios en la opinión pública, sobre los movimientos sociales (McCarthy y Zald, 1973). Otros analizan los distintos tipos de acción, reactiva o proactiva utilizada por grupos (Tilly et al., 1975). Sydney Tarrow (1989) estudia el impacto de los "ciclos de protesta" sobre la aparición de nuevos grupos. Por su parte, Craig Jenkins (1983), clasifica las distintas formas organizativas que suelen encontrarse en grupos y movimientos.

1. *Concepción de los movimientos*

A pesar de que los autores pertenecientes a este enfoque tienen producciones académicas considerablemente variadas, que cubren diversas áreas relacionadas con distintas formas de acción colectiva habitualmente asociadas con los movimientos sociales, hay un cierto consenso en torno a un repertorio de supuestos básicos que implican una concepción global de los que son dichos movimientos. A continuación ofrecemos una caracterización tentativa de esa concepción, que no conviene entender como una definición en el sentido estricto, sino más bien como una precomprensión presente de manera más o menos implícita en los distintos autores enrolados en el enfoque de movilización de recursos (Cohen, 1985 y Zald, 1992).

Los grupos y movimientos no surgen espontáneamente sino que se construyen activamente. Los procesos de formación y mantenimiento de estos movimientos pueden analizarse como procesos de creación de nuevas organizaciones sociales que se abren un espacio dentro del repertorio de las organizaciones e instituciones ya establecidas. Estos movimientos pueden concebirse como actores colectivos racionales que movilizan recursos y ensayan tácticas y estrategias principalmente orientadas a mejorar la participación de ciertos grupos en los recursos materiales o políticos que controlan otros actores, sea a través de la organización de grupos previamente desorganizados o de la representación de grupos excluidos.

2. *Supuestos básicos*

Veamos ahora con más detalle algunos supuestos compartidos por la mayoría de los representantes de este enfoque teórico (Zald, 1992; Gorlier y Guzik, 1998).

Ni las privaciones materiales y ni la frustración psicológica se traducen automáticamente en acción social conflictiva. El disconformismo es un factor social

relativamente omnipresente y no puede aceptarse como un factor relevante para la formación de dicha acción.

La organización y la movilización de recursos sumadas a la oportunidad política son los factores centrales para la aparición de una acción social conflictiva.

La acción social implica costos y sujetos individuales que los calculan. El cálculo implica elección de alternativas y racionalidad. La acción social tiene una orientación racional dirigida a la satisfacción de intereses. Los costos de la acción varían de acuerdo al apoyo o al rechazo social hacia dicha acción y a la estructura de oportunidades políticas.

No hay diferencial radical entre la acción institucionalizada y la acción no institucionalizada; ambas suponen intereses, conflictualidad y racionalidad del cálculo.

La organización y la obtención y uso de recursos pueden realizarla no sólo los directamente afectados sino otros sujetos, grupos o incluso organizaciones de gran escala que se movilicen para ayudarlos.

El éxito de la acción social conflictiva se mide en base al reconocimiento político del grupo o al incremento de los beneficios materiales de dicho grupo.

3. Una lectura en clave constructivista

A continuación procederemos a seleccionar un repertorio de 5 conceptos que suministran orientaciones útiles para el diseño de distintos estudios empíricos referidos a grupos de acción. Adelantemos algunos detalles de nuestra estrategia de exposición de los mismos. Las presentaciones se desenvuelven en tres fases: primero, presentamos los conceptos tal como han sido acuñados y empleados por los autores trabajando dentro del enfoque de movilización de recursos; segundo, proponemos una relectura o apropiación de esos conceptos enfatizando elementos de la perspectiva constructivista; por último, sugerimos posibles aplicaciones a estudios micro-sociales de carácter empírico.

A través de esta estrategia de exposición pretendemos ir modelando abordajes que, fieles al estilo del constructivismo social, se orienten al análisis de los procesos locales de construcción de la acción colectiva y se alejen de las explicaciones de esa acción en términos macro-sistémicos afines al estructural funcionalismo. Para ello, tendemos a desplazar el centro de estudio de las explicaciones expertas (los “por qué” ofrecidos por los cientistas sociales) a las explicaciones vernáculas (los “por qué” de los participantes) y a las descripciones de procesos (“cómo”) y contenidos (“qué”) (Miller y Holstein, 1993) referidos al activismo de grupos y movimientos sociales.

b) Oportunidades para la acción

1. Estructura de oportunidades políticas (“political opportunity structure”)

Hay algunos autores dentro de la tradición de la movilización de recursos que se han dedicado al análisis del impacto de las condiciones políticas sobre la aparición y posterior evolución de los movimientos sociales. La noción de “estructura de oportunidades políticas” es central en este tipo de análisis; la misma fue acuñada por Peter Eisenger (1973), sistematizada por Katzenstein y Mueller (1987), y más recientemente reelaborada por autores que intentan integrar perspectivas más afines al constructivismo social (Gamson, 1990; Klandermans, 1997).

Las primeras formulaciones de esta noción estuvieron centradas en el análisis de los regímenes políticos y del grado de cohesión o división de las fuerzas políticas dentro de los mismos. La idea básica es que la estructura de oportunidades depende principalmente de factores tales como el carácter represivo o permisivo del régimen político, la estructura del sistema de partidos, monolítica o pluralista, y el grado de representación de grupos de interés en las estructuras del estado (presencia o no de formas de representación neo-corporativa). Hay también autores que incluyen variables de tipo transnacional en el análisis del contexto político, argumentando que el grado de legitimidad que tengan los movimientos entre líderes y organizaciones internacionales puede gravitar sobre la estructura de oportunidades para la acción (Ash-Garner y Zald, 1987).

2. La construcción de oportunidades

Ahora vamos a ensayar una relectura de esta noción, realzando perspectivas afines al constructivismo social de la tercera generación y haciéndola más compatible con modelos de abordaje que toman distancia de las discusiones en términos de factores macro-estructurales y se orientan al análisis de las micro-dinámicas que se desenvuelven en el seno de grupos y movimientos. Asimismo, nuestra reformulación enfatiza, no la perspectiva de los expertos, sino las evaluaciones que los propios sujetos hacen de las oportunidades, que pueden ser tanto o más complejas que las de dichos expertos.

Desde la perspectiva constructivista, sólo hay “oportunidades” para un sujeto que evalúa distintos cursos posibles de acción; desde una posición externa a la dinámica de la acción no tiene sentido hablar de obstáculos o posibilidades; es razonable entonces distanciarse gradualmente de las interpretaciones objetivistas de dichas oportunidades y prestar más atención a las construcciones evaluativas, cognitivas e ideológicas a partir de las cuales se distinguen condiciones que favorecen o que dificultan la acción. En tal sentido no puede extrañar que los “activistas” tiendan a ver *posibilidades* para la acción, donde la gente común

suele ver sólo *imposibilidades*. Por eso puede decirse que las posibilidades se construyen en base a evaluaciones. Esas evaluaciones se apoyan en lo que los sujetos ven y comprenden del contexto en el que están insertos; pero a su vez, lo que los sujetos ven y comprenden deriva, al menos parcialmente, de lo que intentan realizar, de lo que según ellos “está en juego”.

De esta manera nos vamos familiarizando con algunas modalidades de los micro-análisis constructivistas; en este caso podemos comprobar que el análisis debería ir desenvolviéndose en *zigzag*, moviéndose entre lo que los sujetos encuentran dado y lo que crean activamente, o si se quiere entre la “realidad” y las “representaciones”, pero sin alejarse demasiado de la presencia de estas dimensiones en las distinciones que ofrecen los propios sujetos.

3. Orientaciones para la investigación empírica

Vamos ahora a establecer algunos puentes entre el tratamiento teórico de estas ideas y la aplicación de las mismas a temas con un anclaje empírico más evidente. No vamos a intentar agotar todos los temas posibles, sino sugerir algunos que resuenan bien con el estilo metodológico constructivista.

Partimos entonces de la idea según la cual a diferencia de lo meramente posible, las oportunidades sólo existen si se las aprovecha, y para ello es indispensable que se las perciba y evalúe como tales. Como decíamos más arriba, conviene dirigir la atención no sólo a los contenidos de esas evaluaciones (el “qué”) sino también a los procesos a través de los cuales se gestaron las mismas (el “cómo”). Asimismo, es aconsejable retener la distinción entre lo “dado” y lo que los sujetos “hacen” con lo dado.

En tal sentido, pueden explorarse empíricamente dos componentes en el proceso de evaluación de oportunidades. El primero se refiere a la cantidad y la cualidad de información disponible para (lo dado a) los sujetos que evalúan y el segundo a los recursos movilizados para procesar esa información y evaluarla (el hacer), especialmente los recursos ideológicos y las experiencias previas.

c) Formación del grupo, reclutamiento y organizadores externos

1. La organización de la protesta

En este apartado y los siguientes seguimos el mismo ordenamiento en tres fases que ya utilizamos en el apartado anterior. Como sugerimos al presentar los supuestos básicos del enfoque de movilización de recursos, los autores enrolados en esta tradición coinciden en afirmar que hay una brecha entre la condición de adversidad y la acción social orientada a remediarla (Tarrow, 1989). Precisamente, la organización de la protesta, o más específicamente, los procesos de formación de grupos y reclutamiento de miembros, son los que permiten pasar de una situación

en la que simplemente se padecen ciertos problemas a una situación marcada por la aparición de acciones colectivas dirigidas a solucionarlos.

Hace ya más de dos décadas, varios autores trataron de conceptualizar el tema de la participación en grupos y movimientos usando categorías elaboradas por Mancur Olson (1965). Dichos autores han dedicado considerable atención al llamado dilema del que “viaja sin pasaje” (“*free rider dilemma*”) (Olson, 1965). Olson se preguntaba por qué un individuo racional va a correr riesgos e invertir recursos (tiempo, energía, recursos materiales, etc.) en acciones colectivas, si estima que puede esperar que otros actúen por él y luego recibir los beneficios logrados a través de esas acciones. Olson afirma que este dilema se resuelve con la movilización planificada de recursos; la idea es que si se les ofrecen “incentivos selectivos”, los individuos podrían calcular que la participación en la acción colectiva les ofrece suficientes recompensas.

Varios años después, McCarthy y Zald (1973 y 1977) retoman estas ideas y elaboran una conceptualización considerablemente sofisticada de los procesos de reclutamiento, subrayando la función desempeñada por organizadores externos en la formación de grupos pertenecientes a movimientos más extensos. Según los mencionados autores, estos organizadores, sean líderes políticos, activistas comunitarios, funcionarios gubernamentales o líderes religiosos, suelen facilitar los recursos requeridos para la formación de grupos. Asimismo, esta conceptualización permite retomar la idea de los incentivos selectivos, sugiriendo que dichos organizadores están movidos por sus expectativas de beneficios futuros y a su vez ofrecen incentivos adicionales a los potenciales miembros para que participen e inviertan, creándose así una suerte de *espiral expansiva de acción colectiva*.

Anthony Oberschall, otro representante de este enfoque, expande la conceptualización de estos procesos de formación con la introducción de la noción de “reclutamiento en bloque” (1973 y 1993); Oberschall argumenta que la capacidad de movilización de un grupo está principalmente determinada por dos factores: el grado de organización de dicho grupo y la densidad de las redes de solidaridad. Allí donde existen redes de solidaridad densas (por ejemplo, en algunas iglesias, fábricas y barrios), los organizadores o reclutadores pueden ensayar incorporaciones o reclutamientos en bloque, en lugar de verse limitados a interactuar individualmente con los potenciales miembros.

2. Micro-movilizaciones

Uno de los rasgos distintivos de la perspectiva constructivista aplicada al estudio de grupos de protesta y movimientos sociales es la atención prestada a los procesos de formación de estas formas de acción colectiva. Dado que usualmente estos

procesos se desenvuelven antes de la irrupción de los grupos en la arena pública, caen fuera de los enfoques que se centran en el análisis del activismo público.

Como ya vimos, desde el enfoque de movilización de recursos se rechazan las visiones de la protesta social como un fenómeno espontáneo y se subraya la intervención de organizadores o reclutadores en la formación de grupos. Esta intervención parece especialmente decisiva en situaciones donde los sujetos están dispersos, desorganizados y desprovistos de los recursos materiales y cognitivos requeridos para la acción concertada. Estas intervenciones pueden estudiarse atendiendo a los micro-procesos de interacción entre organizadores o reclutadores y miembros potenciales, algo que algunos autores han tematizado bajo la categoría de “micro-movilizaciones” (McAdam et al., 1988).

Llegados hasta aquí, la distinción constructivista entre contextos (o “las condiciones”) y prácticas (o “el hacer”) puede ser útil; en tal sentido, conviene diferenciar entre lo que los agentes externos “hacen” y las “condiciones” en las cuales desenvuelven sus actividades de organización o reclutamiento. Como veíamos en el apartado anterior, una de esas condiciones está definida por la existencia o no de redes de solidaridad. Esta noción es importante por varias razones, especialmente porque permite modelar abordajes que no estén tan limitados por los supuestos individualistas contenidos en los análisis de corte olsoniano.

En efecto, la noción de “redes solidarias” abre la posibilidad de otro tipo de análisis, argumentando que los casos de evaluación individual de los costos y beneficios de la participación conceptualizados por Olson son excepcionales y que lo habitual es que dichas evaluaciones se desenvuelvan en un contexto definido por la presencia de una red de solidaridades que influyen en las evaluaciones y que preceden a la nueva solidaridad constituida en torno a la acción colectiva.

3. Orientaciones para la investigación empírica

Como ya decíamos, con estas orientaciones pretendemos ejemplificar algunas líneas de investigación empírica, conectándolas con distintos temas acuñados por algunos autores pertenecientes al enfoque de la movilización de recursos y reformulados para realzar la perspectiva constructivista. En este apartado, vamos a centrar la atención en algunos aspectos más específicos conectados con los temas más generales referidos a los agentes externos y las redes solidarias que presentamos en el apartado anterior.

En la fase de la investigación empírica conviene ante todo tener clara la diferencia entre las actividades de los agentes externos dirigidas a formar y organizar grupos, y las actividades orientadas a reclutar nuevos miembros para grupos ya existentes. Se trata de dos actividades distintas y a la hora del trabajo de campo es útil tener en

cuenta esta diferencia. Asimismo, para ordenar la información recolectada sobre estas actividades puede ser beneficioso tener presente la diferencia entre los recursos movilizados por organizadores (el “qué”) y los modos a través de los cuales dichos recursos son empleados (el “cómo”).

En lo referido al estudio empírico de redes solidarias puede también de utilidad tener en cuenta la distinción entre “grupos primarios” (familia, amigos, vecinos, grupos étnicos, etc.) y “asociaciones secundarias” (sindicatos, partidos, iglesias, etc.); algunas de estas redes podrían estar presentes en la cotidianidad de los sujetos individuales, gravitando de una manera decisiva en sus evaluaciones. Como decíamos más arriba, suele asumirse que la falta de pertenencia a redes y las situaciones de aislamiento personal influyen negativamente sobre la posibilidad de participar en acciones colectivas y que por ende dificultan la adhesión de los sujetos a nuevos grupos y movimientos.

Por el contrario, se suele pensar que la pertenencia a redes solidarias facilita dicha adhesión, dado que a la hora de evaluar, el individuo contaría con el respaldo, o incluso la presión, de los miembros de esas redes.

Con todo, en la actualidad hay autores que afirman que las solidaridades tradicionales pueden persuadir a sus miembros ora de los “beneficios” de la participación, ora de sus “costos”, y por lo tanto pueden tener una influencia difícil de prever (Melucci, 1996). Pero sin necesidad de entrar en el debate teórico entre individualistas y comunitaristas puede afirmarse que más allá de la importancia que pueda tener la discusión teórica sobre este tema, esta es una cuestión que puede profundizarse considerablemente a través de la investigación empírica.

d) Las formas de organización interna

1. La organización de la protesta social

Una de las contribuciones más importantes del enfoque que nos ocupa es el análisis de los grupos de protesta como organizaciones que usualmente están insertas dentro de organizaciones más amplias, los llamados “movimientos sociales”. No es casual entonces que distintos autores dentro de este enfoque se hayan aplicado al análisis de formas de acción colectiva que poseen un considerable grado de organización interna.

Este tema de estudio ha generado interesantes discusiones dentro de la corriente que nos ocupa. Hace más de una década, Craig Jenkins (1983) sintetizó una serie de discusiones en torno a la forma de organización interna más eficiente, diferenciando dos modelos básicos: el modelo “burocrático centralizado” y el modelo “informal descentralizado”. Los que defienden el primer modelo argumentan que el mismo introduce una división formal de tareas que maximiza los recursos requeridos para la

movilización e introduce una estructura de toma de decisiones unificada que reduce las discrepancias internas y aumenta la eficacia de la acción confrontacional.

Por el contrario, los autores que defienden el segundo modelo plantean que los movimientos descentralizados y unidos sólo por una ideología englobante son más efectivos porque maximizan la solidaridad y tienen formas de organización más flexibles que estimulan la experimentación social y la discusión interna, reduciendo al mismo tiempo los peligros de cooptación de los líderes por actores externos.

También vale la pena hacer una breve referencia a la clasificación propuesta por Bert Klandermans (1989a), echando mano a la distinción entre “organizaciones abiertas” y “organizaciones cerradas”. Esa clasificación se apoya en diferencias entre uno y otro tipo de organización en lo referido a los procesos de reclutamiento o los requisitos para la afiliación y al tipo de lazos que mantienen unidos a los miembros. Según este autor, en las organizaciones abiertas los miembros están unidos por lazos asociativos y por compromisos parciales de tipo opcional. Por el contrario, en las organizaciones cerradas esos lazos poseen fuerte contenido afectivo y los miembros tienen compromisos de tipo total, que transforman profundamente su vida y actividades cotidianas.

Esta clasificación está emparentada con una distinción utilizada por los Tilly una década antes (Tilly, 1978; Tilly e al., 1975); a partir de la misma estos autores distinguían entre “grupo comunitario” y “asociación voluntaria”. El primer tipo de grupo suele tener una forma de organización interna más basista y con lazos de solidaridad más estrechos, mientras que el segundo tiende a mostrar características más burocráticas y formas de autoridad más centralizadas.

2. Las dinámicas internas

La idea según la cual los grupos y movimientos requieren una base organizacional mínima, sin la cual no pueden formarse ni mucho menos mantenerse, es una de las contribuciones más importantes del enfoque de movilización de recursos. Otros análisis de las acciones colectivas no prestan la necesaria atención a la complejidad de las dinámicas organizacionales que hacen posibles esas acciones. Dirigiendo la atención a las dinámicas internas, es posible estudiar las distintas formas de organización interna de los grupos como formas más o menos estables de interacción entre los miembros de esos grupos.

Por ejemplo, desde esta perspectiva se puede estudiar la construcción social de las relaciones de liderazgo en distintos grupos. Es cierto que no es difícil admitir que no hay líder sin seguidores y que éste suele tener el carácter de un “conductor”, pero más allá estos lugares relativamente comunes no abundan las descripciones y

los análisis de los procesos de construcción de las relaciones de liderazgo como parte de la formación y el mantenimiento de los grupos de protesta.

En general se acepta que los líderes de estos grupos tienen ciertas características personales que los distinguen: experiencia política previa, contactos con otras organizaciones y grupos, recursos materiales o formación académica y profesional, etc. Estas características les dan a su vez mayores posibilidades de asumir posiciones de liderazgo (Sims y Lorenzi, 1992). Con todo, desde la perspectiva del constructivismo social estas características, si bien importantes, son lo “dado” y también es conveniente prestar atención al “hacer”, es decir a los procesos concretos a través de los cuales esos sujetos con esos atributos se relacionan con sus potenciales seguidores; o para decirlo con otros términos, los procesos a través de los cuales las posiciones de liderazgo se conforman y mantienen como posiciones legítimas, aceptadas voluntariamente por los miembros.

Dado que las relaciones de liderazgo parecen constituir una forma frecuente de organizar las dinámicas de la participación individual en acciones colectivas, este fenómeno recurrente podría estar indicando las dificultades y los obstáculos que se plantean para construir y mantener formas de organización interna definidas por la participación igualitaria en los procesos de discusión y toma de decisiones.

Antes de concluir con estas reflexiones sobre las formas de la organización, queremos sugerir la importancia de estudiar *el grado de reflexividad* de dichas formas. Es probable que en organizaciones formadas por miembros que valorizan su propia individualidad, se dediquen considerables energías a reflexionar sobre la forma de organización que el grupo debe tener. Es posible entonces que haya grupos cuyos miembros evalúan críticamente las formas de organización existentes y exploran activamente formas alternativas.

Desde la perspectiva constructivista este tema tiene considerable importancia dado que implica que algunos grupos asumen conscientemente la tarea de construir y modelar la organización de la protesta de manera que refleje más adecuadamente sus propias necesidades y expectativas. De hecho, hay quienes consideran que las formas organizacionales de los movimientos sociales están mutando rápidamente hacia la informalidad (por ejemplo Melucci, 1996) como consecuencia del rechazo que expresan los miembros hacia los estilos y los procedimientos formales.

3. Orientaciones para la investigación empírica

En este apartado nos limitaremos a sugerir algunas orientaciones para la investigación empírica de dos temas ya esbozados un poco más arriba. Primero, la distinción entre “organizaciones abiertas” y “organizaciones cerradas” puede rastrearse buscando información tanto sobre los procesos de reclutamiento

(públicos y no selectivos o privados y selectivos) como sobre las “inversiones” materiales, afectivas, de tiempo, etc. que hacen los distintos miembros al grupo y el tipo de lazos sociales que los unen entre sí.

Segundo, conviene tener en cuenta que es probable que las formas de organización interna varíen de acuerdo a los objetivos (explícitos o implícitos) perseguidos por el grupo bajo estudio. La exploración de estas variaciones puede ordenarse a partir de la hipótesis de que los grupos orientados a la transformación personal de sus miembros tenderán a mostrar formas de organización horizontales y des-centralizadas, mientras que los grupos orientados al cambio externo institucional tenderán a adoptar formas verticales y centralizadas.

Asimismo, puede rastrearse si en el primer tipo de grupo se atiende más al *proceso de interacción* entre los miembros, subrayando la importancia de escuchar y de ser escuchado, de sostener y ser sostenido emocionalmente (de contar con un lugar “seguro” donde poder expresar y compartir experiencias subjetivas), mientras que en el segundo tipo se atiende no tanto al proceso sino a *los resultados* y se usan procedimientos más formales para confrontar opiniones y tomar decisiones.

e) Organizaciones de apoyo

1. Red de organizaciones

A mediados de los '60 algunos autores dentro de la corriente que nos ocupa introdujeron la distinción entre “movimientos sociales” y “organizaciones de apoyo” (“*social movement organizations*” o “*support organizations*”). Ya hemos presentado algunas ideas sobre la organización interna, pero desde esta nueva perspectiva se trata de insertar a los grupos que se movilizan a nivel local en una red de organizaciones de tipo formal e informal que opera en distintos niveles (local, nacional, transnacional) y que facilita canales para la circulación de recursos y personas. En algunos casos, hay organizaciones de apoyo que no se limitan a colaborar con grupos de protesta ya constituidos, sino que llegan incluso a participar activamente en la formación de nuevos grupos (McCarthy y Zald, 1973).

Algunos autores consideran conveniente distinguir dos tipos de organizaciones de apoyo: las organizaciones con fines políticos, que movilizan grupos con la finalidad de promover cambios sociales o políticos, y las organizaciones que se centran en la asistencia a grupos y movimientos, sin intentar influir sobre los objetivos de los mismos (Kriesi et al., 1995).

Asimismo, las organizaciones de apoyo pueden originarse tanto a partir de iniciativas estatales como de iniciativas privadas. En el primer caso, suelen adoptar la forma de agencias gubernamentales, con una planta de personal remunerado constituida por profesionales y expertos que facilitan asesoramiento y asistencia.

Con todo, son más comunes las organizaciones de apoyo formadas a partir de la iniciativa de corporaciones, universidades o grupos profesionales. Estas adoptan la forma de “organizaciones no gubernamentales” u “organizaciones sin fines de lucro”, con equipos que combinan el trabajo voluntario con el remunerado y que suelen también incluir expertos y profesionales.

Algunos autores sugieren que, especialmente en el caso de las organizaciones de apoyo que adoptan la forma de “organizaciones no gubernamentales”, estas organizaciones tienen ramificaciones que suelen extenderse más allá del nivel local e incluso nacional. Probablemente, el ejemplo más claro de esto lo suministre la red transnacional de organizaciones de apoyo a grupos y movimientos de derechos humanos (Smith, 1995). En estas redes podrían diferenciarse tres niveles: el primero constituido por las organizaciones locales; el segundo por organizaciones de alcance nacional y regional; y el tercero, por organizaciones transnacionales, cuya esfera de influencia cubre varias naciones o regiones.

Dentro de este enfoque, Bert Klandermans (1989a) es probablemente el autor que ha producido el análisis más elaborado de estas redes. Según su caracterización, las organizaciones de apoyo transnacionales muestran un grado considerable de formalización burocrática y profesionalismo, y sus líderes actúan más bien como gerentes que toman decisiones acerca de las formas de producir, acumular, invertir y movilizar recursos. Las organizaciones ubicadas en el nivel intermedio han ganado considerable importancia durante estos últimos años, asumiendo la función de canalizar hacia las organizaciones y grupos locales los recursos provenientes de las organizaciones transnacionales. Como ya sugeríamos, las organizaciones de apoyo locales cubren un espectro muy amplio que incluye a organizaciones religiosas, asociaciones profesionales y agencias sin fines de lucro, entre otras.

2. Una lectura en clave estratégica

Las imágenes que vienen a la mente cuando se habla de grupos de protesta y movimientos sociales es la de activistas que participan de manera voluntaria y que si bien carecen de recursos económicos, tienen abundancia de recursos simbólicos, entre otros, el compromiso con ciertos valores y la identificación con la “causa” que los moviliza. A esta altura está claro que las concepciones de la acción colectiva propuestas por los autores enrolados en el enfoque de movilización de recursos son distintas. Como decíamos, estas concepciones se alejan considerablemente de las visiones espontaneístas y subrayan los aspectos de la organización y el uso de recursos materiales; no es casual entonces que los grupos y movimientos tiendan a ser abordados como si fueran organizaciones dentro de organizaciones más amplias y que las organizaciones de apoyo a los mismos tengan una función tan importante

dentro de este enfoque. Además esta corriente teórica se caracteriza por sus análisis estratégicos, evaluando la movilización de los grupos en función de su eficacia para el logro de objetivos materiales y políticos.

Desde la perspectiva constructivista conviene subrayar que esta es una lectura entre otras posibles ofrecidas por otros enfoques teóricos de la acción colectiva. De todos modos, como venimos observando, esta lectura en clave estratégica es perfectamente compatible con el estilo de investigación que estamos presentando, especialmente si se la utiliza para ensayar análisis anclados en descripciones empíricas de los procesos de construcción de la acción colectiva (el “cómo”).

3. Orientaciones para la investigación empírica

Como venimos viendo, los estudios centrados en los aspectos organizacionales revelan panoramas mucho más complejos de lo que podría inferirse limitándose a los aspectos públicos de las movilizaciones sociales. En el caso de las redes de organizaciones de apoyo a grupos y movimientos hay una cantidad de temas posibles para la investigación empírica. En este apartado sólo vamos a esbozar algunos de ellos. Hay un espectro variado de cuestiones referidas a los procesos a través de los cuales los grupos de acción se insertan en redes más amplias. La experiencia sugiere que muchos grupos se gestan con la asistencia de organizaciones locales (iglesias, agrupaciones estudiantiles, asociaciones profesionales, etc.) y sólo en una instancia posterior se integran a una red más extensa de organizaciones de apoyo. Pero también puede que haya grupos locales que se forman como consecuencia del flujo de recursos materiales, información y cuadros de organizadores proveniente de las organizaciones intermedias o incluso las transnacionales. Es probable que en este último caso las organizaciones de apoyo tengan considerable influencia sobre los modos de organización y las agendas de los grupos. En contraste, es posible que los grupos que en sus orígenes son más autónomos, sigan manteniendo cierta independencia en otras fases de su existencia y no estén tan dispuestos a seguir las pautas propuestas por agentes externos.

El estudio de los patrones de intercambios que caracterizan a estas redes también ofrece varias alternativas de investigación empírica. Además de trazar la trama de los circuitos de intercambio (piramidal, multinodal, de ramificación difusa, etc.), pueden también estudiarse las direcciones y los contenidos de esos intercambios. Asimismo, puede utilizarse la distinción mencionada más arriba entre organizaciones de apoyo con fines políticos y organizaciones con fines asistenciales para explorar qué tipo de circuitos es el más habitual en cada caso.

f) Formas de acción

Dentro del enfoque de movilización de recursos, los Tilly (Tilly et al., 1975; Tilly, 1978) son los autores que más se aproximan a la formulación de una teoría general de las formas de acción colectiva, conectando el estudio de esta última con una visión global de los grandes procesos de evolución social en las sociedades modernas. La idea central es que la dinámica de la modernización pone en marcha grandes fuerzas de cambio: formación de estados nacionales, industrialización, urbanización, medios masivos, institucionalización de la democracia liberal partidista y de mercado. Dado que estas fuerzas tienden a controlar recursos simbólicos, materiales y políticos, su dinámica empuja a los sujetos a privilegiar el cálculo estratégico en sus interacciones con otros actores, lo que a su vez tiene un impacto sobre las formas de acción colectiva.

Sustentándose en esta visión general, los autores diferencian dos tipos de acción: las *acciones reactivas*, protagonizadas por movimientos de tipo comunal, descentralizados e informales, orientados a resistir los cambios conectados a la modernización; y las *acciones proactivas*, protagonizadas por movimientos formados a partir del interés particular de sus miembros, considerablemente centralizados y orientados al logro de poder, privilegios y recursos que no existían previamente.

Como ya decíamos, este enfoque se caracteriza por el énfasis en la dinámica política de los conflictos sociales y tiende a analizar las acciones colectivas como formas de integración al orden establecido. No puede entonces llamar la atención que en la teorización propuesta por los Tilly se considere que las formas de acción proactiva tienden a canalizarse a través de formas organizativas más institucionalizadas, especialmente a través de partidos políticos.

Otros autores trabajando dentro de esta corriente han contribuido a estos análisis, distanciándose de la teoría general acuñada por los Tilly y concentrándose en la elaboración de conceptos más compatibles con investigaciones de carácter micro-social (véase McAdam et al., 1996 y Gamson, 1990). A estas contribuciones se suma el trabajo reciente de John Lofland (1996), un metodólogo que, muy influido por el enfoque de la movilización de recursos, se ha especializado en la investigación empírica de grupos y organizaciones pertenecientes a movimientos sociales más amplios.

Sin perder de vista las acciones colectivas de tipo confrontacional analizadas por Doug McAdam (McAdam et al. 1996), Lofland analiza otras formas de acción que suponen una cierta aceptación de las prácticas habituales de la política y una decisión de actuar dentro de las instituciones establecidas (1996: 264). Entre ellas se destacan *el cabildeo* (“lobbying”) y *la conscientización*. A través de la primera, los grupos negocian, presionan y acuerdan con líderes políticos, pero lo hacen a “puertas cerradas” y no en público. A través de la segunda, los grupos desarrollan actividades dirigidas a educar a

distintas audiencias, visitando escuelas, iglesias, centros comunitarios, etc. Aunque estas formas de acción son menos conflictivas, pueden tener un impacto muy significativo.

1. Solidaridad, conflicto, ruptura

Los temas de estudio que estamos esbozando se orientan al análisis de lo que consideramos “el lado oculto” de la protesta social, constituido por dimensiones y dinámicas que resultan descuidadas cuando la atención se concentra exclusivamente en las acciones visibles y en el impacto de las mismas en la arena pública. Con todo, los estudios de grupos y movimientos desde la perspectiva constructivista quedarían significativamente amputados si no se prestara atención a las formas de acción empleadas por estos actores sociales.

Las conceptualizaciones de las formas de acción colectiva asociadas con el activismo de los movimientos sociales sugieren que las mismas tienen tres rasgos distintivos: son acciones solidarias, conflictivas y de ruptura. Estos rasgos se basan en la idea de que los movimientos son sujetos colectivos cuyos miembros están unidos por lazos de solidaridad relativamente estables, que plantean conflictos que dividen el campo social y que llevan a cabo acciones que rompen con los canales institucionales. Sin embargo, esta pretensión de definir lo que es un “movimiento social” puede tropezar con algunos inconvenientes, dado que los propios actores colectivos suelen ensayar formas de acción que rompen con los moldes que las definiciones tratan de imponerles. Por ejemplo, en el apartado anterior vimos algunas contribuciones que parecen indicar que el espectro de formas de acción puede también incluir formas que no son abiertamente conflictivas o de ruptura.

La orientación empírica y la flexibilidad que caracterizan a la perspectiva constructivista facilita el estudio de alternativas que no podría tematizarse con la adhesión a definiciones demasiado rígidas. Por ejemplo, es habitual asumir que las acciones de protesta están dirigidas hacia la sociedad global y más específicamente hacia los actores antagónicos. Sin embargo, conviene atender a la posibilidad de que haya acciones que estén dirigidas a reclutar nuevos miembros y a fortalecer la cohesión de los miembros ya incorporados.

Por último, desde la perspectiva constructivista es decisivo tener en cuenta que sólo hay un número relativamente restringido de acciones que son reconocidas (por los medios de comunicación masiva, la “opinión pública”, el gobierno, etc.) como “acciones de protesta”. Por dicha razón cuando un grupo quiere expresar un reclamo público recurre con frecuencia a un tipo de acción que se adecua a la visión socialmente dominante de lo que es “una protesta”. Con todo, es posible que haya grupos capaces de desafiar esa visión explorando nuevas formas de protesta social y tratando de que las mismas sean reconocidas y aceptadas como tales.

2. Orientaciones para la investigación empírica

En este apartado vamos a limitarnos a ofrecer posibles abordajes al estudio empírico de las formas de acción colectiva, desde una lectura estratégica de las mismas. Las acciones que mejor se prestan a este tipo de lecturas son las acciones dirigidas a pedir y presionar por *algo* (la acción de “demandar”) que el movimiento social no tiene y que otros grupos e instituciones controlan y poseen. Dicho de otra manera, la interpretación estratégica estudia las acciones como medios para el logro de ciertos objetivos.

Con todo, conviene tener en cuenta que hay distintos tipos de estrategias y objetivos. Por ejemplo, conviene diferenciar entre aquellas estrategias dirigidas al logro de cambios en la situación que afecta al grupo y aquellas dirigidas al mantenimiento del grupo y al reforzamiento de la unidad interna. Asimismo, en las sociedades contemporáneas donde “todo el mundo lo está viendo por la televisión” es habitual que grupos y movimientos desarrollen estrategias orientadas a llamar la atención de los medios masivos, accediendo a través de ellos a audiencias mucho más vastas. Como consecuencia, es frecuente que muchas estrategias se definan y se re-definan principalmente en función de lograr o mantener cobertura mediática.

III. EL ENFOQUE IDENTITARIO

a) Introducción

A partir de la ola de protestas y movilizaciones asociadas con el Mayo del '68 en Francia, aparecieron en Europa occidental algunos autores que tratando de analizar estos fenómenos y sus consecuencias comenzaron a elaborar un nuevo enfoque teórico principalmente centrado en la temática de la identidad en los llamados “nuevos movimientos sociales”. También aquí nos encontramos con una corriente internamente heterogénea donde resulta incluso más difícil que en la corriente norteamericana encontrar un consenso básico. Con todo, entre sus principales representantes (Alberto Melucci, italiano; Alain Touraine, francés; Ernesto Laclau, argentino residente en Inglaterra) hay relaciones de parentesco significativas.

1. Reposicionamiento frente a la tradición marxista

A diferencia de los autores pertenecientes al enfoque de la movilización de recursos, el grupo de autores que nos ocupa en esta sección está profundamente marcado por la tradición marxista. Sin embargo, los autores identitarios asumen posiciones que los separan de dicha tradición. Este reposicionamiento se manifiesta especialmente en los cuatro temas siguientes (Gorlier y Guzik, 1998).

Primero, estos autores expresan un rechazo generalizado a las distintas formas de reduccionismo económico presentes en la tradición marxista previa. Según ellos, la distinción “base económica-superestructura político cultural” utilizada por el marxismo para el análisis social es reduccionista. Dicho reduccionismo se expresa en dos ideas centrales del marxismo: primero, que la dinámica de la base económica determina en última instancia los procesos políticos y culturales, y segundo que la identidad de los principales movimientos sociales está organizada en torno a intereses de tipo económico. Por su parte, los autores identitarios argumentan que el reduccionismo presente en dichas ideas impide, entre otras cosas, entender la presente multiplicación de movimientos (género, medio ambiente, pacifismo, etc.) que claramente no se agrupan en torno a intereses económicos.

Segundo, los autores que nos ocupan sostienen que las sociedades contemporáneas se caracterizan por la aparición de nuevas formas de dominación que se combinan con las formas estudiadas por el marxismo tradicional (represión violenta y explotación económica). Estas nuevas formas son productivas, no represivas, suelen ser dispersas e invisibles y cubren cada vez más ámbitos de la vida social. Entre ellas puede señalarse la creciente manipulación de los deseos, las necesidades y las opiniones a través de la publicidad y los medios masivos. Asimismo, puede mencionarse las nuevas formas de control burocrático conectadas a los servicios del estado benefactor.

Tercero, Marx ya había propuesto que el capitalismo era un fenómeno ambiguo, en el sentido que liberaba fuerzas sociales que hasta ese momento estaban sojuzgadas bajo los regímenes tradicionales, pero al mismo tiempo creaba nuevas formas de esclavitud y una homogenización creciente de las clases sociales en torno a dos bloques. Los autores que nos ocupan reformulan esta intuición acerca de la ambigüedad del capitalismo. Dicha ambigüedad se expresa ahora en los fenómenos concomitantes del aumento del control y centralización por un lado, y del aumento de la incertidumbre y la multiplicación de particularismos y luchas emancipatorias por el otro.

Cuarto, los autores identitarios toman distancia respecto de la visión marxista de la Revolución con mayúscula. Si el poder se ha convertido en un fenómeno cada vez más disperso y multifacético, un cambio radical en la regulación de un ámbito social (el estado o la economía) no produce necesariamente cambios en todos los otros ámbitos sociales. Por otro lado, si el capitalismo contemporáneo no produce una simplificación de la estructura social, la dinámica revolucionaria depende mucho más de las formas de organización, acción y articulación ideológico-política que de los procesos económicos y tecnológicos.

2. *Grandes mutaciones*

Ya a mediados de los '70 Touraine argumentaba que las sociedades avanzadas contemporáneas están experimentando una gran mutación dado que han atravesado un umbral más allá del cual comienzan a producirse a sí mismas (Touraine, 1988).

Esta idea de la sociedad actuando sobre sí misma tiene dos contenidos principales: por un lado, un contenido simbólico, que se conecta a la mutación a partir de la cual la sociedad moderna deja de verse como un producto de designios divinos y disuelve los garantes meta sociales del orden social. Por el otro, un contenido tecnológico material, como consecuencia del cual la sociedad acrecienta su capacidad de control, no sólo de la naturaleza sino también de cada vez más ámbitos y procesos sociales.

Por ejemplo, con el creciente control de los procesos de reproducción biológica, los índices demográficos no pueden ser entendidos como el resultado de procesos que se desenvuelven fuera de toda posibilidad de manipulación social. Lo mismo ocurre con los procesos económicos que distintos actores nacionales y transnacionales tratan de manipular.

Es decir cada vez hay menos áreas gobernadas por leyes propias y el orden social es cada vez más el resultado de distintas formas de intervención. Esta es la característica central de lo que Touraine llama una “sociedad programada”. En este tipo de formación social, los poderes hegemónicos no se orientan principalmente a la explotación, sino más bien a la manipulación de tendencias, opiniones, actitudes y conductas, moldeando personalidades y culturas.

Alberto Melucci, un discípulo de Touraine, retoma esta temática de las grandes mutaciones contemporáneas en su presentación de la “sociedad informática” (Melucci, 1989 y 1996). En una sociedad así, las tecnologías más avanzadas no se aplican a la transformación de los recursos naturales (supervivencia, reproducción material), sino a la producción de bienes culturales y más todavía a la creación de valores, formas de conciencia, nuevas necesidades y nuevas identidades sociales.

Ernesto Laclau (Laclau y Mouffe, 1985; Laclau, 1990), desde una posición distinta, también plantea que las sociedades occidentales del presente están atravesando mutaciones sociales decisivas. Según este autor, el capitalismo contemporáneo produce una multiplicación de “fenómenos dislocatorios” provocando la crisis cada vez más acelerada de los ordenamientos sociales que el propio capitalismo había contribuido a formar. A esto se suma la difusión inusitada del discurso subversivo de la “revolución democrática”, con sus valores de igualdad y libertad, a cada vez más áreas de la vida social. Estos dos acontecimientos son los que conforman los perfiles generales de las nuevas crisis y desafíos del mundo actual.

3. Nuevos movimientos sociales

Las perspectivas sobre los “nuevos movimientos sociales” elaboradas por los autores identitarios están conectadas a “teorías generales” de lo social, expresadas en sus análisis de las grandes mutaciones sociales contemporáneas. Apoyados en esos análisis, dichos autores consideran que están en condiciones de explicar *por qué* surgen estos movimientos.

Para Touraine (1995), la liberación de las barreras simbólicas representadas por los garantes meta-sociales y el creciente control de cada vez más áreas y procesos posibilitado por los avances tecnológicos multiplica las formas de dominación, pero al mismo tiempo crea las condiciones para la constitución de sujetos emancipados tanto de las imposiciones naturales, como de las imposiciones de los legados culturales. Por lo tanto, para este autor la aparición de los nuevos movimientos sociales se conecta a la existencia de una nueva formación social.

La visión de lo social propuesta por Touraine privilegia los actores a las estructuras y el conflicto sociocultural a la competencia económica entre individuos. Esta visión se opone tanto a la imagen de la vida social que la representa constituida por intercambios en el seno de un mercado (visión liberal), como a la del orden social concebido como un sistema auto-regulado (visión estructural funcionalista). En consecuencia, según este autor, la noción de movimiento social está inseparablemente ligada a la idea de la sociedad como auto-creación (Touraine, 1995).

Por ello, la historia, desde comienzos de la modernidad hasta el presente puede concebirse como la historia de las luchas protagonizadas por distintos movimientos sociales, rebelándose primero contra un orden sacralizado y luego contra un orden crecientemente racionalizado y controlado por “tecnócratas” (Touraine, 1995). Estas luchas deben concebirse como luchas, no por “algo”, sino por el control de *la historicidad* de los recursos simbólicos, cognitivos y tecnológicos que sustentan la creciente capacidad de auto-creación que tienen las sociedades contemporáneas avanzadas (Touraine, 1985).

Por su parte, Melucci (1996), afirma que la sociedad informática disuelve las solidaridades previas y que no crea nuevas, por lo tanto los nuevos movimientos sociales emergen entre otras cosas para resolver este déficit de solidaridad, creando nuevas identidades colectivas.

El acelerado ritmo de los cambios sociales, la abundancia de mensajes y las nuevas tecnologías tienden a debilitar las adhesiones e identidades tradicionales y a crear *individuos parias*, encapsulados en una suerte de hipertrofia de lo privado. La solidaridad deja de ser un a priori. En el mejor de los casos, cuando

existe, es un resultado frágil y relativamente transitorio. En esas condiciones, una de las funciones centrales de los nuevos movimientos sociales es precisamente la de contrarrestar las tendencias a la atomización social, creando nuevos valores y forjando nuevas solidaridades.

Laclau (1990) analiza la irrupción de los nuevos movimientos sociales en el marco de su tratamiento de los fenómenos dislocatorios y la expansión del discurso democrático arriba mencionado. Según este autor, cuanto más dislocación, más fragmentación social, pero también más fisuras para que se expandan y se reelaboren los valores de libertad e igualdad.

Por ejemplo, las dislocaciones producidas por los procesos de mercantilización, burocratización y masificación del capitalismo contemporáneo socava *las formas tradicionales de demarcación entre lo público y lo privado*. Actuando en los espacios abiertos por ese socavamiento, hay movimientos sociales que promueven esos valores en distintas áreas y relaciones sociales (salud reproductiva, orientaciones sexuales, violencia familiar, etc).

Reelaborando ideas propuestas por el marxista italiano Antonio Gramsci, Laclau sostiene que hay que concebir esos movimientos como actores contra-hegemónicos que resultan de la articulación ideológico-cultural de distintos grupos en torno a discursos emancipatorios que suministran las condiciones para la formación de demandas e identidades colectivas nuevas.

4. Claves para una exposición afín al constructivismo social

También con el enfoque identitario resulta necesario ensayar una estrategia de exposición que refuerce los elementos afines al estilo del constructivismo social y reduzca al mínimo aquellos que no lo son. Como pudimos ver en el apartado anterior, los autores más destacados dentro de esta corriente de pensamiento europeo se caracterizan por proponer “grandes teorías” y elaborar conceptualizaciones que no es sencillo anclar empíricamente. Por el contrario, desde la perspectiva del constructivismo social es decisivo mantener a raya esas tendencias especulativas y estimular más bien la formulación de *teorías locales*, con un fuerte componente empírico descriptivo, ancladas en contextos bien delimitados y orientadas al análisis de temas substantivos y problemas socialmente relevantes (para un grupo dado) (Seidman, 1991; Gorlier y Guzik, 1998: 34-5). Hemos optado entonces por seleccionar 3 temas que si bien tienen considerable sofisticación teórica se prestan para su aplicación a estudios micro-sociales. En la presentación de los mismos (cambiar por “éstos”, para no repetir) seguimos el mismo tipo de ordenamiento en tres fases o pasos que utilizamos en la sección anterior.

b) Identidad, subordinación y opresión

1. Identidad y discurso

Ernesto Laclau, argentino residente en Inglaterra, es probablemente el autor que ha acuñado el modelo teórico más elaborado sobre la dimensión identitaria de los movimientos sociales contemporáneos. En dicho modelo, una de las contribuciones más decisivas y polémicas al “post-marxismo”, se combinan los análisis de tipo sociopolítico con perspectivas afines al post-estructuralismo. Según Laclau, en los órdenes estables las identidades y relaciones sociales están constituidas en torno a formas de subordinación, con uno de los polos de la relación ejerciendo control sobre el otro. Tal es el caso de las identidades formadas a partir de relaciones familiares (padre, madre, hijos), laborales (patrón, obrero), educativas (maestra, alumno), etc. Pero las transformaciones sociales vinculadas a la expansión del capitalismo, crean las condiciones para la aparición de nuevos antagonismos que cuestionen formas de subordinación establecidas. Veamos entonces las ideas principales elaboradas por dicho autor sobre este tema.

Laclau diferencia tres momentos (Laclau y Mouffe, 1985; Laclau, 1990 y 1994). El primer momento es *el sistema de diferencias*. En este momento los discursos (o “prácticas discursivas”) fijan posiciones, roles, expectativas de conducta para los distintos grupos. La estabilidad del orden social produce una suerte de naturalización de las diferencias entre los grupos que las aceptan y reconocen como algo que forma parte del orden establecido. Puede argumentarse que ese orden es el resultado de luchas, triunfos y derrotas previas, pero en este momento el orden está como cristalizado.

El segundo momento es el de *la dislocación*. Según este autor, la dislocación es algo inherente a todo orden social, dado que no hay orden social que haya logrado reproducirse indefinidamente y todos están expuestos a cambios y desestabilizaciones. Pero el dinamismo del capitalismo contemporáneo hace que los efectos dislocatorios se multipliquen y expandan mucho más rápidamente. El momento de la dislocación es el momento del fracaso de los discursos que construyen y mantienen el sistema de diferencias. Este es el momento en que los discursos de las distintas instituciones (iglesia, familia, fábrica, escuela, partido político, etc.) empiezan a tener cada vez más dificultades para estabilizar las formas de conducta y reproducir los órdenes sociales previamente establecidos.

A nivel social es entonces cuando las identidades forjadas durante el momento previo comienzan a “flotar” sin el anclaje de las relaciones sociales tradicionales (por ejemplo, cada vez hay más campesinos sin terratenientes, obreros sin patrones, madres sin padres, etc.).

El tercer momento es el de *la cadena de equivalencias* frente a un enemigo común. Este es el momento del antagonismo donde un “nosotros” se opone a un

“ellos”. La irrupción de un nuevo discurso permite nombrar y trazar una división que antes no existía y forjar así una identidad nueva. Como sugerimos más arriba, esta operación se expresa en la confluencia de distintos grupos en un mismo movimiento. Eso es lo que Laclau llama “cadena de equivalencias”, que niega el sistema de diferencias previo y ensaya una reorganización del tejido social.

Para finalizar agreguemos que en este modelo elaborado por Laclau el actor antagonístico tiene dos funciones. Por un lado es el “opresor”, el que amenaza la identidad del “nosotros” y el responsable de la experiencia de opresión. Por el otro, el actor antagonístico permite la unificación de distintos grupos, dándoles una enemigo y una causa común (por ejemplo, mujeres de distintas clases y grupos sociales pueden formar un “nosotros” frente al “patriarcalismo”).

2. La conciencia de la opresión

Como vamos comprobando, el enfoque identitario dirige la atención a temas relacionados no tanto a la organización de los grupos de protesta y de los movimientos sociales, sino a los sentidos construidos y activados por actores colectivos. En este apartado vamos a retomar las ideas que acabamos de presentar, encuadrándolas dentro de un tema que se presta más fácilmente a la investigación micro-social. Asimismo, vamos a conectar este tema con otros discutidos al tratar el enfoque de movilización de recursos.

Como vimos, algunas contribuciones tratadas en la sección anterior analizan los recursos movilizados en la evaluación de las condiciones para la acción social, subrayando la contribución activa de los sujetos en el proceso de definición de las condiciones para la acción, dirigiendo el estudio a cuestiones tales como la estimación de riesgos, costos y beneficios ensayada por dichos sujetos.

Sin embargo, aún redefinido en términos constructivistas, ese abordaje está influido por una visión utilitaria de la acción social, que asume que los intereses y las identidades de los individuos ya están dados y por lo tanto no son objetos de construcción social. Pero cuando se analizan grupos de acción y movimientos, conviene suspender dicho supuesto y explorar los procesos a través de los cuales se definen y redefinen las identidades e intereses puestos en juego en la acción social conflictiva.

Vamos entonces a explorar una conceptualización alternativa del proceso categorizado en la sección anterior como “construcción de oportunidades”, rastreando la formación de la conciencia de una situación como “opresiva”. Aquí se trataría de capturar los desplazamientos discursivos que llevan de una caracterización de la situación como “tolerable” a una caracterización en términos de “intolerable” y “opresiva”. El siguiente ejemplo puede ayudar a ver el

componente constructivista del tipo de análisis que estamos ensayando: la experiencia del carácter “opresivo del patriarcalismo” puede analizarse en términos de los desplazamientos discursivos que posibilitan la formación de la conciencia de la opresión, sin que haya necesidad de asumir que dichos desplazamientos reflejan cambios en condiciones supuestamente “reales” (en el sentido de “extra-discursivas”).

En la sección anterior aludimos a la brecha entre adversidad y protesta. La idea central era que la mencionada brecha se cierra a través de los micro-procesos de organización de la protesta, que llevan de padecer la adversidad a actuar para modificarla. Retomando el ejemplo de la “opresión patriarcal”, ahora estamos en condiciones de complementar esas ideas con la idea según la cual el paso de la experiencia de la subordinación de la mujer como algo natural o tolerable a la experiencia del carácter opresivo del patriarcalismo está posibilitado, no tanto por un cambio en la naturaleza objetiva de la subordinación, sino más bien por una transformación en los discursos utilizados para construir dicha experiencia.

Nuestro uso de la noción de “discurso” se aleja un poco de las formulaciones más sofisticadas acuñadas por los autores post-modernos y se aproxima a las nociones de “relato” o “narración”. Consideramos que este uso basta para abrir el espacio de investigación sobre la formación de una nueva conciencia a partir de la introducción de nuevos elementos cognitivos y valorativos o de la activación y reorganización de elementos ya existentes, posibilitadas por los cambios discursivos. Son dichos cambios los que permitirían la articulación de nuevos sentidos y nuevas experiencias.

Como adelantábamos más arriba, este abordaje puede complementarse fácilmente con los abordajes que atienden a la posible intervención de organizadores externos, en la sección previa. Avancemos un poco más en la misma línea de análisis, introduciendo al mismo tiempo dos nuevos conceptos que permiten su profundización.

Como ya venimos viendo, el estudio de la protesta en general y más específicamente de la definición de las condiciones centrado en la articulación discursiva, proyecta una nueva luz sobre los procesos de incorporación y reclutamiento de nuevos miembros. En el enfoque presentado en la sección anterior indicamos la importancia de complementar la perspectiva individualista con una perspectiva que tenga en cuenta la posible existencia de redes de solidaridad como bases para dichos procesos.

Ahora vamos a dirigir la atención a otra dimensión de los mismos. La incorporación de individuos o grupos a una protesta social puede estudiarse como un fenómeno de *traducción* y *sobredeterminación* de frustraciones,

malestares, resistencias e incluso protestas previas de carácter relativamente heterogéneo y con orígenes diversos. Estos dos conceptos apuntan a capturar las posibles resignificaciones que se operan en los desplazamientos discursivos mencionados más arriba.

Por un lado, es posible analizar el desplazamiento de un discurso previo a uno nuevo como una traducción en virtud de la cual se sustituye un nombre o todo un vocabulario referido a una experiencia, por otro. Con todo, desde la perspectiva del constructivismo social, al nombrar la misma experiencia utilizando otros términos y activando otros recursos cognitivos y valorativos, la experiencia cambia.

Por el otro lado, el concepto de *sobredeterminación* (acuñado por Althusser en 1965) posibilita ordenar el análisis de los procesos a través de los cuales el nuevo discurso, operando como una suerte de imán, resignifica los discursos previos potenciándose con ciertos contenidos de los mismos y transformándose como consecuencia de este fenómeno de acumulación de sentidos.

3. Orientaciones para la investigación empírica

En este apartado vamos a sugerir algunas pautas para el estudio empírico de los desplazamientos discursivos que venimos presentando. A partir de la diferenciación de tres momentos (sistema de diferencias, dislocación, cadena de equivalencias), puede indagarse los vocabularios (“puede indagarse en los” o “pueden indagarse los”) que caracterizan cada uno de esos momentos (el “qué”) y los procesos de formación y transformación de los mismos (el “cómo”). En lo referido a los contenidos de los mencionados vocabularios, se puede hipotetizar que en el primer momento los vocabularios tenderán a organizarse en torno a la idea de lo “tolerable”, en el segundo a la de “crisis” y en el tercero a la de lo “opresivo”. Con todo, no hay dudas que sólo la investigación empírica puede facilitar los contenidos efectivos de esos vocabularios que probablemente sean mucho más ricos de lo que sugieren los términos empleados. Por ejemplo, en el tercer momento puede aparecer indicado por términos tales como: “intolerable”, “injusto”, “insostenible”, “inmoral”, “ilegal”, etc.

En lo que hace a estudio de los procesos de formación y transformación pueden tenerse en cuenta los conceptos de “traducción” y “sobredeterminación”, antes mencionados. En esta área temática, además de rastrear los procesos a través de los cuales determinado grupo accede a un nuevo vocabulario, la exploración puede orientarse a indagar el modo en que ese vocabulario interactúa con los vocabularios previamente existentes. Especialmente atractiva puede resultar la exploración de posibles *formaciones discursivas híbridas*, donde se pueda observar la articulación del vocabulario nuevo con elementos de vocabularios ya dados.

c) La construcción de la identidad colectiva

1. Identidad colectiva

Dentro del enfoque identitario, Alberto Melucci es el autor que ofrece la conceptualización más acabada de la noción de identidad colectiva (Melucci, 1985, 1989 y 1996). Este concepto ya estaba presente en otros autores dentro de esta tradición (Pizzorno, 1978 y Touraine, 1988), pero sin el grado de elaboración aportado por Melucci. En sus últimas formulaciones (Melucci, 1996), el autor italiano ha redefinido esta noción alejándose del tratamiento identitario más “puro” e incluyendo conceptos de otras tradiciones. Sin embargo, a los fines de nuestra presentación vamos a seleccionar las ideas que reflejan más acabadamente el tratamiento antes mencionado.

Melucci analiza la identidad colectiva como *un proceso de construcción interactivo*; esto supone una toma de distancia con respecto a los enfoques que asumen la identidad colectiva como algo dado por la clase social de los sujetos que participan del movimiento social. Según dicho autor, este tipo de abordaje “des-reifica” la noción de identidad colectiva entendiéndola como un sistema de relaciones y representaciones, y no como una “cosa”.

La identidad colectiva aparece entonces como el producto de negociaciones y evaluaciones realizadas por los miembros del movimiento. A través de las mismas dichos miembros reconocen lo que les es común, definen el sentido de su acción y delimitan las posibilidades y obstáculos que ofrece la situación en la que se disponen a actuar. Según Melucci este tratamiento permite superar el dualismo entre “condiciones objetivas” y “conciencia subjetiva” (Melucci, 1996). Si nos limitamos a la intuición central, podemos discernir en ella un fuerte componente pragmático: la conciencia de quiénes somos es inseparable de la necesidad de actuar y por ende de la evaluación de la situación que nos circunda.

La mayoría de los análisis sobre los movimientos sociales, por carecer de esta perspectiva constructivista, asumen que el “movimiento social” es un objeto empírico unitario y una suerte de “personaje” dotado de una conciencia y una voluntad. Melucci acepta que sin cierta permanencia a lo largo del tiempo y sin cierta unidad de acción no puede hablarse de un “movimiento”. Sin embargo, entiende estas características como resultados de procesos complejos a través de los cuales los miembros invierten energías emocionales y cognitivas, y discuten distintas vías de acción.

Avanzando un paso más, Melucci argumenta que los procesos de evaluación y negociación inherentes a la noción que nos ocupa tienen un núcleo que no está sujeto a cálculo. A partir de esta nueva faceta, la identidad aparece tematizada como el sistema de referencia socio-cultural en función del cual los miembros del movimiento evalúan los costos y beneficios que acarrearían distintos cursos de acción. Refiriéndose a dicho sistema de referencia, el autor afirma que la identidad

es un núcleo incalculable, un componente socio-cultural que se expresa en lo que “la gente elige ser” (Melucci, 1996: 66).

Para concluir, agreguemos que Melucci también aborda la identidad colectiva como sustentada en un proceso interactivo que suele estar atravesado por *una diversidad de vectores* (1985). En efecto, no es raro encontrar que un movimiento está atravesado por orientaciones internas diversas que pueden incluso corporizarse en distintos grupos con agendas diversas, con mayor o menor influencia sobre las decisiones acerca del curso de acción a tomar.

2. Identidad y estrategia

Uno de los núcleos de la crítica que los representantes del enfoque identitario hacen a los autores enrolados en el enfoque de movilización de recursos se centra en la visión que los primeros tienen de los llamados “nuevos movimientos sociales”, que podemos resumir como sigue: dichos movimientos deben analizarse como procesos de construcción de nuevos sujetos y nuevas identidades, que están animados por una dinámica marcada por la presencia de *demandas no-negociables y luchas por el reconocimiento*, que son irreductibles a la lógica de la negociación estratégica orientada al logro de una distribución más equitativa de recursos materiales o políticos ya existentes.

De hecho, uno de los mayores obstáculos para la complementación de estos dos enfoques reside en la excesiva gravitación que la pretensión de proponer una “gran teoría” del conflicto y el cambio social tiene sobre el modo en que la tradición identitaria define y opera con la noción de “nuevo movimiento social”. Esa es precisamente una de las razones que nos lleva a distanciarnos de las pretensiones de formular una gran teoría y a aplicarnos a la elaboración de teorías más localizadas y empíricamente definibles. Al mismo tiempo, venimos comprobando que los análisis desde la perspectiva del sentido, afines al enfoque identitaria, revelan ciertas dimensiones que resultarían descuidadas si rechazáramos en bloque todos los temas elaborados por dicho enfoque.

Librados del lastre que representa la pretensión de elaborar una teoría general, podemos reintroducir la problemática identitaria y generar a partir de ella algunas cuestiones que sirvan de orientación a la investigación empírica de grupos de protesta específicos.

Una de las maneras de avanzar con este objetivo es interrogarse cuál es el lugar que ocupa (si alguno) la búsqueda de reconocimiento y temas afines, en determinadas acciones colectivas. En efecto, la “identidad” puede ser entendida: a) como un distintivo de ciertas protestas sociales; b) como una fase en el desenvolvimiento de la protesta; c) como una dimensión de análisis, entre otras dimensiones posibles.

3. Orientaciones para la investigación empírica

Retomemos las ideas de los párrafos anteriores y avancemos en un posible sondeo empírico de las mismas. Una alternativa sería explorar hasta qué punto es posible y fructífero diferenciar entre protestas gobernadas por una dinámica estratégica y protestas animadas por una dinámica identitaria caracterizada por: demandas no-negociables, atención y esfuerzo explícitos dirigidos a la discusión de la identidad del grupo y énfasis en la construcción de solidaridad interna como fin, no como mero medio.

Otra alternativa de análisis apuntaría a indagar hasta qué punto las dinámicas y los temas “identitarios” no están presentes en las fases de formación del grupo, para quedar luego relegados cuando la acción colectiva entra en otras fases ulteriores. En estas últimas surgirían por lo menos dos tipos de imperativos que llevan a marginar la cuestión “identitaria”. Por un lado, los imperativos de la organización interna y la coordinación de las acciones de una pluralidad de participantes. Por el otro, los imperativos de la negociación con otros actores.

Por último, se podría hipotetizar que la dinámica identitaria es una dimensión (o si se quiere “una clave de lectura posible”) presente en distintas protestas sociales y distintas fases de la misma protesta. Esta sería una hipótesis más inclusiva, ya que no descarta la posibilidad de otras lecturas. Esta última alternativa sugeriría que lo que llamamos protesta social es una construcción compleja atravesada por al menos tres dinámicas: *la dinámica identitaria*, caracterizada por la formación y mantenimiento de la solidaridad interna a través de definiciones y redefiniciones sucesivas de un “nosotros” in-negociable. *La dinámica de la coordinación*, organizada a través de las relaciones internas de liderazgo y otras formas posibles de interacción entre miembros. Y *la dinámica de la estrategia* y la negociación con otros actores, aliados o incluso antagonicos (para una conceptualización similar véase Munck, 1990 y 1995).

d) Redes latentes y acciones visibles

1. Fase latente, fase visible

Hay una distinción acuñada por Melucci que es interesante pues permite avanzar un poco más con algunas de las cuestiones que venimos presentando. Se trata de la distinción entre la fase latente y la fase visible de los movimientos. Según el autor italiano las nociones heredadas de movimiento social están muy influidas por el análisis de las movilizaciones, protestas, marchas y declaraciones públicas. Sin embargo, los movimientos tienen otra fase, la latente que existe antes y a veces después de la fase visible y que puede ser incluso más importante que esta última.

El mencionado autor afirma que cada una de estas fases o polos por los que pasa un movimiento tiene funciones distintas: la latencia permite la experimentación

con nuevos sentidos, valores y pautas culturales. La visibilidad permite la confrontación pública de esos nuevos valores con los dominantes y facilita la transmisión de nuevas pautas culturales a otros grupos sociales (Melucci, 1985).

Además, ambos polos se complementan. La latencia suministra no sólo los marcos culturales sino también las solidaridades requeridas por las movilizaciones públicas. La visibilidad por su parte refuerza las redes sumergidas y facilita la formación de nuevos grupos.

Pero, especialmente en sus últimos trabajos, el autor que nos ocupa termina afirmando que la dimensión más importante es este polo latente constituido por redes sumergidas en la vida cotidiana, que funcionan como canales alternativos de información y como laboratorios de experimentación. Dada su importancia, las nociones heredadas de movimiento social deben ser abandonadas e incluso acaso hasta la expresión misma, para sustituirla por la de “*redes de sentido*” (Melucci, 1989 y 1996).

Hay otro autor, Tilman Evers, que sin ser un representante central de la tradición identitaria, escribió un artículo titulado “La cara oculta de los nuevos movimientos sociales” (1985) con algunas contribuciones interesantes al tema que venimos tratando.

Siguiendo una línea argumental similar a la ensayada por Melucci, Evers afirma que los movimientos contemporáneos tienen dos realidades, una realidad oculta y una realidad manifiesta, y que es en la primera donde se producen las auténticas transformaciones socio-culturales, dado que la realidad manifiesta está “desformada” (deformada?) por las distorsiones que inherentes a la lucha política. Evers cuestiona la lectura en clave política de los movimientos y enfatiza la lectura identitaria, al extremo de afirmar que muchas veces los éxitos en términos de poder político suelen estar acompañados por fracasos y debilitamientos en términos socio-culturales e identitarios.

Según este autor las experiencias más valiosas se gestan en el lado oculto. Allí los grupos subordinados tratan de dar lo que acaso sea el paso más significativo en *la lucha por la emancipación*, que consiste en romper con *la identidad alienada* que les impone la vida en un régimen de poder que los oprime. Y allí es donde algunos grupos consiguen recuperar al menos algunos fragmentos de una identidad emancipada. Esa lucha en lo oculto contra la alienación puede a su vez dar lugar a nuevas formas de solidaridad que crean las condiciones para las experiencias de transformación personal sin las cuales no pueden surgir nuevos sujetos sociales ni nuevas micro-utopías.

2. Laboratorio social

Como venimos observando, los análisis centrados en el lado visible de la protesta quedan fácilmente capturados por “la historia oficial”, sea la que el propio

grupo transmite al presentarse “en público”, sea la que los actores antagónicos y las autoridades tratan de imponerle. La mayoría de dichos análisis contribuyen a este mecanismo de ocultamiento del proceso de construcción de la protesta al asumir que el sujeto, considerado usualmente como un “movimiento social” es un objeto empírico unitario y una suerte de “personaje” dotado de una conciencia y una voluntad que ya están dadas de antemano.

Por el contrario, desde esta nueva perspectiva el lado oculto de grupos de acción y movimientos sociales puede entenderse como *un laboratorio social* en el que el “*input*” está constituido por las identidades y valores dominantes en la sociedad; mientras que el “*output*” estaría constituido por las nuevas identidades y valores creados por el grupo a través de los intercambios entre los distintos miembros. Visto desde esta perspectiva, lo “nuevo” sería el resultado más o menos imprevisible de los esfuerzos de exploración, negociación y confrontación interna entre distintos miembros. A partir de este abordaje se pueden delinear algunas orientaciones para comprender a un nivel de micro-análisis local ciertas características de los procesos de creación de nuevas identidades sociales.

3. Orientaciones para la investigación empírica

En los siguientes párrafos vamos a explorar algunas cuestiones acerca del proceso de *reconocimiento del rasgo de afiliación* en el seno de los grupos, retomando algunas ideas utilizadas al tratar la noción de “identidad colectiva” y combiniéndolas con otras que acabamos de presentar. Al mismo tiempo, parte de la exploración que vamos a realizar se puede complementar con el estudio empírico de temas afines al enfoque de movilización de recursos, especialmente los temas del reclutamiento y la micro-movilización.

Como veíamos, una de las ideas directrices es que las nuevas identidades y valores se gestan en el lado oculto del activismo social y suponen una reconstrucción más o menos profunda de las identidades y valores dominantes. Tomemos el caso de la identidad personal de un miembro dado, entendiéndola como un complejo de afiliaciones y roles. Por ejemplo, una identidad personal puede constituirse en torno a las siguientes afiliaciones: “mujer”, “esposa”, “madre”, “obrero”, “católica”, etc.

La hipótesis de trabajo es que para construir una identidad colectiva, el grupo desenvuelve un proceso interno a través del cual los miembros se reconocen recíprocamente como portadores de la misma identidad, y que la misma se construye a través de una re-definición de las expectativas de rol asociadas a esas afiliaciones.

Entonces, una de las preguntas iniciales que pueden orientar la investigación empírica de este tema es: ¿en los intercambios entre miembros, cuáles son las afiliaciones que se convierten en centrales y cuáles son las que resultan marginadas?

Luego pueden indagarse las posibles re-definiciones de las expectativas de rol. Para ello, conviene diferenciar los roles adscriptos (o socialmente establecidos) y las nuevas expectativas y tareas emergentes a partir de esas redefiniciones. Por ejemplo, una expectativa social establecida puede ser que los “estudiantes se dediquen a estudiar”, pero los grupos pertenecientes a movimientos estudiantiles suelen atribuir a sus miembros tareas tales como “la librería nacional” o “la democratización”.

IV. EL ENFOQUE IDEOLÓGICO COGNITIVO (*FRAME ANALYSIS*)

a) Introducción

A partir de los '80 un grupo de autores norteamericanos (David Snow, William Gamson y Mayer Zald entre otros) comenzaron a explorar la posibilidad de ensayar un análisis de los movimientos sociales que incorporara elementos provenientes tanto del enfoque de la movilización de recursos como del enfoque identitario y que al mismo tiempo evitara algunas limitaciones inherentes a dichas corrientes teóricas.

Los autores trabajando dentro de esta corriente retoman las intuiciones centrales del constructivismo de la segunda generación, pero las reelaboran aplicando nuevas herramientas conceptuales de distintas procedencias, entre otras: el post-estructuralismo francés, las vertientes gramscianas del marxismo, los análisis de tipo discursivo, retórico y dramático, y las recientes innovaciones en la psicología social (Zald, 1996: 262-266). En consecuencia, podemos ver a estos autores como representantes cabales de la tercera generación constructivista.

1. La noción de *frame*

Acuña originalmente por Erving Goffman (1974), la noción de *frame* (literalmente “marco”) ha sido reelaborada por los autores que nos ocupan. La idea central en Goffman es que los *frames* representan orientaciones mentales que organizan la percepción y la interpretación; este autor ha centrado su análisis en los modos a través de los cuales los *frames* modelan los conocimientos y las conductas de los sujetos individuales.

Los autores de esta tercera generación constructivista retienen esta idea central acuñada por Goffman. David Snow y Robert Benford entienden los *frames* como *esquemas interpretativos* que simplifican cierto sector del mundo a través de la selección y codificación de objetos, situaciones y experiencias (1992: 137); por su parte Hank Johnston en un trabajo reciente propone entenderlos como orientaciones cognitivas o *bloques de ideas* que organizan las percepciones y articulan las interpretaciones (1995: 217).

Pero a diferencia del tratamiento ensayado por Goffman, los autores que nos ocupan, sin perder de vista el fuerte sesgo constructivista y cognitivo de la noción heredada, empiezan a utilizarla para analizar las formas de acción colectiva en las arenas públicas.

2. Frames y el estudio de movimientos sociales

Snow y sus colaboradores fueron los primeros en aplicar este tipo de análisis al estudio del activismo público de los movimientos sociales (Snow et al., 1986; Snow y Benford, 1992). Estos autores profundizaron el estudio de los procesos a través de los cuales los actores colectivos utilizan ideologías, símbolos, slogans, etc. para cuestionar situaciones y comportamientos establecidos, y promover formas alternativas de acción.

En una vena similar, William Gamson y sus colegas (Gamson y Modigliani, 1989; Gamson, 1990, 1992a, y 1995) utilizan este enfoque para analizar los debates públicos en torno a “problemas sociales” tales como el poder nuclear y el aborto. Por una parte, estos análisis profundizan el énfasis cognitivo antes mencionado, alejándose de los temas de la “psicología de las masas” y de los análisis de la acción colectiva en términos de emociones y sentimientos compartidos por una colectividad. En contraste con esos abordajes, Gamson subraya los elementos de “producción de sentido” y “construcción de la realidad” como parte fundamental del activismo social.

Por la otra, estos estudios reviven las intuiciones del interaccionismo simbólico sobre el carácter interactivo de las construcciones sociales, aplicándolas al análisis de los conflictos públicos en torno a la definición de “problemas sociales” y a las posibles alternativas para resolverlos. La idea es que en las sociedades contemporáneas, como reacción al activismo de ciertos movimientos, aparecen contra-movimientos que confrontan los *frames* producidos por los primeros. Comenzaría entonces a desenvolverse una dinámica interactiva en la que activistas de distintos grupos producen metáforas, imágenes y slogans no sólo para defender la legitimidad de su propia agenda, sino también para socavar los *frames* y las agendas de grupos contrincantes.

3. Nuestra presentación de este enfoque

La producción de los autores pertenecientes al enfoque ideológico cognitivo “*frame analysis*” (se habrá notado que para facilitar la escritura a veces usamos el término inglés “*frame*”) tiene características que la hacen muy afín al estilo de investigación constructivista que estamos desarrollando. Entre esas características se destacan la ausencia de una “gran teoría” y el anclaje empírico que suministran una cantidad de “estudios de caso” bien delimitados. Por esa razón, nuestra estrategia

de exposición en esta sección difiere de las utilizadas en las dos secciones previas. Vamos a concentrarnos en la presentación de cuatro temas principales, subdivididos en varios repertorios de tópicos con conexiones directas con la investigación empírica.

Las contribuciones de los autores que nos ocupan en esta sección suelen combinar conceptos provenientes de los enfoques presentados en las dos secciones anteriores con elaboraciones originales, que distinguen a esta tradición. En nuestra presentación nos atenemos fundamentalmente a éstas últimas, que dejan traslucir una *visión de los movimientos sociales* como actores colectivos que promueven la confrontación y la transformación cultural a través de intervenciones estratégicas en arenas públicas dominadas por otros actores más poderosos.

b) Funciones y componentes

Varios autores dentro de esta corriente han ensayado conceptualizaciones dirigidas a explorar algunas funciones y componentes de los *frames* (Snow y Benford, 1988 y 1994; Gamson, 1992a). Primero vamos a tratar las funciones, luego los componentes y por último haremos una rápida referencia a la noción de “ícono político” que se complementa bien con este tipo de abordaje.

1. Funciones

Vamos a considerar 5 funciones, siguiendo en lo fundamental las contribuciones de David Snow y sus colaboradores. Una de las funciones centrales de los *frames* es la *simplificación y condensación*. En la actualidad, como nunca antes, la sociedad observa un flujo aparentemente inagotable de imágenes, acontecimientos, productos, sonidos y slogans producido por la expansión de las tecnologías de la información. En condiciones así, hay una suerte de saturación mediática y para ganar la atención pública hacia un tema dado, los movimientos sociales deben simplificarlo y condensarlo.

Tal vez una de los ejemplos más directos para familiarizarse con esta función es el “Holocausto” (Snow y Benford, 1992). La idea es que un *frame* efectivo, en este caso una palabra, debe evocar una serie de imágenes muchos más poderosas que una declaración como la siguiente: “el tratamiento de los judíos por los nazis durante la segunda guerra mundial”.

Otra función es la *diagnosis*. Los *frames* deben presentar un tema o un repertorio de acontecimientos, situaciones y experiencias como “problemático” y como algo que reclama solución. La diagnosis puede adoptar una diversidad de contenidos, pero es usual que los grupos de protesta, luego de caracterizar una situación como adversa, atribuyan la responsabilidad de la misma a ciertos individuos, grupos o instituciones (Snow y Benford, 1992).

La mayoría de los *frames* suelen también ofrecer una *prognosis*, presentando soluciones al problema diagnosticado y sugiriendo vías posibles de acción para alcanzar esas soluciones.

Asimismo, es frecuente hallar la existencia de funciones *motivacionales* en algunos *frames* de protesta (Snow y Benford, 1992), dado que las tres funciones ya consideradas pueden no bastar para estimular la acción colectiva. Esta nueva función suministra nuevas energías tanto a los activistas como a las audiencias receptivas a través del uso de vocabularios e imágenes movilizadoras.

Otro aspecto importante en el análisis de los *frames* del activismo y la protesta es su *función articuladora*. Snow y Benford (1992) argumentan que a través del proceso de diagnosticar problemas, proponer vías de solución y motivar acciones, los *frames* articulan elementos nuevos con elementos ya presentes en el “sentido común” y la experiencia cotidiana de los participantes efectivos o potenciales. De hecho, en algunos casos el carácter inédito de ciertos *frames* de protesta no se sustenta tanto en la presentación de contenidos absolutamente nuevos, sino más bien en la articulación innovativa de elementos ya existentes.

2. Componentes

William Gamson (1992a) uno de los representantes más destacados de este enfoque teórico, sugiere un esquema complementario a la clasificación de distintas funciones. El autor distingue tres componentes en los *frames* de acción colectiva: 1. Injusticia, indignación moral, o lo que algunos llaman “cognición teñida de sentimiento”; 2. Agencia, conciencia de que es posible alterar las condiciones o las políticas a través de la acción colectiva; 3. Identidad, referida a un “nosotros” que se opone a un “ellos” que tiene intereses y valores distintos e incluso opuestos.

3. Iconos políticos

Tomando a préstamo contribuciones provenientes de estudios semióticos y retóricos, Szaz acuñó el concepto de “ícono político” en su análisis del problema de los desperdicios tóxicos en Estados Unidos. Según el autor, hay cierta forma de comunicación pública en torno a temas reputados como “problemas sociales” en la que las imágenes predominan sobre las palabras. Como consecuencia de este predominio, la construcción de sentidos adquiere más la forma de un espectáculo no-verbal que la de una narrativa. Surge así un estilo de retórica y confrontación pública que tiene el carácter de una *iconografía*.

Las dinámicas asociadas a esta iconografía se caracterizan por ser superficiales y evanescentes, aunque el autor encuentra que cuando se plantean confrontaciones en las que dos o más íconos entran en conflicto las mismas pueden atraer más

atención durante más tiempo. En un estudio posterior aplicando este tipo de análisis, Klandermans y Goslinga confirman tanto la mayor persistencia de las iconografías que envuelven la confrontación entre imágenes no verbales, como el carácter relativamente superficial de las mismas, dado que esas imágenes muestran claramente quiénes están de cada lado de la controversia pero no contienen información substantiva acerca de la misma (1996: 322).

c) Construcción de *frames*

Vamos ahora a retomar algunas ideas ya sugeridas con respecto a la dinámica de las interacciones y a la función de articulación para indagar los procesos de construcción de *frames*. Aunque estos procesos pueden rastrearse en distintas áreas y fases de desenvolvimiento de un grupo de protesta, vamos a concentrarnos principalmente en los procesos de construcción de *frames* que se desenvuelven en el área de los intercambios públicos del grupo con otros actores y con distintas audiencias (Gamson, 1992a). A continuación presentamos 4 imperativos que suelen enfrentar los grupos y movimientos al construir *frames* para ser expuestos en público.

1. Resonancia; *frames* maestros

En el proceso de construcción de un *frame* de protesta que sea efectivo uno de los requisitos claves es que sus contenidos resuenen con los *frames* dominantes, llamados también *frames* maestros (“*master frames*” Snow y Benford, 1992: 138). Según Snow y sus colaboradores estos *frames* maestros desempeñan funciones similares a los *frames* de protesta producidos por grupos y movimientos sociales, pero tienen un alcance y una estabilidad mucho mayor. Siguiendo la misma línea de razonamiento, Gamson (1990) considera que los *frames* maestros representan orientaciones y temas culturales más abarcadores, con una gravitación muy fuerte sobre la visión del mundo compartida por grandes sectores de la sociedad; en contraste, los *frames* de protesta se limitan a una cuestión o problema específico.

Mayer Zald afirma que las confrontaciones promovidas por los *frames* producidos por movimientos y contra-movimientos casi siempre incorporan definiciones sociales más extensas referidas a derechos y responsabilidades, con distintos actores usando valores culturales que pueden aparecer potencialmente contradictorios pero que resuenan con visiones sociales globales (1996). Por ejemplo, mientras algunos movimientos se apropian del valor cultural “solidaridad”, hay contra-movimientos que se apropian de la “auto-suficiencia” individual como valor social (Gamson, 1992a) y lo usan en la construcción de sus *frames*.

Si bien por una parte la resonancia de un *frame* de protesta posibilitaría su recepción por audiencias más amplias, por la otra esto impone considerables límites a la construcción de *frames* alternativos, dirigidos a promover conductas y valores sociales que no estén presentes en los *frames* maestros, que no ocupen un lugar muy importante o que estén descalificados en dichos *frames*. En parte esos problemas pueden sortearse con la articulación de orientaciones nuevas con orientaciones ya existentes y afianzadas, dentro de un mismo *frame* de protesta.

2. *Commensurabilidad*

Este nuevo aspecto es tratado por Snow y Benford (1988: 208-210) y por Gamson (1995). Además de tratar de construir *frames* que resuenen con los *frames* maestros, con frecuencia los grupos intentan incorporar o aludir a experiencias colectivas inmediatas, o a acontecimientos ampliamente difundidos, buscando hacer sus *frames* commensurables con ellos. Si un *frame* sólo incorpora amplios temas culturales es probable que parezca demasiado abstracto y alejado de la vida cotidiana de las audiencias. Por el contrario, las referencias a situaciones concretas ayudan a anclar los *frames* de protesta. Esto explica la presencia en muchos *frames* de elementos extraídos de relaciones personales y concretas, que dentro de la organización del *frame* aparecen intensificados y potenciados.

Con todo, como venimos viendo, estos imperativos de resonar y poder medirse con la experiencia próxima de la gente, suelen obstaculizar la construcción de *frames* de protesta que contengan elementos más abstractos y globalizadores. De nuevo aquí, hay grupos que ensayan ciertas articulaciones, conectando aspectos personales y aspectos impersonales en el *framing* (literalmente "enmarque") de un problema social dado.

3. *Balance*

Snow y Benford argumentan que al presentar un *frame* al público, los grupos de protesta deben mantener cierto balance o equilibrio entre las funciones de diagnóstico, pronóstico y motivación (1988). Si las mismas están desproporcionadas, puede peligrar la eficacia del *frame*. Por ejemplo, si un *frame* enfatiza demasiado los aspectos referidos al diagnóstico, sin subrayar lo suficiente las posibilidades de solución, puede terminar transmitiendo un sentido de impotencia, falta de esperanza y fatalismo. Por otro lado, si un *frame* potencia los aspectos motivacionales, instando a tomar acción directa, pero sin presentar qué es lo que debe cambiar y cómo es posible hacerlo, puede transmitir un sentido de disconformismo ciego.

Con todo, éstas no pueden entenderse como fórmulas que garanticen la eficacia de un *frame* determinado; entre otras cosas, porque los *frames* están sujetos a

dinámicas interactivas y resultan condicionados por el contexto donde están operando. En definitiva, distintos contextos suelen exigir balances distintos.

4. *Apertura*

Incorporando un amplio rango de ideas y empleando un lenguaje abierto e inclusivo, los grupos pueden construir *frames* flexibles, permitiendo que distintas audiencias, con perspectivas y experiencias diversas, se sientan identificadas con los sentidos propuestos por esos *frames*. Por el contrario, la construcción de *frames* estrechos y rígidos suelen provocar la exclusión de audiencias que de otra manera podrían sentirse incluidas (Snow y Benford, 1992: 139-40.)

Hay casos en que un *frame* de protesta sólo puede "abrirse" neutralizando algunos contenidos o incluso *vaciándolos* para tratar de trazar un arco capaz de incluir individuos y grupos con reclamos disímiles. Se puede argumentar que es precisamente ese vaciamiento el que permite que distintos sujetos encuentren el *frame* convocante y aglutinador, al mismo tiempo que deja abierto el espacio para divergencias. Podría incluso argumentarse que hay casos en que ese vaciamiento es el que hace posible la existencia de "movimientos" (de derechos humanos, de mujeres, etc.), en el sentido que distintos grupos de protesta se sienten convocados y encuentran al mismo tiempo espacio para diferenciarse.

5. *Oportunidades y límites para la construcción de frames*

Antes de concluir con esta presentación de algunas cuestiones referidas a la construcción de *frames*, vamos a agregar dos observaciones más generales retomando otras ideas y vocabularios del constructivismo social. Primero, conviene tener presente la distinción entre el contexto y lo que los grupos hacen en dicho contexto. Esa distinción condensa los dos polos entre los que se suelen mover los análisis constructivistas. En el caso de los temas recién propuestos, podemos entender los *frames* maestros como ciertas condiciones culturales que fijan e imponen límites a la construcción de nuevos valores y pautas de comportamiento. De todos modos, el activismo de infinidad de grupos y movimientos muestran que las posibilidades de construcciones alternativas, si bien no son infinitas, cubren un rango cada vez más amplio. Ya volveremos sobre esta distinción al tratar temas referidos a las arenas públicas y las condiciones impuestas por los medios masivos dentro de ellas.

También vale la pena considerar la posibilidad de que ciertos *frames* de protesta estén significativamente influenciados, no sólo por los *frames* maestros sino también por otros *frames* de protesta disponibles en una coyuntura socio-histórica dada. No es casual entonces que en ciertas coyunturas los *frames* de los distintos grupos

se estimulan recíprocamente, dando lugar a los llamados ciclos u *olas de protestas* (Snow y Benford, 1992).

Segundo, como ya vimos, una de las ideas fuerza del constructivismo es que las realidades sociales pueden analizarse como construcciones interactivas. Está claro que la conceptualización que acabamos de ver sobre los *frames* de protesta resuena considerablemente con dicha idea. En efecto, uno de los supuestos básicos bajo la noción de *frame* es que acontecimientos, situaciones y experiencias son “construidos” a través de *frames* y que esas construcciones son el resultado de interacciones marcadas por interpretaciones conflictivas.

Esos conflictos, analizados desde este enfoque, son estudiados como intentos realizados por distintos grupos no tanto para acceder a ciertos recursos, sino principalmente para imponer su propia interpretación de un sector de fenómenos como si fuera la realidad de los mismos. Y desde el estilo de investigación constructivista, más que analizar qué grupo tiene razón y qué interpretación es la más acertada, se trata de estudiar el modo en que los distintos actores interactúan y haciéndolo construyen y tratan de imponer ciertos marcos ideológico cognitivos.

d) Arenas públicas

A través del activismo de distintos grupos y movimientos, los *frames* de protesta irrumpen en el espacio público. Pero este espacio está poblado de otros actores, tales como los medios masivos, los partidos políticos y las autoridades gubernamentales. Comparados con grupos y movimientos, esos actores tienen, en la mayoría de los casos, considerable control de los procesos que ocurren dentro de sus esferas de influencia. Con todo, ese control no suele ser total ni el espacio público está completamente centralizado; por lo tanto es frecuente que haya otros grupos capaces de intervenir, expresar sus reclamos y hacerse conocer por audiencias más amplias. A esto se agrega la creciente diversificación de “lo público” a partir de la expansión de las nuevas tecnologías de la comunicación. Dadas todas estas características, los autores que conceptualizan las dinámicas de los *frames* en esta esfera prefieren hablar de “arenas públicas” (véase por ejemplo, McCarthy et al., 1996). Como veremos a continuación, los autores que nos ocupan en este apartado distinguen cuatro arenas, caracterizadas por la presencia de cuatro actores principales: los medios masivos, la opinión pública, los partidos políticos y las autoridades gubernamentales.

1. La arena mediática

De una manera rutinaria, los miembros y portavoces de grupos y movimientos dan a conocer sus ideas a través de contactos directos con otros grupos y con la

gente. En muchos casos, participan de debates y discusiones con la asistencia de pequeñas audiencias. Sin embargo, si quieren llegar a audiencias más amplias necesitan acceder a los medios masivos (Zald, 1996). Dentro del enfoque ideológico cognitivo, hay un grupo de autores que se ha dedicado a conceptualizar las características de los medios masivos (especialmente, televisión, radio y periódicos de gran tiraje) y los desafíos y restricciones que imponen a la divulgación de mensajes producidos por grupos activistas. Entre las contribuciones más importantes se destacan las de William Gamson (1992a y 1990) y McCarthy et al. (1996). Una de las ideas centrales transmitidas por estas contribuciones es que los medios masivos deben ser entendidos como condiciones contextuales que expanden, limitan y modelan las oportunidades que tienen los activistas de llamar la atención pública en lo referido a los temas que los ocupan.

Para conceptualizar las complejas dinámicas que atraviesan a las distintas arenas públicas, McCarthy y sus colegas han acuñado la noción de “agenda”, aplicándola a distintos actores. En el caso de los medios, la agenda de los mismos está constituida por el repertorio de temas que reciben cobertura mediática (1996). Como también ocurre con las otras agendas, las agendas de los medios tienen sus dinámicas propias y están controladas por “porteros” (*gatekeepers*), principalmente reporteros y editores locales y nacionales.

Asimismo, estos autores llaman la atención sobre la existencia de *patrones cíclicos* que gobiernan el rápido incremento y el gradual descenso en el interés por determinado tema mediático independientemente de la agenda que puedan tener los que controlan el medio.

Por su parte, William Gamson coincide con la idea general según la cual los medios no transmiten información sin transformarla y la amplía analizando el tipo de transformaciones que pueden esperarse. Según él, mientras los *frames* promovidos por los movimientos llaman a la acción, los discursos promovidos por los medios tienden a desactivar a sus audiencias. Especialmente, los medios masivos pueden tener un efecto neutralizador de los motivos para participar activamente. Esto puede ocurrir de muchas maneras, por ejemplo a través del énfasis en la capacidad de los “expertos” para resolver problemas sociales (1995: 91). Con todo, este autor también acepta que los medios masivos constituyen canales excepcionales cuando un movimiento trata de acceder a sectores sociales más amplios. Sin embargo, como veremos enseguida, los discursos mediáticos no son la única fuente accesible a distintos sectores (Gamson, 1992a).

Antes de concluir con este apartado, agreguemos que la estructura formal de las noticias e historias divulgadas por los medios suele subrayar la personalización de los problemas lo cual puede distorsionar las diagnósticos ensayados por los grupos,

sobre todo si las mismas contienen elementos más abstractos e impersonales. Ese mismo estilo mediático resuena mucho mejor con *frames* de contornos heroicos, marginando a los *frames* que carezcan de esas cualidades.

2. La arena pública

A pesar de reconocer la importancia decisiva que tienen los medios masivos en la formación de la opinión pública, McCarthy y sus colaboradores (1996) consideran necesario enfatizar que si bien los medios pueden gravitar sobre la elección de los temas acerca de los que la gente habla y opina (el “qué”) no pueden determinar las maneras en que la gente se refiere a esos temas (el “cómo”). En el caso de esta arena, entienden por “agenda pública”, a las opiniones sobre acontecimientos o temas compartidas por determinado sector social (McCarthy et al., 1996: 294). Asimismo, afirman que, por ejemplo, no puede asumirse una correlación muy precisa entre lo que la gente considera el problema social más importante y lo que los medios presentan como lo más importante (: 296).

Los autores sostienen que en la arena pública los temas presentados por los medios son interpretados a través de *redes interpersonales y sociales*. Idea ésta ampliamente corroborada por Gamson en su estudio sobre la recepción de temas políticos por distintos grupos (1992b). También en esta arena, la más descentralizada de las cuatro bajo consideración, es posible encontrar “porteros”, generalmente sujetos o grupos que gozan de respeto y credibilidad, y que ocupan posiciones de poder en la comunidad o en instituciones tales como iglesias, escuelas, organizaciones no gubernamentales, etc. En general, tanto los porteros de los medios masivos como éstos últimos son más accesibles que los porteros de las dos arenas que restan por considerar. Por añadidura, nuevas tecnologías tales como el telemarketing, las páginas web y el correo electrónico facilitan el acceso de los activistas a públicos más extensos.

3. La arena política

Dada la fuerte influencia de algunas ideas acuñadas por el enfoque de movilización de recursos sobre varios autores trabajando dentro del enfoque que estamos desarrollando en esta sección, no es casual que muchos análisis atiendan a las arenas políticas y gubernamentales, entendiéndolas como espacios claves para el activismo social orientado a producir cambios en las políticas públicas, presionando las agendas de líderes políticos, legisladores y autoridades gubernamentales.

Como ya sugerimos, en el análisis de McCarthy et al. (1996), las dificultades de acceso a los porteros de la arena política son mayores, entre otras cosas dado su

número mucho más reducido. Con todo, más allá de esta generalización, en la mayoría de las sociedades modernas con algún sistema de partidos y elección de representantes hay ciertos ciclos o coyunturas marcadas por *agendas electorales* (: 299). Esas situaciones pueden, según los casos, ampliar o disminuir las posibilidades que tengan los portavoces de los movimientos de presionar por la inclusión de sus temas en las agendas de los partidos durante las campañas.

Además, los autores que estamos presentando llaman la atención sobre el hecho que si bien los líderes partidarios (y, cada vez con más frecuencia, los consultores y expertos trabajando para esos líderes) que controlan las agendas de la arena política pueden ser de difícil acceso, los cuadros políticos más bajos suelen ser más accesibles y receptivos de ciertos temas de protesta social; incluso, es previsible que en algunas situaciones algunos cuadros terminen confrontando dentro de los propios partidos con otros grupos que tengan posturas distintas que las suyas.

Por último, en una contribución que representa una elaboración más extensa de estos temas (Carmines y Stimson, citados por McCarthy et al., 1996: 298) afirman que los temas que consiguen perdurar más e insertarse adecuadamente en las agendas políticas son los caracterizados como “temas fáciles”, entendidos como aquellos cuya comprensión, análisis y resolución no requiere considerables destrezas cognitivas; por oposición a los temas (o *frames*) “difíciles” que reclaman conocimiento contextual, apreciación de diferencias sutiles en materia de política pública y coherencia en la ideología política.

4. La arena gubernamental

Antes de concluir este tema general, una rápida referencia a la arena gubernamental; luego volveremos a algunas cuestiones relacionadas con ella al tratar las tácticas de diseminación empleadas por grupos y movimientos y los desafíos que deben sortearse al diseñarlas. Los autores que venimos viendo tienden a considerar que las acciones de los movimientos en distintas arenas apuntan principalmente a influir las agendas gubernamentales y los procesos de toma de decisiones referidos a las políticas públicas. Los porteros de esta arena son las *élites gubernamentales*. Según la contribución de los autores que estamos considerando (McCarthy et al. 1996), dentro de la arena gubernamental es aconsejable diferenciar entre las arenas y agendas del poder ejecutivo y las del legislativo. Estas últimas pueden ser más accesibles al activismo, dadas las características del debate parlamentario y las posibilidades de presentaciones públicas de testimonios de expertos en esos foros. Asimismo, los autores sugieren que a mayor diversificación y descentralización de estas arenas, más permeables

resultan a los *frames* contruidos por grupos y movimientos. Especialmente importante en este sentido es el grado de dispersión que tengan las legislaturas y los ejecutivos; al respecto, es usual que esos cuerpos estén distribuidos en tres ámbitos: el nacional, el provincial y el municipal.

e) Tácticas de diseminación

Los conceptos y análisis presentados en el apartado anterior pueden entenderse como distintas formas de abordar el estudio de *las condiciones* que encuentran los grupos y movimientos cuando comienzan a actuar en las arenas públicas. En este apartado vamos a centrarnos en el estudio de lo que estos actores colectivos *hacen* en esas condiciones. Conviene también aclarar el uso que hacemos de los términos “estrategia” y “táctica” en este apartado. Como venimos viendo, la noción de “estrategia” está relacionada con un tipo de abordaje que analiza las formas de organización y acción colectiva como medios para el logro de ciertos fines y objetivos. “Táctica”, término que utilizaremos con más frecuencia en este apartado, alude a las decisiones y acciones puntuales dirigidas a intervenir en un campo, o mejor “arena”, poblada por la presencia de contrincantes, aliados y grupos relativamente neutrales.

Las tácticas analizadas por los autores que vamos a considerar son muy variadas pero coinciden en ser tácticas empleadas por actores que no tienen muchos recursos materiales y que se han formado fuera del sistema de poder establecido (“outsiders”). Como veremos, las tácticas empleadas suelen variar en función de las características de la arena donde deben desenvolverse. Por ejemplo, se considera que una marcha callejera gritando *slogans* puede ser una táctica efectiva para llamar la atención de los medios de comunicación, pero puede no ser adecuada para convencer a un grupo de legisladores de un partido de la oposición. En tal sentido, a riesgo de simplificar un poco, puede razonarse que dado que hay cuatro arenas principales, hay probablemente cuatro repertorios de tácticas utilizadas por grupos de protesta y movimientos. Con todo, si bien esas arenas y sus respectivas agendas son relativamente independientes, hay usualmente *efectos de reverberación* que se transmiten de unas a otras, dado que las agendas de una arena pueden influir las agendas de otras; al diseñar las tácticas más adecuadas, los actores colectivos suelen tener en cuenta esto.

Otra cuestión a tener en cuenta, hace a la distinción entre las tácticas de diseminación y *los contenidos* de los *frames* que se trata de diseminar. La cuestión aquí, que tal vez pueda aclararse en cada caso a través de la investigación empírica, es: ¿dónde reside la clave del éxito de cierta forma de diseminación, en los esfuerzos de los activistas o en el contenido de los *frames* que se trata de divulgar? Ya volveremos sobre esta cuestión.

1. Tácticas en la arena pública

Según Mayer Zald, los movimientos sociales toman a préstamo los repertorios de tácticas de protesta disponibles en una coyuntura dada o, más raramente, inventan tácticas nuevas. Asimismo, las tácticas deben ser compatibles con el tipo de injusticia o problema que motiva la movilización; pero no hay fórmulas fijas y es previsible que, por ejemplo, lo que para algunos es una táctica “extremadamente violenta”, puede no serlo para otros (1996: 267).

McCarthy y sus colaboradores, sumados a otros autores que también tratan de combinar el enfoque de movilización de recursos con el enfoque ideológico cognitivo, analizan en varios trabajos empíricos las tácticas de distintos movimientos y grupos, entre otros: el movimiento pacifista estadounidense (Pagnucco et al., 1997), el movimiento ambientalista europeo occidental y las organizaciones para el fortalecimiento de comunidades pobres en los Estados Unidos (McCarthy et al. 1996).

Entre otras cosas estos estudios corroboran la idea de que algunas tácticas de diseminación si bien se orientan especialmente a influir la agenda de una de las arenas, no se limitan exclusivamente a ella. De todos modos hay algunas tácticas que son típicamente usadas en la arena pública, por ejemplo: distribución de folletos, reuniones públicas, visitas puerta a puerta, etc.

2. Tácticas en la arena mediática

McCarthy y sus colaboradores analizando sus propios trabajos empíricos y los de otros investigadores, argumentan que en algunas arenas es relevante diferenciar entre las tácticas de diseminación directas y las indirectas. Tal el caso de las tácticas habitualmente usadas en la arena mediática. Como es lógico, las tácticas indirectas son las más visibles y conocidas: demostraciones públicas, formas de desobediencia civil, huelgas de hambre, etc. (1996: 303). Algunos actores colectivos están familiarizados con los ritmos y ciclos que atraviesan a la cobertura mediática con temas de interés y adaptan su activismo público a esos patrones (Klandermans y Goslinga, 1996).

Asimismo, es razonable pensar que las tácticas indirectas son las que tienen efectos expansivos mayores, ya que además de atraer la atención de los porteros de los medios, pueden servir para comunicarse con potenciales activistas o para darse a conocer a porteros de otras arenas.

Las tácticas directas apuntan a abrir canales de comunicación relativamente estables con porteros de distintos medios; algunos grupos llegan incluso a designar algunos miembros para que se ocupen exclusivamente de establecer y mantener relaciones fluidas con distintos reporteros y columnistas.

Hay estudios que indican que una táctica frecuente es preparar de antemano documentos listos para que algunos columnistas puedan publicarlos (Klandermans y Goslinga, 1996: 324).

Asumiendo que los medios masivos no son canales de transmisión totalmente transparentes, una táctica para evitar las dificultades conectadas a este canal, es el uso de *medios propios* de divulgación masiva (Klandermans y Goslinga, 1996: 325). Por ejemplo, los avances tecnológicos actuales están siendo aprovechados por muchos grupos feministas para crear sus propios diarios, radios y páginas web, que alcanzan a audiencias considerablemente amplias.

3. Tácticas en la arena política

Los autores que estamos consultando afirman que hay muy poca información empírica sobre tácticas empleadas por movimientos en esta arena (McCarthy et al., 1996: 302). Con todo, sugieren algunas tácticas que son bastante comunes y subrayan que en general estas tácticas son mucho más complejas y costosas que las tácticas más estereotípicas del activismo social (como por ejemplo, las marchas y manifestaciones públicas). Las tácticas en esta arena incluyen contactos con líderes políticos y trabajo voluntario para candidatos que respaldan los *frames* del grupo de protesta. En la actualidad, dada la presencia cada vez más frecuente de expertos y asesores externos colaborando en la preparación de plataformas de muchos partidos políticos, es posible que algunos movimientos consigan influir sobre la agenda de esos partidos ofreciendo asesoramiento sobre los temas que los movilizan.

Tanto en estos análisis como en los que presentaremos a continuación podemos ver más claramente el modo en que estos autores están utilizando abordajes muy afines al enfoque de movilización de recursos para conceptualizar las tácticas de diseminación de los *frames* en las arenas públicas; ya volveremos sobre esto en la presentación de orientaciones metodológicas para la investigación empírica, un poco más adelante.

4. Tácticas en la arena gubernamental

Por último, McCarthy et al., proponen un análisis del repertorio de tácticas utilizadas por los líderes y portavoces de movimientos sociales para influir las agendas gubernamentales (1996: 305 y ss). En este análisis los autores consideran relevante distinguir entre las tácticas utilizadas por activistas que ya tienen un grado de acceso e inserción significativo en la arena gubernamental y aquellas ensayadas por activistas con menos acceso. Los primeros tienden a recurrir al *cabildeo* y la *litigación*, tácticas éstas que son de uso frecuente entre actores que

ya están insertos en el sistema de poder establecido (“*insiders*”). Los grupos con menos inserción en la arena gubernamental tienden a enfatizar las tácticas de activismo en la arena pública para presionar desde afuera a los líderes y porteros de la arena gubernamental, combinadas con algunas variantes del cabildeo y la litigación. McCarthy y sus colaboradores también afirman que sus análisis parecen sugerir que las tácticas de este segundo tipo de activistas son más exitosas con legisladores provinciales y locales que con los legisladores nacionales (1996: 307).

Como vemos, las conceptualizaciones presentadas en este apartado enfatizan el tema de la diseminación de *frames* utilizando abordajes muy afines al enfoque de movilización de recursos. En efecto, al centrar la atención en las tácticas, los autores que hemos considerado tienden a alejarse del análisis de los sentidos de los *frames* y de la relativa eficacia que puedan tener los contenidos de los mismos para capturar la atención de distintas audiencias.

No es casual entonces que Snow y Benford, dos de los autores que sentaron las bases del enfoque ideológico cognitivo, tienden a priorizar el *framing estratégico* (1988), enfatizando en sus análisis las cualidades retóricas de los *frames* cuando se trata de analizar la efectividad de los mismos, por encima de las tácticas de diseminación ensayadas por los activistas. En las orientaciones metodológicas que presentamos a continuación vamos a volver sobre los temas más claramente identificados con el enfoque ideológico cognitivo.

f) Algunas orientaciones metodológicas

1. La base empírica de los *frames* de protesta

El análisis de *frames* producidos por grupos y movimientos sociales apunta a reconstruir los contenidos cognitivo ideológicos (el qué) construidos por estos actores para presentar sus reclamos, y en lo posible a explorar las dinámicas que animan a esas construcciones (el cómo). Como ya sugerimos tanto la construcción de un *frame* como el mantenimiento del mismo se opera a través de interacciones relativamente fluidas; sin embargo a los fines del análisis es a veces necesario detener esas interacciones para poder estudiar sus patrones básicos.

Otro aspecto metodológico a considerar hace a la localización de estos *frames*. Hay investigadores que consideran que los *frames*, entendidos como “paquetes de ideas”, son contenidos cognitivos localizados en la mente de los activistas. Con todo, esto plantea serias dificultades para un análisis que busque una base empírica a partir de la cual desenvolverse. Una manera de sortear estas dificultades es asumir que existe cierta correspondencia entre los contenidos antes mencionados y los discursos orales o escritos de individuos y grupos. De esta manera el análisis encuentra una base empírica en los textos provenientes de

entrevistas desgrabadas o de panfletos, declaraciones a los medios, materiales de circulación interna, etc.

2. La reconstrucción de frames

A partir de esas fuentes primarias se puede intentar reconstruir los *frames*. El uso de la palabra "reconstrucción" indica que el analista no debe esperar encontrar el *frame* presente directamente en el texto, sino que el texto le ofrecerá, en el mejor de los casos, elementos relativamente dispersos a partir de los cuales deberá tratar de reconstruir el *frame*. En todos estos abordajes de tipo interpretativo conviene tener presente que "el sentido" no suele ser algo visible, claro y condensado en un párrafo del texto bajo estudio. Precisamente por que los sentidos deben ser reconstruidos es indispensable contar con ciertas orientaciones para iniciar la reconstrucción de los posibles *frames* (Johnston, 1995).

Una vez que se ha seleccionado el o los textos para el análisis, el primer paso en ese proceso de reconstrucción es buscar aquellos elementos de los textos que tengan referencias directas a la definición del problema, las soluciones, los responsables y las causas, los componentes motivacionales y las posibles estrategias de acción. Esto hace a una primera exploración de elementos básicos cuya presencia indicaría la *factibilidad* de ensayar un análisis de *frames*.

Una vez que se ha ensayado esa primera exploración conviene estudiar el contexto o situación de los textos analizados. Dicho contexto suele contener reglas implícitas o explícitas acerca de lo que puede o no puede decirse. Los contextos y reglas pueden variar considerablemente, afectando de manera significativa los contenidos del texto bajo análisis. Por ejemplo, es muy probable que el líder de un grupo de protesta exprese cosas distintas, de manera distinta, en el contexto de una conversación con algunos miembros, en una rueda de prensa o en una entrevista acordada a un investigador. Esta segunda orientación apunta a formular una descripción del *contexto* del texto bajo estudio.

3. Cruces de referencias y variaciones temporales

En una fase posterior podría indagarse la posible existencia de otros materiales que puedan arrojar nueva luz al análisis de los *frames* en un texto dado. Por ejemplo, algunas declaraciones y posturas públicas asumidas por el grupo de protesta pueden responder a declaraciones públicas de otros actores (los medios, el gobierno, etc.). Asimismo, es posible que otras declaraciones previas del mismo grupo agreguen elementos importantes para la comprensión de las posturas presentes que adopta el grupo con relación a un problema, sugiriendo posibles continuidades o

desplazamientos. Esta orientación se refiere a la búsqueda de *cruces de referencias* y de *variaciones temporales* en el contenido de un *frame*.

Otra alternativa, próxima a la tarea de codificación abierta usual en análisis cualitativos, es buscar en los textos bajo estudio términos que puedan agruparse como indicadores de las categorías más abstractas utilizadas en el análisis de *frames*. Este tipo de exploración puede entenderse como un procedimiento de *codificación de indicadores*. La presencia de estos indicadores señalaría la existencia virtual de un *frame* que, con todo no puede ser observado directamente.

4. Repertorios de preguntas y cuestiones

Vamos a concluir la presentación del enfoque de los marcos ideológico-cognitivos sugiriendo preguntas y cuestiones que sintetizan algunas de las ideas discutidas hasta ahora. Como veremos, algunos temas aluden a aspectos contextuales y otros están referidos a cuestiones de contenido.

A continuación proponemos algunas preguntas que apuntan a inquirir por la posible existencia de un *frame* y por las dimensiones fundamentales que hacen al contenido del mismo: ¿Hay un problema identificable en el texto? ¿Quién y/o qué aparece como el responsable / la causa de dicho problema? ¿Se sugiere una solución? ¿Cuál es su contenido? ¿Qué es lo que está amenazado por el problema? ¿Cuáles son los motivos ofrecidos para el activismo, si hay algunos?

Ahora, algunas preguntas referidas al análisis de la situación de donde emerge el texto: ¿Cuál es el contexto en que el texto fue producido? ¿Cuál es el modo en que dicho contexto está presente en el texto y la manera en que afecta al *frame* en su conjunto o en alguna dimensión del mismo?

A continuación un breve comentario para retomar el tema de los *cruces de referencias* y *variaciones temporales*. Siempre es conveniente indagar las posibles relaciones entre el *frame* bajo análisis y otros *frames* construidos por el grupo en el pasado o producidos por otros actores. Aunque no sea posible reconstruir *frames* íntegros, otros textos del mismo período o de períodos anteriores pueden arrojar nueva luz sobre elementos presentes o ausentes en el *frame* en cuestión. Una alternativa es investigar las posibles interacciones entre los *frames* ofrecidos por el grupo de protesta y el grupo o actor antagónico, tratando de capturar posibles desplazamientos a lo largo del tiempo. No es previsible que los *frames* muestren transformaciones substantivas en todas sus dimensiones pero es factible que algunos de sus elementos y funciones presenten considerables variaciones.

En general no es sencillo encontrar una base empírica sólida sobre la cual ensayar una reconstrucción de *frames maestros* que condensen visiones dominantes en una sociedad y época dadas. Con todo, es relativamente factible

ensayar la reconstrucción de *frames* referidos a temas y problemas específicos tal como están presentados por los medios de comunicación. Por ejemplo, es posible seleccionar el tratamiento que periódicos o noticieros radiales o televisivos hacen de “la violencia doméstica” y temas afines.

El análisis de *frames* aplicado a textos producidos por esas fuentes pueden compararse con los *frames* contruidos por grupos de protesta activos en torno a la misma temática. También es posible analizar el tipo de cobertura que reciben esos grupos y el modo en que sus *frames* son representados por los medios. Por último, es conveniente indagar por el posible impacto de la cobertura mediática sobre los *frames* contruidos por los grupos.

En general cuando se analiza los *frames* de un grupo de protesta es aconsejable explorar las posibles relaciones con los *frames* de otros grupos de protesta actuando durante la misma coyuntura. Si se llega a comprobar que el grupo bajo estudio está inserto dentro de una ola de protestas más amplia, estas son dos preguntas que valdría la pena indagar: ¿existe un *frame* dominante en dicha ola? ¿de existir, cuáles son las similitudes y diferencias del *frame* contruido por el grupo con dicho *frame* dominante?

Para concluir un breve repertorio de preguntas referidas a las experiencias vitales y roles sociales cristalizados en los *frames* bajo estudio: ¿Qué tipo de experiencias vitales incorpora el *frame* bajo estudio? ¿A cuáles de las principales funciones del *frame* aparecen conectadas esas experiencias? ¿Cuáles son los roles sociales presentados por el *frame*? ¿Qué tipo de caracterización ensaya de los mismos?

V. EL ENFOQUE NARRATIVO

a) Introducción

A fines de los '70, un grupo de profesores de la Universidad de Chicago auspició un simposio sobre el uso del enfoque narrativo en distintas disciplinas dentro del campo de las ciencias sociales y las humanidades. Una rápida mirada a las contribuciones de los participantes (Mitchell, 1980) permite comprobar que el enfoque narrativo, inicialmente circunscrito a la lingüística y la crítica literaria, estaba comenzando a expandirse a disciplinas tales como la hermenéutica (Paul Ricoeur), la psicología (Roy Schafer), la historiografía (Hayden White) y la antropología (Víctor Turner), entre otras.

Esa expansión, que se ha intensificado durante los últimos años, está redefiniendo profundamente los perfiles de estas ciencias. En la actualidad, el enfoque narrativo tiene significativa presencia en psicología social, historiografía, sociología y ciencias de la comunicación entre otras disciplinas; asimismo, su

influencia es cada vez más visible en distintas perspectivas teóricas, desde el pragmatismo y la hermenéutica, al postestructuralismo y el constructivismo social.

En parte, esto se debe al hecho que los autores promoviendo este abordaje están descubriendo que prácticamente todas las actividades sociales se desenvuelven a través de narrativas, desde la socialización al mantenimiento de la solidaridad grupal, y desde el desarrollo cognitivo a la planificación e implementación de políticas públicas (Maines, 1993: 20).

1. Consenso básico

Aunque distintos autores dentro de este campo disciplinario proponen distintos abordajes e ideas y practican este enfoque de variadas maneras, puede vislumbrarse una suerte de común denominador en la comprensión básica de las narrativas a las que entienden como un tipo de discurso que ubica los acontecimientos en un orden secuencial dotado de sentido, con un principio, un desarrollo y un fin (Hinchman, 1997a: xv). Más adelante vamos a ver con más detalle los distintos elementos que estructuran las narrativas; ahora presentaremos algunas proposiciones que gozan de considerable consenso entre los autores que nos ocupan y que pueden ayudar a vislumbrar las posibilidades abiertas por este enfoque (Maines, 1993: 21-2; Maines y Ulmer, 1993):

- . Dado que los seres humanos socializados son relatores de historias, sus encuentros e interacciones con otros sujetos pueden ser objeto de relatos.
- . Las diferencias de poder, situación, perspectiva, etc. producen diferencias en las versiones narrativas de los “mismos” acontecimientos.
- . Las narrativas pueden ser espacios para cooperación y consenso, o para conflicto y competencia.
- . Las narrativas existen en distintos niveles, del personal al institucional y al cultural, tienen distinta duración en el tiempo, y tienden a cambiar.

2. Psicología, historiografía, sociología

El “momento narrativo” (Maines, 1993: 17) por el que están atravesando distintas disciplinas es especialmente fructífero en la psicología social (véase Gergen y Gergen, 1997), la sociología (véase Richardson, 1990) y la historiografía (véase Himmelfarb, 1997 y White, 1987). Como ya sugeríamos, esto se debe a que los “objetos” de estas disciplinas pueden abordarse como contruidos por relatos de distintos órdenes.

Las narrativas estudiadas por distintos autores dentro de la psicología social, estarían constituidas por los relatos que contamos acerca de nosotros mismos. Constitutivas de nuestra *identidad personal*, estas narrativas resultarían activadas por la necesidad de vincular nuestras experiencias presentes con expectativas sobre el futuro y versiones del pasado. Desde este abordaje ensayado por la psicología, la identidad personal aparece como una “tarea abierta”, que puede ser revisada si las circunstancias así lo reclaman (Hinchman, 1997: xix).

Otro es el repertorio de narrativas que reciben la atención de los historiadores: son los relatos que presentan reconstrucciones del pasado histórico. Usualmente, la escritura de la historia adopta la forma de reflexiones de observadores no-comprometidos que presentan las gestas de algún sujeto o ente colectivo (a partir de la modernidad, con frecuencia los estados nacionales) a lo largo de un período de tiempo que cubre varias generaciones. Estas narrativas servirían para seleccionar y organizar elementos que pasarían así a constituir una suerte de *memoria* colectiva (Hinchman, 1997).

Por último, hay autores dedicados al estudio de colectividades que aplican el enfoque narrativo al análisis de los relatos utilizados en el proceso de formar o mantener un sentido de *comunidad*, entre los miembros de una colectividad dada. Como puede preverse, estos relatos comunitarios suelen movilizar tanto relatos personales como relatos históricos, como parte de las tareas de reforzar y legitimar ciertas solidaridades colectivas, o de debilitarlas y deslegitimarlas; tarea esta última inseparable de la formación de un sentido de pertenencia a una comunidad alternativa.

3. El giro narrativo en la investigación social

De los cuatro enfoques que venimos presentando, el enfoque narrativo es probablemente el que tiene una afinidad mayor con el constructivismo social, dado que se propone como un estilo de investigación social que tiene consecuencias decisivas no sólo a nivel teórico y metodológico sino también en lo que hace a los modelos de análisis y a las formas de reseñar y divulgar los resultados de la investigación.

Los autores que trabajan dentro de este enfoque comparten una cierta desconfianza hacia las teorías generales, a las que consideran como narraciones que intentan ocultar o tergiversar sus propias condiciones de producción. En ese sentido, no es casual que haya considerables tensiones entre el intento teórico de capturar una realidad intemporal detrás o debajo de la vida cotidiana de los actores, y el apego narrativo a esa cotidianidad (Hinchman, 1997).

Muchos metodólogos trabajando con este enfoque cuestionan los métodos cuantitativos tradicionales argumentando que no permiten la reconstrucción de

los fenómenos sociales en toda su riqueza y complejidad. Lewis Maines promueve la utilización de metodologías sensibles a la dimensión narrativa de lo social y propone concebir el trabajo de campo como una intervención en las vidas de informantes que están en parte formadas por historias aún inconclusas. Desde esa perspectiva, los criterios de “verdad” deben ser objetos de revisión, dado que si los informantes son honestos y veraces es previsible que relaten distintas historias sobre los mismos acontecimientos en distintos momentos y a distintos interlocutores (1993: 21-2).

Por su parte, en un artículo titulado “Narrativa y sociología”, Laurel Richardson (1990) afirma que la producción de textos de ciencias sociales depende de estructuras y artificios narrativos. Es decir que desde esta visión los científicos sociales aparecen como *narradores*. La autora sugiere que aunque tradicionalmente estos científicos han privilegiado los códigos lógico-científicos sobre los códigos narrativos, nunca pudieron evitar el uso de recursos literarios en su producción escrita, pues esos recursos son indispensables para la transmisión de conocimientos (: 121). Richardson concluye diciendo que es hora de reconocer que las narrativas son no sólo un tema central de las ciencias sociales, sino que también constituyen una forma de escritura y divulgación científica a través de la cual los académicos pueden poner sus destrezas y privilegios al servicio de la gente a la que estudian (: 134).

4. Nuestra presentación del enfoque

Como vemos, el enfoque narrativo se está expandiendo rápidamente en el campo de las ciencias sociales y las humanidades. Sin embargo, todavía no se lo aplica sistemáticamente en el área de investigación sobre movimientos sociales. En esta sección vamos a seleccionar algunas contribuciones teóricas provenientes de un grupo de autores cuyas ideas y conceptos permiten el estudio de nuevas dimensiones de grupos y movimientos sociales, no abordadas por los enfoques presentados en las secciones previas de este capítulo. Estos aportes facilitan herramientas teóricas que permiten analizar *las intersecciones entre narrativas personales y narrativas colectivas*, atravesando las fronteras disciplinarias que tienden a dividir la psicología individual de la historia social.

Vamos a usar una estrategia de presentación similar a la empleada en la sección anterior, concentrando la atención en 5 temas principales, seleccionados en función de su importancia para el abordaje narrativo al estudio empírico en el área que nos ocupa.

b) Estructuración narrativa

Distintos autores han ensayado diversas formas de circunscribir los componentes narrativos básicos presentes tanto en las historias colectivas como en los relatos

personales. Los autores que vamos a considerar están enrolados en la tradición constructivista y rechazan la existencia de una estructura narrativa universal, argumentando que estos componentes narrativos pueden variar en distintas sociedades y períodos (véase por ejemplo, Gergen, 1994: 189; White, 1980: 9). Con todo, sugieren que es posible circunscribir un repertorio de componentes que estarían estructurando las historias y relatos que las sociedades occidentales contemporáneas convienen en reconocer como adecuados. Si alguno de esos componentes falta, la construcción narrativa se aleja de las formas convencionales y corre el riesgo de ser considerada como “carente de sentido”. Veamos los 5 componentes siguientes:

1. *Un final cargado de valor*

Esto es lo que hace que una historia colectiva o un relato personal se presenten como la historia o el relato de un éxito o de un fracaso, como algo deseable o indeseable. Este componente de la estructuración narrativa garantiza que el recuento de los acontecimientos y experiencias colectivas o individuales tenga una dirección, un sentido, una resolución que puede valorarse positiva o negativamente (Gergen, 1994: 190). Con todo, esta exigencia narrativa no se limita al final de la historia; si el final debe estar saturado de valor, usualmente la descripción de los eventos que conducen hacia él se desenvuelve en un marco evaluativo que los va orientando hacia esa resolución final. Por ejemplo, es habitual encontrar a lo largo de un relato personal, la presencia de personajes “buenos”, claramente diferenciados de los personajes “malvados”. En definitiva, el final debe aparecer como una suerte de *corolario de un drama moral* que atañe directamente al grupo o persona protagonista central de la narrativa.

Este abordaje tiene consecuencias decisivas para la comprensión de la dinámica interna de construcción de las historias colectivas y los relatos personales. Analizando dicha dinámica, el historiógrafo Hayden White (1980: 22) argumenta que sólo cuando hay un conflicto en torno a la evaluación de ciertos acontecimientos tiene sentido narrarlos. Es decir que las historias bien narradas están internamente animadas por el esfuerzo de organizar y evaluar una serie de acontecimientos, confrontando explícita o implícitamente otras evaluaciones de esos mismos acontecimientos. Esto lleva a White a afirmar que para que un historiador asuma la autoridad de dar la “verdadera” versión de ciertos sucesos es indispensable que *sea posible al menos otra versión* de los mismos sucesos (1980: 23). Es decir que toda narración histórica suele confrontarse más o menos explícitamente con otras narraciones posibles que presentarían otras evaluaciones alternativas.

No es casual entonces que, refiriéndose al componente moral de la estructuración narrativa, el autor que nos ocupa sugiere que parece existir una

conexión muy estrecha entre *narrativizar* y *moralizar* (White, 1980: 27), incluso en aquellos casos en que el recuento histórico es presentado de manera que los “hechos” parecen “hablar por sí mismos”.

Una observación final para completar esta referencia a la dimensión evaluativa de las historias y relatos. Como sugeríamos, si bien la evaluación satura el final de la narración, difícilmente se circunscriba al mismo, y es posible explorar indicaciones de su presencia en diversos segmentos de la misma. Entre otras cosas, esto se explica porque siendo las historias y los relatos procesos interactivos, el narrador trata de “convencer” al interlocutor para que acepte su evaluación como algo justificado. En resumen, atendiendo al carácter interactivo de la narración, es razonable aceptar que el narrador apunta a inducir al interlocutor a que comparta sus propias evaluaciones, distribuyéndolas estratégicamente a lo largo del relato.

2. *Una trama*

Por lo general, el narrador conoce de antemano el final de su narración. Esto hace que sólo se incluyan los acontecimientos y experiencias relevantes para ese final. En consecuencia, puede asumirse que toda narración se estructura a partir de una selección activa de los eventos a incluir y que la masa de información excluida es enorme, por entenderla irrelevante para el desenlace narrativo (Gergen, 1994: 191). Siguiendo un razonamiento similar, White afirma que los acontecimientos presentes en una historia no están allí simplemente porque hayan ocurrido, sino porque han sido recordados, dándoles un lugar dentro de una trama (1980: 23).

Entendemos por “trama” a la red de relaciones entre acontecimientos, que los enlaza de manera tal que aparecen como partes de un todo integrado. La forma de enlace más habitual es la secuencia lineal cronológica, con tres partes claramente delimitadas: principio, desarrollo, final. Con todo, la mera sucesión de horas, días, meses y años no basta para estructurar una narrativa. Ni el desplazamiento de las agujas del reloj, ni el reemplazo de las hojas de un calendario ofrecen un relato. Tampoco la simple enumeración de acontecimientos datados tiene una estructura narrativa intrínseca. Parafraseando un ejemplo sugerido por White (1980: 11), una lista de este tipo:

- año 709. Un invierno muy crudo. Murió el Duque Godofredo.
- año 710. Año duro y mala cosecha.
- año 711.
- año 712. Grandes inundaciones.

No constituye una historia, pues si bien ostenta una sucesión cronológica y refiere algunos eventos, carece de “sentido”, de un enlace significativo entre los distintos sucesos presentados y de un final que exprese una resolución.

Agreguemos que no puede asumirse que *el orden de la trama* refleje el "orden real" de los eventos. De hecho, no es fácil demostrar que los sucesos en el mundo se presentan siguiendo un ordenamiento similar al de las historias y los relatos, con un principio, un desarrollo y un final. Y tampoco es sencillo demostrar que el tipo de registro de la lista arriba mencionada se asemeja más al "orden real" que las estructuraciones narrativas de las historias con causas y consecuencias bien encadenadas.

3. Escenario de los acontecimientos, escenario de la conciencia.

El estudio de la estructuración narrativa sugiere que, al menos hipotéticamente, las historias y relatos contienen dos "escenarios" (Bruner, 1987). Por un lado, el escenario de los acontecimientos y acciones: este es el ámbito donde la narrativa recuenta los sucesos visibles tal como se presentarían ante un observador impersonal. Por el otro, el escenario de la conciencia y los sentidos: este es el ámbito de la "subjetividad", donde la narrativa recapitula significados menos manifiestos, tales como las intenciones de los distintos personajes presentes en el relato.

En general, se espera que la estructuración narrativa muestre cierto balance entre uno y otro escenario, refiriéndose tanto a contextos, sucesos y acciones como a sentidos, intenciones y sentimientos. Sin embargo, es posible encontrar narrativas donde uno de los escenarios está considerablemente desarrollado, mientras el otro está mucho menos desplegado.

4. Direccionalidad

Uno de los autores que estamos considerando sugiere que la dirección del desenvolvimiento narrativo puede clasificarse en base a tres formas básicas: estabilidad, progreso y regresión (Gergen, 1994: 195).

La primera forma se caracteriza por un tipo de desenvolvimiento en el que la paulatina aproximación a la resolución o final no está acompañada de una alteración significativa en la evaluación. Esta es la forma típica de los relatos en que "las cosas no mejoran ni empeoran" significativamente, por lo que si el principio de la historia estaba caracterizado por una experiencia de éxito o fracaso, la misma persiste a lo largo del desenvolvimiento narrativo.

En contraste con la forma de la estabilidad, las otras dos están atravesadas ora por un desenvolvimiento positivo (forma progresiva) o negativo (forma regresiva). Asimismo, tanto las formas progresivas como las regresivas pueden adoptar patrones considerablemente variados. Por ejemplo, el desenvolvimiento gradual o repentino. Incluso, dentro de las variaciones posibles puede mencionarse el desenvolvimiento positivo seguido de un desenlace negativo y viceversa (Gergen, 1987: 196). Con todo, salvo los relatos de "conversión" personal que suelen

caracterizarse por un rápido desenlace de signo positivo (más adelante volveremos a ellos), la estructuración narrativa habitual se caracteriza por la estabilidad o las formas progresivas o regresivas de desenvolvimiento gradual.

5. El narrador

Este último componente de la estructuración narrativa es especialmente importante en los relatos de vida personal. Toda narrativa requiere un lugar desde el cual se estructura el desenvolvimiento de los sucesos y los significados asociados a ellos. En el caso de los relatos antes mencionados ese lugar está ocupado por el propio narrador y se va construyendo y afianzando en el proceso mismo de la narración. Con todo, en distintos relatos, *la posición* de los narradores puede variar de un relato a otro (y a veces varía también dentro del mismo relato), apareciendo ora como protagonistas centrales, ora como víctimas considerablemente pasivas, ora como observadores no muy comprometidos, etc. (Sluzki, 1992).

Además de variaciones en la posición también es factible encontrar significativas variaciones en *la actitud* asumida por el narrador. En tal sentido, son frecuentes los relatos donde el narrador aparece profundamente identificado con roles y expectativas de conducta establecidas; pero también pueden hallarse relatos que nos presentan un narrador fuertemente individualizado que resiste y hasta trasciende los patrones de conducta dominantes (Bruner, 1987: 19). Pero esto ya nos acerca al tema del próximo apartado.

c) Identidad narrativa

Las contribuciones más importantes a la noción de identidad narrativa provienen de autores enrolados en la hermenéutica (especialmente Paul Ricoeur, 1988 y 1992), las corrientes sociales y cognitivas dentro de la psicología (Jerome Bruner 1986 y 1990; Kenneth Gergen, 1991 y 1994) y ciertas corrientes terapéuticas (White, 1995; Epston y White, 1992; Sluzki, 1992). Esta noción abre un nuevo espacio de análisis proponiendo que una de las funciones centrales de las narrativas es permitir la construcción y el mantenimiento de un sí mismo (*self*) y su presentación a otros sujetos. Asimismo, permite repensar desde una nueva perspectiva un tema recurrente en las ciencias sociales: la índole de los lazos que vinculan los sujetos individuales con lo social. En tal sentido, el abordaje narrativo a la identidad individual concibe su gestación como algo que se opera a partir de los lenguajes y relatos disponibles en el medio social donde se desenvuelve el sujeto.

Ricoeur (1988 y 1992) ha analizado las conexiones entre identidad personal y narrativa, argumentando que los sujetos forjan un *self* construyendo, reconstruyendo e incluso rectificando relatos propios o ajenos sobre experiencias pasadas y

convirtiéndolos en parte de su propia historia personal. Estas construcciones adoptan la forma de relatos de vida. Dichos relatos pueden concebirse como respuestas, considerablemente largas, a la pregunta por el “quién”. Según Ricoeur (1992), la propia identidad del quién no es más que una identidad narrativa.

Desde esta nueva perspectiva, la estructuración narrativa permite la constitución de un tipo de identidad que combina elementos de permanencia y elementos de cambio en el despliegue de un relato de vida personal. En tal sentido, los componentes básicos de dicha estructuración aparecen como funciones de un *self* que requiere un sentido de continuidad, cambio y desenvolvimiento a través del tiempo (Ricoeur, 1992: 117; Gergen y Gergen, 1997).

Los rasgos específicos de dicho *self* son en parte adquiridos a través de identificaciones con valores, modelos y personajes que gozan de reconocimiento social. Esto explica que en muchos casos la pregunta por el “quién” resulta respondida como si fuera una pregunta por el “qué soy” (: 122), suministrando como respuesta la descripción de un rol, un oficio, una posición social adscripta (por ejemplo, “Soy una mujer, madre de tres hijos y obrera textil”).

Estos abordajes constructivistas a las narrativas personales en tanto forjadoras de un *self* navegan entre una perspectiva de la historia personal como una *historia fáctica* hecha de eventos “objetivos” y una perspectiva de dicha historia como una *ficción* producto de la imaginación. A su vez, esto se conecta con los debates acerca del estatuto de la información suministrada por esas narrativas. Las posturas “realistas” cuestionan hasta dónde estas narraciones personales refieren a sucesos reales, o incluso hasta qué punto lo que el narrador dice es realmente lo que piensa.

Asumiendo la perspectiva del constructivismo social, consideramos preferible evitar las discusiones en términos puramente especulativos y concentrarnos más bien en análisis con apoyo empírico orientados al estudio de los modos a través de los cuales la identidad del narrador se construye a través del relato de vida. En efecto, la indagación sobre los procesos específicos de construcción del *self* (el “cómo”) y sobre las características más sobresalientes de los mismos (el “qué”) es más compatible con el estilo de investigación constructivista que las preguntas acerca de la índole última del *self* (¿una realidad material y biológica, una ficción socio-cultural?). Con estas ideas en mente, ahora vamos a seleccionar y parafrasear algunas contribuciones provenientes de un trabajo reciente de los Gergen (Gergen y Gergen, 1997: 161-184).

1. La construcción de la identidad personal

Como venimos sugiriendo, los teóricos narrativos conceptualizan al sí mismo (*self*) como una entidad proteica continuamente formada y modelada a través de relatos.

La identidad personal está organizada a través de relatos que entrelazan acontecimientos relevantes para el sujeto a través del tiempo, en un intento orientado a construir coherencia y continuidad a través de los cambios experimentados en la vida personal.

En contraste con abordajes que ven a las narrativas personales como entidades relativamente autónomas capaces de gobernar al sujeto individual, gravitando significativamente sobre sus acciones, los Gergen adoptan un sesgo pragmático y ven al sujeto como un agente efectivo con capacidad para la construcción activa de la propia concepción de sí mismo (: 162). Según ellos, los individuos no consultan a sus narrativas personales en busca de información, sino que se las utilizan para un amplio repertorio de propósitos, desde la justificación de sus propias acciones y de los patrones de conducta y valores socialmente establecidos, a la crítica y el cuestionamiento de estos últimos.

Con este abordaje pragmático y, como veremos enseguida, social e interactivo, los autores se distancian de los tratamientos de la identidad personal como una condición mental, un estado anímico o un estadio en la evolución psicosocial del sujeto. Los Gergen argumentan que la “madurez”, por ejemplo, no es un estado interno del sí mismo, sino la capacidad de un sujeto de comprenderse de esa manera y, sobre todo, de comunicar esa comprensión a otros (: 173). Comprobamos así cómo este abordaje se aleja de las visiones del *self* como un ente intra-psíquico y se orienta al análisis de la identidad como una construcción interactiva.

2. Formación narrativa e interacción

Según los Gergen, sería erróneo analizar la formación de las narrativas personales como si sólo comprometieran al sujeto protagonista; los autores afirman que ese análisis debe expandirse al *elenco de personajes* que rodean a dicho sujeto, dado que los relatos de vida personal no sólo entretienen las acciones de dicho sujeto a través del tiempo, sino también sus interacciones con otros (: 177). El énfasis interaccionista es indudable en este tratamiento de las acciones de los otros como parte integral de las acciones del sujeto.

Los Gergen avanzan con este abordaje interaccionista afirmando que si bien el sujeto tiende a otorgarse a sí mismo la prioridad cuando se trata de definir quién es, cuál es su identidad y por qué hizo lo que hizo, necesita con todo obtener de los otros cierta confirmación de sus propias definiciones y esto lo pone en una situación de interdependencia, que puede ser considerablemente precaria. Esto a su vez, abre un nuevo espacio de análisis, dirigiéndolo ahora al estudio de las formas de *reciprocidad en la negociación del sentido* (: 178).

Esto lleva a los autores a conceptualizar las narrativas personales como un entretrejo en el que las narrativas de un sujeto se entrelazan con las narrativas de otros sujetos significativos en la vida del primero, en un proceso a través del cual las construcciones de unos y otros se incluyen y refuerzan mutuamente. Desde esta óptica se pueden analizar los fenómenos de reciprocidad de roles en relaciones micro-sociales de parentesco, amistad, trabajo, etc.

Según los Gergen, esta conceptualización no sólo arroja una nueva luz a los procesos de construcción de roles recíprocos sino que también permite vislumbrar su fragilidad y explorar las dinámicas que pueden desencadenarse en situaciones de falta de reciprocidad: en efecto, cuando los sujetos de determinada co-construcción narrativa se apartan de sus roles predeterminados se puede esperar una degeneración de las narrativas previas, una crisis de las creencias previamente sostenidas, e incluso un quiebre cognitivo y una bancarrota de la noción de realidad vigente hasta ese momento (: 179 y nota 28).

3. La articulación entre narrativas personales y narrativas colectivas

Según los Gergen, las narrativas personales nunca existen totalmente encapsuladas y el tejido que entrelaza las narrativas de los sujetos inmersos en interacciones significativas siempre es objeto de modelado social (: 176). A partir de esta idea, los autores analizan dos temas con la pretensión de explorar la presencia de narrativas colectivas, o “macro-narrativas”, en la construcción de narrativas personales.

Por un lado, los sujetos individuales poseen un repertorio más o menos amplio de formas narrativas adquiridas en el curso de su socialización (: 170); la disponibilidad social de esas formas les permite “dar sentido” y construir distintos relatos sobre sus relaciones sociales y experiencias cotidianas. Dado que los autores asumen una postura de corte pragmático y enfatizan el carácter de los sujetos como constructores activos, no es extraño que conciban esas formas adquiridas como *técnicas e instrumentos* que una socialización efectiva debería suministrar para que los sujetos puedan construir sus experiencias vitales de múltiples modos (: 170).

Por el otro, dado que las mismas experiencias vitales pueden insertarse dentro de distintas perspectivas temporales, un sujeto tiene la posibilidad de ubicar sus experiencias cotidianas en un relato que cubra desde unas pocas horas o días hasta un largo período que se extienda muy atrás en el tiempo, haciendo de “esta experiencia personal” un segmento de la historia de todo un grupo étnico, por ejemplo. En relatos personales como los del ejemplo anterior, las narrativas colectivas del grupo tienen considerable importancia, dado que suelen suministrar los temas fundamentales a partir de los cuales se construyen las narrativas personales de los miembros (: 172). En este y otra infinidad de casos, los autores consideran que es

habitual hallar que las narrativas personales “*anidan*”, en otras narrativas colectivas, que pueden ser las de un grupo étnico, pero también las de un grupo profesional o familiar, siendo frecuente encontrarse con narrativas personales encastradas simultáneamente en varias narrativas colectivas.

d) Práctica narrativa

En un trabajo reciente, dos autores utilizan un abordaje narrativo para ensayar análisis microsociológicos de los procesos de construcción de la identidad personal a través de relatos (Gubrium y Holstein, 1998). Este abordaje es importante porque permite combinar el análisis de la estructuración interna de las narrativas con un análisis que atiende a la narración como *una actividad práctica contextualizada* que se desenvuelve en situaciones sociales e institucionales que la condicionan.

En efecto, los autores incluyen en su caracterización de la “práctica narrativa” tanto la actividad de relatar una narración, como los recursos movilizados durante esa actividad y las situaciones socio-institucionales donde se desenvuelve el relato (Gubrium y Holstein, 1998: 164).

Una de las ideas centrales es que distintas organizaciones suministran marcos narrativos para la construcción de los relatos sobre experiencias personales. Esos marcos seleccionan qué es lo que debe considerarse importante en esas experiencias y explican por qué dichas experiencias se desarrollaron de la manera que lo hicieron. Según los autores, con este tipo de operación, las organizaciones incentivan a los sujetos a narrar relatos afines con los valores y objetivos de dichas organizaciones (: 164). Se explica entonces la necesidad de atender al componente situacional mencionado más arriba, dado que es razonable pensar que los miembros de distintas organizaciones tenderán a construir relatos personales distintos. En el último apartado de esta sección volveremos sobre este tema para ampliarlo un poco más.

Sin embargo, Gubrium y Holstein, siguiendo en esto un perfil de análisis similar al de los Gergen, no están dispuestos a sugerir que los sujetos individuales reproducen automáticamente los marcos narrativos de las organizaciones. Por eso consideran importante atender a otros componentes de la “práctica narrativa”. Ni la cultura global ni la cultura organizacional determinan cómo distintos sujetos, en la misma situación, van a construir su propia narrativa. Esto se explica porque los narradores suelen tener considerable *control* sobre la actividad de narrar un relato personal.

Por ejemplo, el narrador suele decidir desde qué perspectiva va a hacer el relato. Esto está indicado por el hecho que muchos narradores se detienen a pensar y evaluar distintas alternativas antes de desarrollar el relato en una dirección dada. Como argumentan los autores que nos ocupan, el narrador no es sólo un “*autor*”

sino también un “*editor*”, que monitorea, modifica y revisa el relato a medida que el mismo va emergiendo (: 170).

Al abordar las narrativas como prácticas sociales, Gubrium y Holstein apuntan a mostrar que dichas narrativas están condicionadas por las circunstancias y, al mismo tiempo, son activamente construidas por los narradores.

Este tipo de abordaje permite, entre otras cosas, reintroducir la cuestión acerca de la identidad del narrador incluyendo nuevos elementos conceptuales. Hasta ahora, sugeríamos que la identidad personal se forja a través de una construcción narrativa. A partir de la contribución que estamos considerando, se puede explorar con más profundidad *la autoría* de dicha construcción. En efecto, los autores argumentan que si bien en cierto nivel es obvio que el relato pertenece al narrador, en otro nivel cabe preguntarse por la contribución de las condiciones locales institucionales a la autoría de dicho relato (1998: 178).

e) Transformaciones narrativas: de “víctimas” a “activistas”

En esta sección exploramos un abordaje teórico ensayado por autores enrolados en la corriente de la terapia narrativa (especialmente Michael White, David Epston y Carlos Sluzki). Principalmente, nos interesa analizar posibles patrones narrativos asociados a los procesos de transformación que llevan de *las narrativas de la victimización a las narrativas del activismo*: de los relatos saturados de problemas y de pasividad a los relatos donde hay una separación entre el sí mismo y el problema tal que permite al sí mismo presentarse como un sujeto orientado a la acción.

Por consiguiente, las siguientes reflexiones se centran en el análisis de un tipo particular de narrativas personales: aquellas que giran en torno al relato de una experiencia de vida marcada por un problema. Como veremos, al centrar la atención en este grupo específico de narrativas es posible formular algunos patrones de transformación, aunque los mismos tengan un cierto carácter hipotético; algo que sería mucho más difícil de proponer si tratáramos de cubrir un espectro más amplio de transformaciones narrativas.

1. Dimensiones de transformación

Algunas transformaciones narrativas se caracterizan por cambios en *la dimensión temporal* (Sluzki, 1992: 222) del problema. Dentro de la diversidad de modificaciones en esta dimensión, el patrón de cambio más marcado está representado por el desplazamiento de un relato donde el problema es presentado como una realidad ahistórica (sin origen, evolución ni variaciones en intensidad o gravedad) a un relato donde la dimensión histórica del problema está presente de una manera mucho más articulada.

Puede haber otras transformaciones narrativas que se caractericen por cambios en *la dimensión espacial*. En general, se espera que los relatos ubiquen las experiencias personales en un contexto. Sin embargo, es posible que en la narración los problemas aparezcan descontextualizados (Sluzki, 1992: 223), es decir desprovistos de factores, circunstancias o incluso causas. Una dirección posible de transformación es que las nuevas narrativas presenten dichos problemas en un contexto. A su vez, las descripciones de dicho contexto pueden contener factores impersonales o atribuciones de responsabilidad a ciertos sujetos, reputados como los “causantes” de los problemas en cuestión. Ya volveremos sobre esto.

Hasta ahora hemos explorado posibles transformaciones narrativas sobre dos dimensiones: la temporal y la espacial. La exploración sugiere que la dirección de las transformaciones procede de caracterizaciones ahistóricas y descontextualizadas a presentaciones donde los problemas tienen una dimensión histórica y un contexto. Si nos atenemos a los componentes de la estructuración narrativa antes mencionados, puede razonarse que la dirección de las transformaciones tienden a realizar algunos de esos componentes. Esto estaría confirmado por la experiencia terapéutica, que parece indicar que cuanto más oportunidades tiene un sujeto de narrar sus experiencias personales con un problema, más situado aparecerá dicho problema en las coordenadas de un despliegue y un contexto.

Vayamos ahora a otra variante de transformación. Puede que una narrativa personal presente el problema como un resultado de determinadas causas y que un cambio en *las causas atribuidas* (Sluzki, 1992: 224) a dicho problema genere una nueva construcción narrativa. Dentro de la estructura narrativa, la atribución de causas a determinado problema es una operación compleja, dado que lo que en determinada narrativa aparece como “causa” en otra puede aparecer como “efecto”, y esto a su vez suele estar asociado a una redefinición de la índole misma del problema. Por ejemplo, a través de distintas variaciones narrativas un mismo sujeto puede presentar su condición de pobre, ora como un problema, ora como una causa de otros problemas ora como un efecto de acontecimientos impersonales o de acciones injustas.

Acaso una de las transformaciones narrativas más significativas analizadas por Carlos Sluzki sea el cambio en *la evaluación básica* que atraviesa al relato (1992: 225). Como veíamos más arriba, uno de los principales componentes de la estructura narrativa es la evaluación que carga al final y atraviesa a otras fases del relato. Usualmente, los cambios en dicha evaluación están conectados a otros desplazamientos y transformaciones narrativas, tales como los referidos a la atribución de causas y responsabilidades. Esto a su vez tiene un impacto en la identidad del sujeto que puede, por ejemplo, dejar de construir el relato de “una víctima” para comenzar a construir el relato de “una sobreviviente”.

Los patrones de transformación presentados suelen estar asociados con transformaciones en *la posición del narrador* (Sluzki, 1992: 226) en el relato de experiencias que hacen a su propia persona. Como es previsible, la dirección de las transformaciones que conducen de la posición de "víctima" a la posición de "activista" está asociada a la sustitución de un relato en el que el narrador aparece como un objeto pasivo de las acciones de otros, a un relato donde el narrador se presenta como un agente activo.

Sluzki amplía su análisis introduciendo la combinación "problema-solución" y proponiendo cuatro alternativas posibles (1992: 227).

Primero, aquellas narrativas personales en las que el problema (y sus causas) es externo al narrador y la solución al mismo no depende de dicho narrador sino de circunstancias también externas tienden a ser relatos de experiencias de *impotencia personal*.

Segundo, las narrativas que ubican el problema como interno al sujeto y la solución como externa al mismo, suelen estar asociadas con relatos acerca de la esperanza en la aparición de un *salvador providencial*.

Tercero, las narrativas que definen el problema y la solución como internas al sujeto tienden a ser relatos con corolarios morales marcados por la culpa y *la falta de esperanza*.

Finalmente, cuando los relatos construyen el problema como externo al narrador y presentan la solución como algo que dicho narrador tiene al menos en parte bajo su control nos encontramos usualmente con historias de narradores que adoptan posiciones *activistas*.

2. Externalización

Siempre dentro del marco de este abordaje teórico, hay algunos terapeutas trabajando dentro de la corriente narrativa que han acuñado la noción de "externalización" para referirse a un tipo de intervención terapéutica que induce en ciertos clientes la construcción narrativa de una separación entre sus identidades personales y los problemas que las afectan (White, 1992; O'Hanlon, 1994; Tomm, 1989).

La mencionada intervención consiste en explorar hasta qué punto las formulaciones iniciales del problema "saturan" y "contaminan" distintas áreas de la vida del sujeto. Luego de esa exploración, la intervención apunta a estimular reformulaciones que externalicen el problema y eventualmente que lo "personifiquen" en una entidad que trata de tentar al sujeto y mantenerlo bajo su influencia. Por ejemplo, en una fase avanzada de la intervención, un terapeuta puede pedirle a su cliente que le cuente qué hizo durante la última semana para evitar las trampas que le suele tender "Anorexia" (O'Hanlon, 1994: 25).

Las perspectivas teóricas que venimos presentando permiten abordar los microprocesos de transformación personal más allá de los límites de la práctica terapéutica, dado que no existen distinciones tajantes entre las narrativas personales y las narrativas colectivas. En tal sentido, las narrativas producidas por grupos y movimientos suelen tener una función clave en la reconstrucción de las narrativas personales de sus miembros y seguidores. Precisamente, este es el tema que vamos a presentar en el último apartado de esta sección.

f) Los grupos como comunidades narrativas

Como vimos al presentar la noción de "práctica narrativa", hay autores que argumentan que la construcción de narrativas personales está parcialmente condicionada por las situaciones socio-institucionales (Gubrium y Holstein, 1998). Según las perspectivas que venimos desarrollando en estos apartados, las narrativas personales no se crean de la nada, sino que se construyen a partir de relatos familiares y colectivos que ya han sido construidos y negociados en los grupos en los que dichos sujetos están insertos. En sus construcciones, dichos sujetos utilizan un repertorio más o menos complejo de relatos colectivos disponibles que les facilitan tanto una suerte de *vocabulario* como ciertos *principios de coherencia* que hacen sus narrativas comunicables. Por otro lado, como veíamos más arriba, las narrativas grupales no se imponen a los sujetos de manera automática y es factible que distintos sujetos se apropien de las mismas de manera más o menos diferenciada.

En este último apartado vamos a presentar algunas contribuciones que ensayan un abordaje narrativo de los grupos, suministrando un repertorio de ideas que, entre otras cosas, amplían las perspectivas desarrolladas en apartados previos. Como veremos, entidades tales como los grupos de auto-ayuda, y por extensión distintos grupos de protesta y movimientos, pueden entenderse como *comunidades narrativas* que tienen una función decisiva en la remodelación de las narrativas personales de sus miembros o adherentes.

En un estudio sobre grupos de auto-ayuda, Julian Rappaport sugiere que dichos grupos suelen caracterizarse por forjar un relato acerca de sí mismos, sus orígenes y sus objetivos (1993). Asimismo, el autor argumenta que con este abordaje, la pertenencia de los miembros al grupo puede ser entendida como una forma de insertarse y vivir en una *comunidad alternativa* (: 240). La idea es que estos grupos pueden entenderse como comunidades que tienen narrativas que versan tanto sobre sí mismas como sobre sus miembros, suministrando patrones normativos que estructuran las experiencias de los mismos (: 246).

Con todo, es posible que haya grupos que carecen de una narrativa colectiva; son grupos que no tienen una construcción articulada acerca de la pertenencia a

una historia, una tarea y unos fines compartidos por todos los miembros del grupo. Pero cuando esa narrativa existe suele relatársela repetidas veces, en interacciones entre miembros activos o entre estos y miembros potenciales, apareciendo también en materiales escritos usados para discusión, estudio y reflexión (: 245).

Los grupos ofrecen a los miembros un rol que desempeñar y en aquellos grupos en los que hay más roles que miembros, estos últimos tienen la oportunidad no sólo de ser ayudados, sino también de ayudar (: 243).

El autor que nos ocupa descubre significativas similitudes en las narrativas de los miembros, consistentes con los materiales escritos antes mencionados. Rappaport explora algunas formas en que los grupos se abren paso en la vida de sus miembros, incentivando nuevos relatos personales y nuevas identidades.

Por un lado, las narrativas colectivas promovidas por los grupos de auto-ayuda incentivan a sus miembros a plantearse y responder preguntas que hacen a su identidad personal y a la posible transformación de la misma: ¿Quién soy? ¿Cuál es mi grupo de pertenencia? ¿Quién puedo llegar a ser? ¿Cuáles son los obstáculos para esta transformación? ¿Cuáles son los factores que la favorecen? (Rappaport, 1993: 246).

Por el otro, algunos grupos promueven esas narrativas a través de *testimonios personales* (: 245) presentados por miembros activos que relatan sus experiencias personales como un medio para comunicar la narrativa colectiva del grupo. Operando como relatos de experiencias ejemplares, dichos testimonios suelen constituir un significativo estímulo para que los miembros recién llegados se apliquen a la producción de nuevas historias de conversión personal que dividen sus vidas en un “antes” y un “después” claramente puntuado.

En algunos pasajes de su trabajo sobre la “práctica narrativa”, Gubrium y Holstein ensayan un análisis muy elaborado de los intercambios en contextos grupales del tipo de los que venimos presentando (1998). Dirigiendo la atención a las distintas operaciones utilizadas por ciertos grupos y organizaciones para modelar los relatos de vida de sus miembros, clientes o seguidores, los autores señalan la existencia de todo un repertorio de estrategias organizacionales.

Los grupos de apoyo, mediante coordinadores, expertos visitantes, o miembros más establecidos ensayan un *monitoreo sustantivo* de los relatos personales ensayados por nuevos miembros (: 174). Dicho monitoreo, a través de preguntas, clarificaciones y meta-codificaciones (reinterpretaciones del sentido propuesto inicialmente por el narrador) va encauzando la construcción de los relatos. Esto explica que los miembros de ciertos grupos presenten relatos con principios, desarrollos y finales formal y substantivamente similares (por ejemplo, “descenso, reconocimiento y recuperación”). Con todo, es posible encontrar otros grupos que incentivan formatos narrativos menos cristalizados y rígidos.

Por otra parte, las organizaciones que usan *cuestionarios formales* tienden a seleccionar y pre-determinar las líneas temáticas de los relatos personales de una manera todavía más rígida. En sus formas más extremas, el uso de estos cuestionarios bloquea el desarrollo narrativo y lo substituye por un repertorio de respuestas truncadas (: 175).

Al final del trabajo, los autores discuten algunas implicancias del abordaje que proponen. Entre otros temas, Gubrium y Holstein señalan que como consecuencia de la producción narrativa de este tipo de grupos se está produciendo una *de-privatización* acelerada de las narrativas personales (1998: 180). Como consecuencia de la cual la autoría de las mismas se desplaza de la producción individual a instancias colectivas y espacios públicos más amplios.

Para finalizar con este apartado sobre los grupos como comunidades narrativas agreguemos que estos grupos proveen a sus miembros con una *audiencia* que acompaña sus luchas íntimas y brinda un *anclaje* una vez que los cambios se han operado para que los mismos puedan mantenerse. Esta perspectiva ilumina, desde un ángulo nuevo, la dimensión social interactiva de las narrativas personales. Una narrativa es un relato que alguien le cuenta a algún otro. Pero una vez que se ha construido la nueva narrativa personal una audiencia es todavía necesaria para sellar y legitimar esa nueva construcción que de lo contrario sería demasiado frágil para poder sostenerse. En efecto, la indicación más acabada de la estabilidad de una transformación personal, es la inserción del sujeto en una nueva comunidad narrativa, dado que sólo en el seno de la misma puede dicho sujeto ensayar nuevas interacciones y nuevos roles.

g) Algunas orientaciones para la investigación empírica

En los párrafos siguientes retomamos algunos conceptos e ideas presentados más arriba, conectándolos con temas de investigación empírica relacionados con ellos y complementándolos con algunas reflexiones puntuales de cuño metodológico.

1. Tensión entre el cómo y el qué

Esta es una buena oportunidad para retomar la distinción entre “el qué” y “el cómo”, aplicándola ahora a la diferencia entre el estudio de ciertos temas dentro de las narrativas personales (el qué) y el estudio de las formas en que esos contenidos están construidos y organizados dentro de una narrativa dada (el cómo).

Consideramos que el investigador dedicado al análisis cualitativo de información recolectada en textos provenientes de entrevistas donde el uso de relatos es central debe estar en condiciones de explorar tanto “el qué” es lo que dichos relatos dicen como “el cómo” se construyen esos contenidos a través de los patrones de organización de los relatos. Esa doble perspectiva es central al estilo de investigación constructivista y apunta a establecer una tensión entre la

descripción de la realidad tal como aparece en lo que los sujetos dicen (“el qué”) y la exploración de los modos en que dicha realidad es construida (“el cómo”).

2. La unidad empírica del texto y la diversidad de interpretaciones

La base de los análisis narrativos son textos provenientes de conversaciones y entrevistas individuales y grupales (desgrabaciones). Aunque dichos textos suministran una unidad empírica inmediatamente visible, siempre es posible preguntarse acerca de la contribución del investigador al objeto investigado, en este caso a las narrativas personales fijadas en el texto.

En contraste con las metodologías de cuño positivista que pretenden eliminar la contribución del experimentador al objeto del experimento, la mayoría de los investigadores narrativos argumentan que siempre hay una brecha entre texto y sentido y que el intérprete debe tener una cierta precomprensión del texto para poder analizarlo.

Cabe entonces preguntarse cuáles serían las consecuencias de esta postura para la evaluación de las interpretaciones producidas por los análisis narrativos. Por una parte, conviene recalcar que las interpretaciones (tanto de la gente común como de los investigadores) están en parte configuradas por los propósitos e intereses que tienen los sujetos al ensayar la interpretación. En nuestro caso, el tipo de temas y preguntas que tratamos de investigar orientarán las interpretaciones que intentemos.

Por el otro, las interpretaciones deben legitimarse, entre otras cosas, indicando cuáles son los elementos en el texto que sustentan dichas interpretaciones. Este procedimiento abre el espacio de la crítica académica y una vez abierto dicho espacio es posible que algunas interpretaciones tengan más dificultades que otras para sostenerse ante esa crítica.

3. Narrativa personal, crónica, estilos interactivos

Una de las formas habituales de distinguir entre “narrativa personal” y “crónica” es señalar el contraste entre el carácter intimista y evaluador de la primera y el carácter distante y neutro de la segunda. Pero esta distinción también puede entenderse como referida a estilos interactivos, al punto que un cambio en la actitud del entrevistador y de las preguntas que éste haga pueden invitar al entrevistado a desplazarse de la narrativa a la crónica o viceversa.

Si bien es cierto que distintos tipos de relatos se caracterizan por tener distintos contenidos y requerir distintos estilos de exposición, es razonable pensar que distintos interlocutores y distintas actitudes en un mismo interlocutor estimulan la exposición de distintos contenidos. Por ejemplo, si un policía, un juez y una asistente social entrevistan separadamente a una mujer golpeada invitarán a la misma persona a construir distintos relatos de la misma experiencia.

4. Popularización de narrativas expertas; de-privatización

Narrativas tan disímiles como las organizadas en torno a la astrología, el psicoanálisis y el feminismo pueden coexistir dentro de una misma narrativa personal. Por supuesto, en la mayoría de los casos más que de narrativas personales acabadas, se trata de vocabularios fragmentarios y de formas de coherencia frágiles, si se los compara con los que podrían ofrecer *los expertos* en esos campos. Con todo, cuando esas formas de coherencia narrativa se estabilizan en un *sentido común* suelen adquirir considerable solidez.

Esto abre nuevos temas de análisis, tales como el estudio del impacto que (la) *popularización* de los relatos expertos tiene sobre las narrativas personales, y los modos de relación (diacrónica y sincrónica) de esas versiones popularizadas con otros relatos familiares y colectivos. Asimismo, puede ser interesante analizar algunas claves de apropiación de ciertos contenidos expertos en las narrativas personales.

Especialmente importante en el análisis de dicho impacto es la evaluación del mismo en términos de la posible *de-privatización* de algunas experiencias. Por ejemplo, puede explorarse si la apropiación de algunos elementos de las narrativas feministas, lleva a ciertas mujeres a rectificar narrativas personales previas, substituyendo lo que aparecía como la singularidad de una experiencia íntima, por la experiencia social de “la subordinación a un orden patriarcal”.

5. Narrativas personales saturadas de problemas

Una de las orientaciones para el análisis del tipo de narrativas personales que nos ocupan en estos apartados apunta a explorar el grado de saturación y contaminación del relato por el problema social que moviliza a los afectados por el mismo. Es posible diseñar una entrevista semi-estructurada con algunas preguntas que faciliten esta exploración. Una de las posibilidades es elaborar preguntas que estimulen relatos acerca de los modos en que el problema afecta distintas áreas de la vida cotidiana del sujeto, para poder a partir de ellos ensayar una suerte de mapeo del problema.

Asimismo, puede indagarse si el problema tal como está presentado en la narrativa personal tiende a tener una existencia plural (problemas) con caracterizaciones (contenidos, causas, etc.) relativamente independientes entre sí o aparece como una entidad única aunque tenga expresiones diversas. El estudio de las narrativas del activismo parece dar sustento a la hipótesis según la cual estas narrativas se caracterizarían por presentar *problemas ramificados* pero con *raíces en común*.

6. Transformación narrativa y reconstrucción de “otra historia”

El estudio de las luchas sociales de grupos sometidos a formas de opresión prolongadas en el tiempo y diseminadas en múltiples sectores de la vida colectiva

suele mostrar que estos grupos se esfuerzan por mantener viva y presente "otra historia". Con el uso de conceptos provenientes del enfoque narrativo se pueden analizar algunos micro-procesos de transformación personal que muestran otra dimensión de ese mismo fenómeno.

Como venimos viendo, los problemas pueden estar mantenidos y reforzados por ciertas narrativas que llamaríamos de las víctimas. Esto no supone hacer a la víctima responsable de su condición, sino que sugiere que la opresión tiende a dejar una marca en la identidad de los oprimidos.

Cuando se produce una transformación narrativa que lleva al sujeto a separar su propia identidad del problema que lo afecta, es razonable pensar que dicho sujeto comenzará a indagar activamente en su propio pasado en búsqueda de acontecimientos y sentidos que habían estado sumergidos o distorsionados por la narrativa previa. Es decir que aquí la hipótesis es que entre los cambios asociados a una transformación en la narrativa personal puede esperarse que el sujeto comience a recordar otro pasado y a reconstruir otra historia.

7. *¿Uso de las narrativas personales como materias primas?*

El análisis de las interacciones entre las narrativas colectivas promovidas por los grupos y movimientos y las narrativas personales que traen los sujetos que comienzan a militar en ellos abre un vasto campo de investigación donde pueden estudiarse una cantidad de cuestiones.

Probablemente, los llamados "lavados de cerebro" de algunas organizaciones del tipo de la secta religiosa representen el caso extremo de imposición de una narrativa colectiva sobre las narrativas personales de los miembros, al punto que estas últimas parecen perder toda sustancia íntima; no es casual que en esos casos esos sujetos suelen producir en otros la sensación de que "carecen de un sí mismo".

Pero sin ir a esos casos extremos, es frecuente que los miembros activos de un grupo incorporen los principales elementos de la narrativa grupal como una manera dar coherencia a sus narrativas personales y por ende, a su propia identidad. Esto puede estar indicando que en mayor o menor medida, el grupo ha remodelado esas narrativas, utilizándolas como *una materia prima* sobre la cual imprimir nuevos contenidos.

En todo caso, el análisis podría orientarse a explorar los procesos a través de los cuales estas narrativas grupales se abren paso hasta los nuevos miembros (o más específicamente, qué contenidos dentro de ellas son los que se abren paso). Asimismo, también puede estudiarse cuáles son los relatos familiares y colectivos presentes en una narrativa personal dada que ofrecen *mayor resistencia a esa penetración* de la narrativa grupal.

BIBLIOGRAFIA

ASH-GARNER, R. y ZALD, Mayer (1987). The political economy of social movements. En Mayer Zald y John McCarthy (eds.). **Social movements in an organizational society**. New Brunswick, NJ: Transaction Books.

BARTHES, Roland (1977). **Image-music-text**. Glasgow: Williams Collins.

BAUMEISTER, R. et al. (1990). Victim and perpetrator account of interpersonal conflict: autobiographical narratives about anger. **Journal of Personality and Social Psychology**, 59:994-1005.

BERGER, Peter y LUCKMAN, Thomas (1967). **The social construction of reality: A treatise on the sociology of knowledge**. Garden City, NY: Doubleday.

BEST, Joel (1987). Rhetoric in claims-making: constructing the missing children problem. **Social Problems** 34:101-121.

BEST, Joel (ed.) (1989). **Images of issues: typifying contemporary social problems**. Chicago: Aldine.

BEST, Joel (1999). **Random violence: how we talk about new crimes and new victims**. Berkeley: University of California Press.

BHABHA, H. (1990). **Nation and narration**. London: Routledge.

BLUMER, Herbert (1969). **Symbolic interactionism**. Englewood Cliffs, NJ: Transaction Books.

BRUNER, Jerome (1986). **Actual minds, possible worlds**. Cambridge, MA: Harvard University Press.

BRUNER, Jerome (1987). Life as a narrative. **Social Research** 54: 11-32.

BRUNER, Jerome (1990). **Acts of meaning**. Cambridge, MA: Harvard University Press.

BRUNER, Jerome (1991). The narrative construction of reality. **Critical Inquiry**, 18:1-21.

BUECHLER, Stephen (1995). New social movement theories. **The Sociological Quarterly**, 36(3).

BURR, Vivian (1995). **What is social constructionism?** London: Rutledge.

BUTLER, Judith et al. (2000). **Contingency, hegemony, universality: contemporary dialogues on the left**. London: Verso.

CAIN, C. (1991). Personal stories: identity acquisition and self-understanding in Alcoholics Anonymous. **Ethos**, 19(2):210-251.

CERULO, Karen (1997). Identity construction: new issues, new directions, **Annual Reviews, Sociology**, 23:385-409.

CLARK, Jon y DIANI, Marco (eds.)(1996). **Alain Touraine**. Washington, DC: Falmer Press.

COHEN, Jean (1985) Strategy or identity: New theoretical paradigms and contemporary social movements, **Social Research**, 52(4):663-716

CORTAZZI, Martin (1993). **Narrative analysis**. London: Falmer Press.

DEAN, Ruth y RHODES, Margaret (1998). Social constructionism and ethics: what made a "better story"? **Families in Society**, 79(3): 254-262

DERRIDA, Jacques (1976). **Of grammatology**. Baltimore, MD: John Hopkins University Press.

DERRIDA, Jacques (1978) **Writing and difference**. Chicago: University of Chicago Press.

EISINGER, Peter (1973). The conditions of protest behavior in American cities, **American Political Science Review** 67:11-28.

EPSTON, David (1989). **Collected papers**. Adelaide: Dulwich Centre Publications.

EPSTON, David y WHITE, Michael (1990). **Narrative means to therapeutic ends**. New York: W.W. Norton

EPSTON, David y WHITE, Michael (1992). **Experience, contradiction, narrative and imagination**. Adelaide: Dulwich Center Publications.

EVERS, Tilman (1985). Identity: the hidden side of new social movements in Latin America. En David Slater (ed.). **New social movements and the state in Latin America**, Amsterdam: CEDLA: 43-71.

FELDMAN, Martha (1995). **Strategies for interpreting qualitative data**. Thousand Oaks, CA: Sage.

FOUCAULT, Michel (1980). **Power / Knowledge**. New York: Pantheon.

FOUCAULT, Michel (1979). **Discipline and punish: The birth of the prison**. Middlesex: Peregrine.

FRASER, Nancy (1989). **Unruly practices: Power, discourse, and gender in contemporary social theory**. Minneapolis: University of Minnesota Press.

FREEMAN, J. y COMBS, G. (1996). **Narrative therapy; the social construction of preferred realities**. New York: W.W. Norton.

FULLER, Steve (1994). The reflexive politics of constructivism, **History of the Human Sciences**, 7:87-93.

GAMSON, William (1990). **The strategy of social protest**. Belmont, CA: Wadsworth.

GAMSON, William (1992a). The social psychology of collective action, en Aldon MORRIS y Carol MUELLER (Eds.). **Frontiers in social movement theory**. New Haven: Yale University Press:53-76.

GAMSON, William (1992b). **Talking politics**. Cambridge: Cambridge University Press.

GAMSON, William (1995). Constructing social protest. En Hank Johnston and Bert KLANDERMANS (eds.), **Social movements and culture**. Minneapolis: University of Minnesota Press:85-106.

GAMSON, William et al. (1982). **Encounters with unjust authority**. Homewood: Dorsey.

GAMSON y MODIGLIANI (1989). Media discourse and public opinion on nuclear power, **American Journal of Sociology**, 95:1-37.

GERGEN, Kenneth (1985). The social constructionist movement in modern psychology, **American Psychologist** 40:266-75.

GERGEN, Kenneth (1989). Social psychology and the wrong revolution, **European Journal of Social Psychology** 19:463-84.

GERGEN, Kenneth (1991). **The saturated self: dilemmas of identity in contemporary life**. New York: Basic Books.

GERGEN, Kenneth (1994). **Realities and relationships. soundings in social construction**. Cambridge, MA: Harvard University Press.

GERGEN, Kenneth (1995). Metaphor and monophony in the 20th century psychology of emotions, **History of the Human Sciences**, 8(2):1-23.

GERGEN, Kenneth (1999). **An invitation to social construction**. Thousand Oaks, CA: Sage.

GERGEN, Kenneth y GERGEN, Mary (1997). Narratives of the self. En Lewis Hinchman (ed.), **Memory, identity, community: the idea of narrative in the human sciences**. Albany, NY: State University of New York Press.

GERGEN, Mary y DAVIS, Sara (eds.) (1997). **Toward a new psychology of gender**. New York: Routledge.

GOFFMAN, Erving (1959). **The presentation of self in everyday life**. Garden City, NY: Doubleday.

GOFFMAN, Erving (1974). **Frame analysis: An essay on the organization of experience**. Cambridge, MA: Harvard University Press.

GORLIER, Juan Carlos y GUZIK, Keith (1998). Constructivismo y el estudio de la protesta social, **Cuadernos de Investigación**, 4, Junio:9-38.

GUBRIUM, Jaber and HOLSTEIN, James (1998). Narrative practice and the coherence of personal stories, **The Sociological Quarterly**, 39(1): 163-187.

HACKING, Ian (1990). Two kinds of new historicism for philosophers, **New Literary History**, 21(2):343-364.

HACKING, Ian (1991). The making and moulding of child abuse, **Critical Inquiry**, 17:253-288.

HACKING, Ian (1998). **Mad travelers: reflections on the reality of transient mental illnesses**. Charlottesville, VA: University Press of Virginia.

HACKING, Ian (1999). **The social construction of what?** Cambridge, MA: Harvard University Press.

HARRE, Rom and GILLET, Grant (1994). **The discursive mind**. London: Sage.

HIMMELFARB, Gertrude (1997). History with the politics left out. En Lewis Hinchman (ed.), **Memory, identity, community: the idea of narrative in the human sciences**. Albany, NY: State University of New York Press

HINCHMAN, Lewis (ed.) (1997a). **Memory, identity, community: the idea of narrative in the human sciences**. Albany, NY: State University of New York Press.

HINCHMAN, Lewis (1997b). Identity. En Lewis Hinchman (ed.), **Memory, identity, community: the idea of narrative in the human sciences**. Albany, NY: State University of New York Press:119-123.

HJELMAR, Ulf (1996). Constructivist analysis and movement organizations: conceptual clarifications, **Acta Sociologica**, 39(2): 169-186.

HOLSTEIN, James y GUBRIUM, Jaber (2000). **The self we live by: narrative identity in a postmodern world**. New York: Oxford University Press.

HOLSTEIN, James y GUBRIUM, Jaber (eds.) (2001). **Institutional selves: troubled identities in a postmodern world**. New York: Oxford University Press

HOLSTEIN, James y MILLER, Gale. (eds.) (1993). **Reconsidering social constructionism: debates in social problems theory**. Hawthorne, NY: Aldine de Gruyter.

HOLSTEIN, James y MILLER, Gale (eds.) (1993). **Social problems in everyday life: Studies of social problems work**. Greenwich, CT: JAI Press.

HUMPHREYS, K. (1992). Twelve step stories and transformations in personal epistemology. En J. Rappaport, **Community narratives and personal stories**. Simposio conducido en la reunión anual de la Midwestern Psychological Association.

JAMROZIK, Adam y NOCELLA, Luisa (1998). **The sociology of social problems. Theoretical perspectives and methods of intervention**. Cambridge: Cambridge University Press.

JENKINS, Craig (1983). Resource mobilization theory and the study of social movements, **Annual Review of Sociology**, 9:527-553.

JOHNSTON, Hank (1991). **Tales of nationalism: Catalonia, 1939-1979**. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.

JOHNSTON, Hank (1995). A methodology for frame analysis: from discourse to cognitive schemata. En Hank Johnston and Bert Klandermans (Eds.), **Social movements and culture**. Minneapolis: University of Minnesota Press:217-246.

JOHNSTON, Hank et al. (eds.) (1994). **New social movements: from ideology to identity**. Philadelphia: Temple University Press.

JOHNSTON, Hank and KLANDERMANS, Bert (1995). The cultural analysis of social movements. En Hank Johnston and Bert Klandermans (Eds.), **Social movements and culture**. Minneapolis: University of Minnesota Press:3-24.

JOSSELSON, Ruthellen y LIEBLICH, Amia (eds.) (1995). **Interpreting experience**. Thousand Oaks, CA: Sage.

KATZENSTEIN, Mary y MUELLER, Carol (eds.) (1987). **The women's movements in the United States and Western Europe: Consciousness, political opportunity, and public policy**. Philadelphia: Temple University Press.

KLANDERMANS, Bert (1984). Mobilization and participation: Social-psychological expansions of resource mobilization theory", **American Sociological Review**, 49 October:583-600.

KLANDERMANS, Bert (1989a). Organizing for change: social movement organizations in Europe and the United States. **International Social Movement Research**, 2, Greenwich, CN: JAI Press.

KLANDERMANS, Bert (1989b). Grievance interpretation and success expectations: the social construction of protest, **Social Behavior**, 4: 113-25.

KLANDERMANS, Bert (1997). **The social psychology of protest**. Cambridge, MA: Blackwell Publishers.

KLANDERMANS, Bert y Goslinga, Sjoerd (1996). Media discourse, movement publicity, and the generation of collective action frames: theoretical and empirical exercises in meaning construction, en Doug McAdam et al. (eds.). Comparative perspectives on social movements: political opportunities, **mobilizing structures, and cultural framings**. New York: Cambridge University Press:312-337.

- KRIESI, Hanspeter et al. (1995). **New social movements in Western Europe: A comparative analysis**. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- KRISCHKE, Paulo (2000). Problems in the study of democratization in Latin America. Regime análisis vs cultural studies. **International Sociology**, 15(1):107-125.
- LABOV, William (1972). The transformation of experience in narrative syntax. En **Language in the inner city**. University of Pennsylvania Press:354-396.
- LACLAU, Ernesto (1977) **Politics and ideology in Marxist theory**. London: Verso.
- LACLAU, Ernesto (1985). New social movements and the plurality of the social. En David Slater (ed.), **New social movements and the state in Latin America**. Amsterdam: CEDLA: 27-42.
- LACLAU, Ernesto (1990). **New reflections on the revolution of our time**. London: Verso.
- LACLAU, Ernesto, (ed.) (1994). **The making of political identities**. London: Verso.
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1985). **Hegemony and socialist strategy: Towards a radical democratic politics**. London: Verso.
- LARANA, Enrique et al. (Eds.) (1994). **New social movements: From ideology to identity**. Philadelphia: Temple University Press.
- LIEBLICH, Amia y JOSSELSO, Ruthellen (eds.) (1997). **The narrative study of lives**. Vol. 5. Thousand Oaks, CA: Sage.
- LIEBLICH, Amia y JOSSELSO, Ruthellen (eds.) (1994). **Exploring identity and gender: the narrative study of lives**. Vol. 2. Thousand Oaks, CA: Sage.
- LOFLAND, John (1996). **Social movement organizations: guide to research on insurgent realities**. New York: Aldine de Gruyter.
- LYNCH, Michael (1993). **Scientific practice and ordinary action: ethnomethodology and social studies of science**. Cambridge: Cambridge University Press.
- LYOTARD, Jean-Francois (1984). **The postmodern condition**. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- MACKENZIE, Craig (1998). Social constructionist political theory, en Irving Velody y Robin William (eds.) (1998). **The politics of constructionism**. London: Sage:200-220.
- MAINES, David (1993). Narrative's moment and sociology's phenomena: toward a narrative sociology, **The Sociological Quarterly**, 34(1): 17-38.
- MAINES, David y ULMER, Jeffrey (1993). The relevance of narrative for interactionist Thought. En Norman Denzin (ed.), **Studies in Symbolic Interaction**. Greenwich, CT: JAI Press.

- MARX, Gary y WOOD, James (1975). Strands of theory and research in collective behavior, **Annual review of sociology**:368-428.
- MCADAM, Doug (1982). **Political process and the development of black insurgency, 1930-1970**. Chicago: University of Chicago Press.
- MCADAM, Doug et al. (1988). Social movements. En Neil Smelser (ed.), **Handbook of Sociology**. Newbury Park, CA: Sage.
- MCADAM, Doug et al. (eds.) (1996). **Comparative perspectives on social movements: political opportunities, mobilizing structures, and cultural framings**. New York: Cambridge University Press.
- MCADAM, Doug y SNOW, David (1997). **Social movements: readings o their emergence, mobilization, and dynamics**. Los Angeles, CA: Roxbury Publishers.
- MCCARTHY, John et al. (1996). Accessing public, media, electoral, and government Agendas. En Doug McAdam et al. (eds.). **Comparative perspectives on social movements: political opportunities, mobilizing structures, and cultural framings**. New York: Cambridge University Press: 291-310.
- MCCARTHY, John y ZALD, Mayer (1973). **The trend of social movements**. Morristown, NJ: General Learning.
- MCCARTHY, John y ZALD, Mayer (1977). Resource mobilization and social movements. **American Journal of Sociology** 82:1212-41.
- MCCARTHY, Sheila et al. (1999). **Relational responsibility: resources for sustainable dialogue**. Thousand Oaks, CA: Sage.
- MEAD, George (1934). **Mind, self and society**. Chicago: Chicago University Press.
- MELUCCI, Alberto (1996). **Challenging codes: collective action in the information age**. Cambridge: Cambridge University Press.
- MELUCCI, Alberto (1995). The process of collective identity, en Hank Johnston and Bert Klandermans (Eds.). **Social movements and culture**. Minneapolis: University of Minnesota Press: 41-63.
- MELUCCI, Alberto (1989). **Nomads of the present: social movements and individual needs in contemporary society**. Temple University Press: Philadelphia.
- MELUCCI, Alberto (1985). The symbolic challenge of contemporary movements", **Social Research**, 52(4).
- MILLER, Gale y HOLSTEIN, James (1993). Social constructionism and its critics: assessing recent challenges. En James Holstein y Gale Miller (eds.). **Reconsidering social constructionism. Debates in social problems theory**. New York: Aldine de Gruyter:535-548.

- MILLER, Leslie (1993). Claims-making for the underside: marginalization and social problems analysis. En James Holstein and Gale Miller (eds.). **Reconsidering social constructionism. Debates in social problems theory**. New York: Aldine de Gruyter: 349-376.
- MITCHEL, W. (1980). Editor's note: On narrative. **Critical Inquiry**, Autumn: 1-4.
- MORRIS, Aldon y MUELLER, Carol (Eds.) (1992). **Frontiers in social movement theory**. New Haven: Yale University Press.
- Munck, Gerardo (1995). Actor formation, social coordination, and political strategy. Some conceptual problems in the study of social movements, **Sociology**, 29(4):667-685.
- MUNCK, Gerardo (1990). Identity and ambiguity in democratic struggles. En Ann Craig y Joe Foweraker (eds.). **Popular movements and political change in Mexico**, Boulder, CO: Lynne Rienner: 23-42.
- OBERSCHALL, Anthony (1973). **Social conflict and social movements**. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- OBERSCHALL, Anthony (1993). **Social movements: ideologies, interests and identities**. New Brunswick: Transaction Books.
- O'HANLON, B. (1994). The third wave. **The Family Therapy Networker**, 18(6):18-29.
- OLSON, Mancur (1965). **The logic of collective action**. Cambridge: Harvard University Press.
- PAGNUCCO, Ron et al. (eds.) (1997). **Transnational social movements and global politics: solidarity beyond the state**. Syracuse, NY: Syracuse University Press.
- PIVEN, F. y CLOWARD, R. (1977). **Poor people's movements**. NY: Pantheon.
- PIZZORNO, Alessandro (1978). Political exchange and collective identity in industrial conflict, en C. Crouch and A. Pizzorno (eds.). **The resurgence of class conflict in Western Europe since 1968**, London: Macmillan (vol.2).
- PIZZORNO, Alessandro (1985). On the rationality of democratic choice, **Telos**, 63: 41-69.
- PFOHL, Stephen (1985). Toward a sociological deconstruction of social problems, **Social Problems**, 32(3):228-232.
- RAPPAPORT, Julian (1993). Narrative studies, personal stories, and identity transformation in the mutual help context, **The Journal of Applied Behavioral Science**, 29(2):239-256.
- RAPPAPORT, Julian and SIMKINS, R. (1991). Healing and empowering through community narrative, **Prevention in Human Services**. 10: 29-50.
- RICHARDSON, Laurel (1990). Narrative and sociology, **Journal of Contemporary Ethnography**, 19(1):116-135.

- RICOEUR, Paul (1971). The model of the text: Meaningful action considered as a text, **Social Research** 38:569-72.
- RICOEUR, Paul (1988). **Time and narrative**. Chicago: University of Chicago Press.
- RICOEUR, Paul (1991). **From text to action**. Evanston, ILL: Northwestern University Press.
- RICOEUR, Paul (1992). **Oneself as another**. Chicago: University of Chicago Press.
- RIESSMAN, C. (1993). **Narrative analysis**. Newbury Park: CA: Sage.
- RITZER, George (2000). **Sociological theory**. New York: McGraw-Hill.
- ROSENWALD, G. y OCHBERG, R. (eds.) (1992). **Storied lives: the cultural politics of self-understanding**. New Haven, CT: Yale University Press.
- SARBIN, R. (ed.) (1986). **Narrative psychology: The storied nature of human conduct**. New York: Praeger.
- SARBIN, Theodore y KITSUSE, John (eds.) (1994). **Constructing the social**. London: Sage.
- SAYER, Andrew (1997). Essentialism, social constructionism, and beyond, **The Sociological Review**, 45(3):453-487.
- SCHNEIDER, Joseph (1985). Social problems theory: the constructionist view, **Annual Reviews, Sociology**, 11:209-229.
- SCHNEIDER, Joseph y KITSUSE, John (eds.) (1984). **Studies in the sociology of social problems**. Norwood, NJ: Ablex Publishing.
- SCHNEIDER, Joseph y KITSUSE, John (1989). Preface, en Joel Best (ed.), **Images of issues: typifying contemporary social problems**. Chicago: Aldine: xi-xiv.
- SCHWARTZMAN, Helen (1993). **Ethnography in organizations**. Newbury Park, CA: Sage.
- SEIDMAN, Steven (1991). The end of sociological theory: the postmodern hope, **Sociological Theory**, 9(2):131-146.
- SEIDMAN, Steven (1994). **Contested knowledge: social theory in the postmodern era**. Cambridge, MA: Blackwell.
- SEIDMAN, Steven (ed.) (1994). **The postmodern turn**. New York: Cambridge University Press.
- SEIDMAN, Steven y ALEXANDER, Jeffrey (eds.) (2001). **Culture and society: contemporary debates**. Cambridge: Cambridge University Press.
- SHOTTER, John (1993a). **Cultural politics of everyday life**. Buckingham: Open University Press.

- SHOTTER, John (1993b). **Conversational realities: studies in social constructionism**. London: Sage.
- SLUZKI, Carlos (1992). Transformations: a blueprint for narrative changes in therapy, *Family Process*, 31: 217-230.
- SIMS, Henry and LORENZI, Peter (1992). **The new leadership paradigm: social learning and cognition in organizations**. London: Sage.
- SMITH, Jackie (1995). Transnational political processes and the human rights Movement, *Research in social movements, conflict and change*, 18:185-219.
- SNOW, David et al. (1980). Social networks and social movements, *American Sociological Review*, 45:787-801.
- SNOW, David y MACHALEK, Richard (1984). The convert as a social type. In R. Collins (ed.) **Sociological Theory 1983**. San Francisco: Jossey-Bass:259-88.
- SNOW, David et al. (1986). Frame alignment process, micromobilization, and movement participation. *American Sociological Review*, 51: 464-481.
- SNOW, David y BENFORD, Robert (1988). Ideology, frame resonance, and participant mobilization. *International Movement Research*, 1:197-217.
- SNOW, David y BENFORD, Robert (1992). Master frames and cycles of protest. En Aldon Morris y Carol Mueller (eds.). **Frontiers in social movement theory**. New Haven: Yale University Press: 133-155. *Social Problems*, Revista
- SPECTOR, Malcom y KITSUSE, John (1977). **Constructing social problems**. Menlo Park, CA: Cummings.
- SPECTOR, Malcom y KITSUSE, John (2001). **Constructing social problems** (con una nueva introducción de John Kitsuse). New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- TARROW, Sidney (1989). **Struggle, politics, and reform: collective action, social movements, and cycles of protest**. Ithaca: Cornell University.
- TARROW, Sydney (1994). **Power in movement: social movements, collective action and politics**. New York: Cambridge University Press.
- TILLY, Charles (1978). **From mobilization to revolution**. Reading, MA: Addison -Wesley.
- TILLY, Charles et al. (1975). **The rebellious century 1830-1930**. Cambridge: Harvard University Press.
- TOMM, K. (1989). Externalizing the problem and internalizing personal agency. *Journal of Strategic and Systemic Therapies* 8(1): 54-59.

- TOURAINÉ, Alain (1981). **The voice and the eye: an analysis of social movements**. New York: Cambridge University Press.
- TOURAINÉ, Alain (1985). An introduction to the study of social movements, *Social Research*, 52(4):749-787.
- TOURAINÉ, Alain (1988). **The return of the actor: Social theory in post-industrial society**, University of Minnesota Press: Minneapolis.
- TOURAINÉ, Alain (1995). **Critique of modernity**. Cambridge, MA: Blackwell.
- TOURAINÉ, Alain (2001). **Beyond neoliberalism**. Malden, MA: Polity Press.
- TROYER, Ronald (1989). Are social problems and social movements the same things? En James Holstein y Gale Miller (Eds.). **Perspectives on social problems**. Vol. 1, Greenwich, CT: JAI Press:41-58.
- VELODY, Irving y WILLIAM, Robin (eds.)(1998). **The politics of constructionism**. London: Sage.
- WHITE, Hayden (1973). **Metahistory: The historical imagination in nineteenth-century Europe**. Baltimore: John Hopkins University Press.
- WHITE, Hayden (1980). The value of narrativity in the representation of reality. *Critical Inquiry*, Autumn:5-27.
- WHITE, Hayden (1987). **The content of the form: narrative discourse and historical representation**. John Hopkins Press.
- White, Michael (1988-9). The externalizing of the problem. *Dulwich Centre Review*, Summer, whole issue.
- WHITE, Michael (1989). **Selected papers**. Adelaide, Australia: Duwich Center Publications.
- WHITE, Michael (1992). Deconstruction and therapy. En David Epston and Michael White, **Experience, contradiction, narrative and imagination**. Adelaide: Dulwich Center Publications:109-151.
- WHITE, Michael (1994). Michael White and the narrative perspective in therapy: an Interview, *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, 2(1): 71-83.
- WHITE, Michael (1995) **Re-authoring lives: interviews and essays**. Adelaide, South Australia: Dulwich Centre Publications.
- ZALD, Mayer (1992). Looking backward to look forward. Reflections on the past and future of the resource mobilization research program. En Aldon Morris y Carol McClurg Mueller (Eds.), **Frontiers in social movement theory**, New Haven: Yale University Press: 326-348.

ZALD, Mayer (1996). Culture, ideology and strategic framing, en Doug McAdam et al. (eds.). **Comparative perspectives on social movements: political opportunities, mobilizing structures, and cultural framings**. New York: Cambridge University Press: 261-274.

ZALD, Mayer y McCARTHY, John (eds.)(1987). **Social movements in an organizational society : collected essays**. New Brunswick: Transaction Books.

ZIMMERMAN, M. et al. (1991). Expansion strategies of a mutual help organization. **American Journal of Community Psychology**, 19:251-278.

CAPÍTULO 3

Técnicas cualitativas para la
investigación de grupos